

Gran hombre

Se dedica este escrito al aniversario 110 del nacimiento del Presidente Kim Il Sung.

Gran hombre

Ediciones en Lenguas Extranjeras
RPD de Corea
111 de la era Juche (2022)

PREFACIO

110 años han transcurrido desde el nacimiento del Presidente Kim Il Sung (15 de abril de 1912).

Como un hombre que existió realmente, no como un personaje legendario o mitológico, él siempre estaba con el pueblo, compartiendo alegrías y penas con ellos. De ahí que el pueblo coreano lo enaltece con los sentimientos más puros y humanos.

A lo largo de su grandiosa vida Kim Il Sung dirigió la revolución coreana. A los diez y pico años emprendió el camino de la revolución y creó la idea Juche, doctrina humanocéntrica. También condujo a la victoria al pueblo coreano en las dos guerras revolucionarias, las dos etapas de la revolución social y una rehabilitación de la posguerra. Por eso, el pueblo coreano lo llama como un político preeminente, dirigente destacado y comandante de acero.

Fue, antes que un líder y revolucionario excepcional, un gran hombre. Testigo de los años conmovedores del siglo XX bajo su dirección, el pueblo coreano experimentó en carne propia que la

historia de un dirigente y revolucionario eminente comienza con la de un gran hombre y que una revolución liderada por él impulsa vigorosamente una historia sagrada.

Fue el más grande de todos los hombres idealizados por el pueblo coreano durante milenios y el único calificativo que podemos ponerle es que "bajó del cielo".

Toda su vida fue caracterizada por alto intelecto, humanitarismo, espíritu indomable y rasgo sencillo. Su elevado intelecto fue el faro que iluminó el camino a seguir por la revolución y el pueblo coreanos y su gran humanitarismo fue el nutriente para el jardín de amor al hombre. Su espíritu indomable fue la fuente de la dignidad y la victoria del pueblo coreano y su sencillez fue el cimiento de la unidad armoniosa de los coreanos.

Su vida hermosa, noble y de férrea voluntad es para millones de personas una gran enciclopedia de cualidades humanas.

El Presidente Kim Il Sung vive eternamente como el sol en los corazones del pueblo coreano.

ÍNDICE

Una vida consagrada a las investigaciones

1

Al referirse a la grandeza de Kim Il Sung como hombre, se sitúa en primer lugar su elevado mundo intelectual.

Su intelecto no fue una cualidad innata sino el fruto de ingentes esfuerzos de un hombre que lo consideraba como lo más importante y que a lo largo de su vida meditó profundamente y estudió con aplicación al respeto.

Fue él quien con su razón y verdad iluminó la era, la historia y el camino a seguir por las masas populares para el allanamiento de su destino.

En toda su vida no dejó ni un momento de cavilar, considerando la revolución coreana como su especialidad y el pueblo como su maestro, en el curso de lo cual él creó la bandera de la lucha del pueblo y el motor que les permitió lograr transformaciones y victorias del siglo.

Historial académico en la práctica

El intelecto humano es un producto social y la educación el medio más importante de su desarrollo. Resulta innegable que la mayoría de estudiosos y literatos de nivel mundial proceden de universidades destacadas.

Si bien Kim Il Sung no adquirió conocimientos en algún centro de la enseñanza superior ni en un escritorio tranquilo, alcanzó una capacidad intelectual insuperable por nadie tanto en su altura como en su profundidad.

Su currículum sui géneris refleja el dolor de una nación colonizada.

En el otoño de 1919 su padre Kim Hyong Jik (10 de julio de 1894-5 de junio de 1926) trasladó su escenario de actividades revolucionarias a Linjiang, región noreste de China, debido a la represión del imperialismo japonés, donde matriculó a su hijo en el primer año de la Escuela Primaria de Linjiang en la primavera de 1920.

De ahí la familia se trasladó de nuevo a Badaogou donde el niño

ingresó en el segundo año de la primaria de Badaogou y estudió en ella entre el verano de 1921 y principios de 1923.

Grabando en la mente la encarecida sugerencia del padre de que uno debía conocer bien a su patria, hizo un largo recorrido de 400 kilómetros desde Badaogou a su tierra natal Mangyongdae y estudió en el quinto año de la escuela Changdok, donde aprendió desde inicios de abril hasta enero de 1925, cuando supo que el padre fue detenido de nuevo por la policía nipona.

Volvió a cubrir el largo trayecto para regresar al noreste chino con la firme determinación de que nunca volvería si no lograba la independencia nacional. A principios de abril de 1925 se matriculó en el sexto año de la escuela primaria No. 1 de Fusong, donde estudió hasta la primavera de 1926.

Tras el fallecimiento del padre en junio del mismo año, ingresó en la escuela Hwasong, centro de la enseñanza militar y política con cursos de dos años, por la recomendación de varios independentistas, abandonando el estudio en ella a principios del siguiente diciembre.

Con el objetivo de asimilar ideas progresistas, desde enero de 1927 fue admitido en el segundo año de la escuela secundaria Yuwen de Jilin, pero en el otoño de 1929 dejó los estudios en ella para entregarse por completo a la revolución.

Tal fue su currículum académico. No fue de ningún modo un proceso de enseñanza sistemática sino una sucesión de ingresos y abandonos. Es más: en los últimos centros docentes como la escuela Hwasong y la secundaria Yuwen, no se dedicó solamente al estudio, sino además a las actividades revolucionarias en un afán de acabar con la historia de martirios que sufría la nación coreana debido a la política militar del imperialismo japonés. En otoño de 1929 fue detenido por la policía reaccionaria china, lacaya del imperialismo nipón, y hasta inicios de mayo del año siguiente estuvo en la prisión de Jilin, donde maduró las ideas y maneras de conducir al triunfo la revolución coreana. Cuando concluyó su prisión, optó por adentrarse en el pueblo y ser un revolucionario de tiempo completo.

Fue él quien tomó esa decisión. Pero cuando decidía abandonar los estudios para dedicarse a la lucha revolucionaria, él estaba muy confuso, sentimiento que expresaría muchos años después en sus memorias ***En el transcurso del siglo***:

Pero, cuando había renunciado al estudio secundario e iba a abandonar Jilin, me asaltaron diversos recuerdos.

Evoqué la imagen de mi padre que en pleno invierno me había enviado solo a la tierra natal para que estudiara en la patria; las veces en que al verme regresar de la escuela me hacía sentar ante el escritorio y enseñaba historia y geografía de Corea; y sus últimas palabras dirigidas a mi madre, de que su propósito era darme siquiera la instrucción secundaria, y que ella, cumpliendo esta voluntad suya, me enviara, sin falta, a la escuela secundaria, aunque para esto tuvieran que alimentarse sólo de yerbas comestibles.

Estos pensamientos me perturbaron.

También pensé: "A lo largo de tres años mi madre tuvo que lavar y coser tanto que se le iban gastando las uñas y el dinero reunido con eso me lo enviaba, mes tras mes, para pagar mis estudios. ¿Cuán desanimada se sentiría al recibir la noticia de que yo había abandonado las clases sólo un año antes de graduarme? Y ¿cuán desesperanzados quedarían mis hermanitos? Además, ¿cuánta pena provocaría a mis colegas y a los amigos de mi padre, quienes me amaban como a un hijo y me ayudaban a costear el estudio?" Creí que, por lo menos, mi madre me entendería. Cuando mi padre había abandonado la secundaria Sungsil para hacerse revolucionario profesional, ella había aprobado y apoyado de modo incondicional su propósito. Como así era mi madre, estaba seguro que no se opondría a que su hijo dejara de estudiar, no en una escuela secundaria sino, incluso, en una universidad, si esta decisión era para el bien de la revolución y del país.

Se puede afirmar que el hecho de que yo hubiera abandonado la Yuwen y entrado en el pueblo, constituyó un punto de viraje en mi vida. Desde entonces comenzaron mis actividades clandestinas y mi nueva vida de revolucionario profesional.

Como se puede apreciar, su historial académico habla de la desgraciada existencia que les tocó vivir a innumerables jóvenes coreanos de la colonia que aun no pudieron hacer realidad su sueño del aprendizaje por mucho que se esforzaban. Esto nos conduce a valorar con asombro el alto nivel intelectual alcanzado por él, pues si se toma en cuenta que el intelecto en sí no es una aptitud congénita sino un fruto social, no puede existir ni existió nunca antes un mundo intelectual que no tenga ninguna base.

Con sus investigaciones profundas y meditaciones infatigables, Kim Il Sung colocó una sobre otra los mampuestos para su torre intelectual. De pequeño mostró un excepcional afán de estudio. Todo objeto y fenómeno natural llamaban su atención y no dejó de meditar antes de asimilar completamente la esencia del asunto.

A los cuatro años de edad conoció el principio del arco iris y desmontó todos los componentes de un tocadiscos para conocer el principio de su mecanismo, lo cual habla del afán de investigación que tenía desde pequeño. En sus años de la primaria era conocido

como alumno preguntón y ponía en un gran aprieto a los maestros.

Ya tempranamente vio el misticismo como una enfermedad y que quien lo contrae se vuelve un tonto. Reza un refrán: *Cerebro flaco en cabeza carnosa*. Sentía infinita lástima por hombres con tal cerebro. Si uno estudia con aplicación cualquier cosa y la convierte en objeto de continua meditación e investigación, llega a la conclusión de que nada es misterioso. Tal era su singular modo de pensar y su actitud constante ante el estudio.

En particular, encontrar la verdad en la realidad era un método importante de estudio que él había aplicado desde la temprana edad.

Como se ha referido con anterioridad, su familia tuvo que trasladarse con frecuencia porque Kim Hyong Jik, líder del movimiento de liberación nacional antijaponés, cambiaba a menudo el escenario de sus actividades debido a la opresión del imperialismo japonés y otros necesarios de sus actividades revolucionarias. De ahí que Kim Il Sung se trasladara de Mangyongdae a la comuna Ponghwa a los seis años y viceversa a los siete años y entre los ocho y catorce años cubriera varias veces el trayecto entre Mangyongdae y la región noreste de China. En este transcurso experimentó ya a la tierna edad la deplorable situación en que vivían las amplias masas,

objetos de opresión y explotación, y conoció la naturaleza de los opresores y saqueadores. Y esto lo ayudó a tener un elevado sentido de justicia y verdad y establecer una cosmovisión revolucionaria y científica.

El inusual sentido de responsabilidad y el inextinguible afán de investigación de ese joven quien sentía la urgente necesidad de abrir nuevamente y de manera independiente el camino de la revolución coreana lo condujeron a matricularse en una nueva universidad que era la de práctica revolucionaria.

En toda su vida, él no acudió nunca a un instituto superior o un centro de investigación, ya ni hablar de una academia profesional o un medio de prensa y publicación. En una palabra, no se dedicó al estudio de una especialidad en un despacho tranquilo.

Esto no quiere decir que él no tuvo ninguna oportunidad de recibir alguna enseñanza regular. A principios de la década de 1930, la Internacional Comunista y sus compañeros le sugirieron estudiar en una universidad administrada por dicho partido y radicada en Moscú.

Entonces él dijo que, para encontrar la estrategia, las tácticas y los métodos de la revolución coreana, uno debía adentrarse en el pueblo, que adentrándose en él y compartiendo con él la vida y el

peligro de la muerte, uno debía encontrar la manera de culminar la revolución coreana y que él aprendería las teorías y los métodos de la revolución coreana compenetrándose con el pueblo.

En una charla con altos cargos del Partido y el Estado el 5 de diciembre de 1984, señaló:

"*Hasta hoy, en casi 60 años de la lucha revolucionaria he dirigido tanto las actividades clandestinas y acciones armadas como la revolución democrática y la socialista, así como estoy dirigiendo la edificación socialista, pero los conocimientos necesarios para los procesos revolucionario y constructivo no los adquirí en una escuela o de un profesor. Desde luego, algunos los asimilé en los libros, pero en su mayoría los aprendí en la vivencia práctica, compenetrándome con los compañeros revolucionarios y el pueblo, con quienes compartía penas y alegrías*".

El 1 de enero de 1988, mientras les hablaba a unos funcionarios del método y estilo de trabajo, recordó: En aquellos días yo pensé que era nuestro pueblo quien mejor conocía de la revolución coreana; para definir su estrategia, táctica y metodología debíamos compenetrarnos con él; con la voluntad de encontrar la metodología para llevar a cabo la revolución coreana compartiendo con el pueblo la vida y el peligro de la muerte, no fui a estudiar a la Unión Soviética

y penetraré en el pueblo para la lucha revolucionaria; para mí esto fue una gran fortuna.

La meta que se planteó al escoger la profesión de revolucionario era considerar al pueblo como maestro y aprender de él todo cuanto encarnaba. Si para él la práctica revolucionaria fue una gran especialidad para adquirir conocimientos y estudiar, el pueblo fue el maestro más excelente.

En un encuentro significativo que celebraba su septuagésimo aniversario, dijo que el pueblo fue siempre su activo protector, benefactor y excelente maestro.

En una entrevista con un grupo de reporteros de la CNN de Estados Unidos que visitó a la RPD de Corea en abril de 1994, definió al pueblo como el más ingenioso y sabio maestro para él, que en el pueblo están la Filosofía, la Economía y la Literatura y que por ello siempre se compenetraba con el pueblo y aprendía de él.

Con ello aclaraba y sintetizaba su trayectoria de la dirección de la revolución y construcción. Tal era su credo inconmovible y el principio que aplicaba en su vida personal y pública.

Siempre que pensaba o estudiaba algo, lo hacía solamente en aras de la libertad y felicidad del pueblo y la victoria en el proceso revolucionario y constructivo. La pista y la esencia del estudio las

encontraba en las palabras sencillas y sinceras del pueblo.

En una charla con una delegación del Instituto Cultural y de Amistad Peruano-Coreano el 14 de junio de 1980, indicó:

"Aunque las palabras de los obreros y campesinos parecen sencillas, contienen la verdad."

Para él que amaba más que nadie el intelecto, el pueblo no era un ignorante que solamente sufría la explotación y opresión sino el maestro más excelente del mundo.

Durante una conversación con el Presidente Kim Il Sung en su visita a la patria en 1991, Son Won Thae, coreano residente en Estados Unidos, expresó un gran asombro por su gran capacidad de dirigir minuciosamente todos los quehaceres del Estado, incluyendo los complicados asuntos económicos, y él le respondió sin ambages:

"Usted dijo que aunque no soy especialista en Economía, son correctos mis cálculos económicos; yo aprendo mucho del pueblo. Estoy siempre dentro del pueblo, enseñándolo y aprendiendo de él."

¿Cuál debe ser el verdadero objetivo de la investigación de un revolucionario?, ¿Cuál es el contenido de la investigación de toda su vida?, ¿Con qué y por dónde comenzar para alcanzar las altas

metas de la investigación?, estas fueron las preguntas a las cuales él hallaba la solución en las masas comunes y corrientes y en la práctica revolucionaria.

"Por haber considerado al pueblo como maestro y aprendido de él durante toda la vida, el Presidente Kim Il Sung ha podido crear una gran idea humanocéntrica como la Juche y exponer ideologías y teorías enciclopédicas. Ahora que lo sé, no encuentro palabras para describir mis sentimientos. Él es el más grande de todos los hombres porque ha presentado al pueblo como maestro."

Esto lo dijo con evidente emoción Kaoru Yasui, primer secretario general del Instituto Internacional de la Idea Juche. Como profesor y doctor en derecho de la Universidad de Hosei de Japón, Yasui fue un enérgico activista social en los años de 1950 contra la bomba atómica y la de hidrógeno, lo cual le merecieron el Premio Internacional Lenin de Paz y el Premio de Paz de Alemania. En 1965 fundó el Instituto Mundial de Paz y fue su primer director. Era un prestigioso especialista en asuntos internacionales que visitó innumerables países y se entrevistó con renombrados políticos.

Dio un cambio radical en su vida al convertirse en un fervoroso simpatizante con la idea Juche y sintió una profunda veneración a Kim Il Sung a raíz de sus reiteradas visitas a Corea a principios

de la década de 1970. Lo que más lo conmovió era que él era una persona de muchos conocimientos.

En un escrito describió que él llevaba casi medio siglo desde que conoció el marxismo-leninismo y aprendió muchas lecciones del legado histórico de los fundadores de esa doctrina, pero siempre sentía inquietud en el proceso de la investigación y que solamente el kimilsungismo halló respuestas lúcidas a las cuestiones que estudiaba con una dimensión, profundidad y abundancia enciclopédicas. De hecho, quedó hondamente emocionado por sus ricos conocimientos y teorías ideológicas.

El Presidente estaba versado en todas las ramas: la política, la filosofía, la economía, la literatura, etc. En cuanto a los asuntos internacionales, tenía unos conocimientos tan profundos y ricos que incluso provocaba la admiración del japonés que era especialista en la materia, y tenía sus propios criterios respecto a cualquier cuestión.

No podía descifrar la incógnita de cómo era posible que un jefe de Estado tuviera conocimientos especializados tan fecundos. Más tarde, en un encuentro con una delegación de especialistas en ciencias sociales de Corea, supo que el líder coreano lo aprendió todo del pueblo, a quien tuvo como maestro desde que emprendió el

camino de la revolución. Un gran hombre que tenía como maestro al pueblo y que aprendió de él, este era un rasgo distintivo que hacía al líder coreano radicalmente diferente de otros políticos y personalidades de otros tiempos.

Con más de ochenta años de edad, él siguió visitando fábricas y granjas para escuchar la voz de las masas, compenetrarse con ellas, estudiar un campo nuevo y encontrar fórmulas, proceso en el cual perfeccionó de forma integral las cualidades de un doctor que conoce mejor que nadie lo que siente el pueblo, un erudito que domina a la perfección los asuntos políticos, militares, económicos y culturales, y un buen estudioso de la estrategia y las tácticas de la revolución coreana.

Por todo aquello, la de él fue una vida sagrada en la que tuvo un excelente currículum académico, considerando al pueblo como maestro más destacado, la práctica revolucionaria como máximo centro universitario y especialidad indispensable.

Al adentrarse en el pueblo, profundizó no en una o dos ramas particulares, sino en una especialidad vasta que era la causa revolucionaria.

Por poner un caso, en la rama ideológica y teórica desarrolló ideas y teorías fácilmente comprensibles y consagradas enteramente al

allanamiento del destino de las masas populares, hasta convertirlas en enciclopedias capaces de resolver problemas complicados y de gran amplitud de la revolución coreana.

Todas sus ideas y teorías, entre ellas las relativas a la revolución antimperialista, antifeudal y democrática, la revolución y construcción socialistas, la transformación revolucionaria de toda la sociedad y su asimilación con la clase obrera y el intelectual, otras referentes a la emancipación de la nación, la clase y el hombre y las teorías acerca del Partido, el Estado, las Fuerzas Armadas, la economía y la cultura, adquieren una vitalidad eterna por su carácter contemporáneo, original y perfecto.

En tanto profundizaba en los asuntos concretos y reales de la revolución coreana, no pasó por alto las buenas experiencias y la situación de otros países. Tanto para el estudio de una idea progresista como para el de la economía, la ciencia y la cultura, se opuso tajantemente a la tendencia al aislamiento y nacionalismo. No estuvo en contra de un simple aislamiento, sino a la inclinación a renunciar a la independencia, seguir ciegamente a otros, depender de otros sin confiar en sí mismo y aceptar por entero las experiencias ajenas sin un criterio crítico.

Por tanto, hablaba de la necesidad de mantener a raya la tendencia

al servilismo a las grandes potencias, que esto no significaba cerrar el país y practicar el aislamiento, tal como procedieron algunos reyes coreanos antiguos, ni oponerse a la introducción de los logros científicos y técnicos extranjeros.

Durante una gira por Europa en 1984, visitó una fábrica de automóviles en Checoslovaquia, donde se informó en detalle del tiempo requerido para fabricar un camión, su peso, el consumo de combustible y las materias metálicas utilizadas para el moldeamiento del motor, etc.

Los cuadros del país anfitrión que lo acompañaban quedaron asombrados por el hecho de que un político mundialmente reconocido se interesara incluso en asuntos técnicos de poca monta del sector económico como la fabricación de camiones.

Así era el Presidente Kim Il Sung: meticuloso, constante y estudioso si sabía que de tal manera podía contribuir a la prosperidad de la patria y la nación.

De hecho, Kim Il Sung, quien en toda su vida estuvo con el pueblo y alcanzó un alto grado intelectual con sus incansables investigaciones en la lucha por la práctica revolucionaria, tuvo un currículum académico extraordinario, estrechamente vinculado con la realidad.

La lectura, parte de toda su vida

No se puede concebir una vida humana sin el libro. Cualquiera que tiene un sano juicio y afán de estudio, ama el libro y la lectura.

Sin embargo, pocos son los que como Kim Il Sung no abandonan jamás el libro aunque llevan en sí el peso de la revolución y la construcción, que aman el libro durante toda la vida y en la lectura encuentran el orgullo del vivir.

Tal era él: un amante apasionado del libro y un lector asiduo. Tal afán explica su noble punto de vista de libro y de la lectura.

Considerando el libro no como simple transmisor del conocimiento sino como el más importante arma de la vida y lucha, solía decir que el libro es un maestro callado que le proporciona el conocimiento al hombre y le enseña la verdad.

En febrero de 1987, el editor de una revista de literatura infantil de la ex Unión Soviética recorrió Mangyongdae donde Kim Il Sung nació y pasó su infancia y le preguntó qué influencia le ejerció el libro y que le enseñó en los tiempos duros.

Como respuesta, Kim Il Sung le explicó que su idea, convicción

y voluntad no se forjaron de la noche a la mañana, pues son frutos de un prolongado proceso de lucha y vida y que su punto de partida fue su infancia en que prefería mucho la lectura. Para él, evocó, la lectura fue un maestro excelente que le enseñó la verdad de la lucha y la vida, y un compañero que lo ayudó a dar correctamente los primeros pasos de la vida.

Mientras él pasaba la infancia en Mangyongdae, su familia era tan pobre que no podía costear el estudio de los hijos y no tenía el suficiente poder adquisitivo de comprar libros. Tal era la situación que en sus años de la secundaria fungió el cargo de bibliotecario de la escuela para comprar libros nuevos con más de la mitad de los gastos de la biblioteca y leyó periódicos pagando una vez al mes la entrada de la biblioteca.

He aquí una anécdota que habla de su gran pasión del libro y de la lectura.

En 1945, en vísperas de la liberación de la patria, él estuvo en Moscú con otros comandantes del Ejército Revolucionario Popular de Corea para una reunión donde se discutía la operación contra el imperialismo japonés. Mientras dormía en una casa de protocolo, tuvo un sueño, en el cual se vio rodeado de libros en una pieza inmensa y acompañado de la Heroína Antijaponesa Kim Jong Suk

quien le dijo que escogiera cualquier libro que le gustara y que eran tantos los libros que él no podría leer todos aunque pasara toda la vida. Era un sueño que lo convertía en un rico instantáneo de libros.

El cuento del sueño quedaría grabado profundamente en la mente de Kim Jong Suk, quien en la patria liberada acondicionó en la casa en las faldas de la colina Haebang un despacho lleno de libros de distintas ramas y le recomendó leer cuantos libros que quisiera. Con la alegría de haber hecho realidad el sueño dorado, propuso retratarse con su amada con el armario de libros como fondo.

Su afición al libro fue tal que este aparecía hasta en el sueño.

Por regla general, para un hombre el período de lectura intensa está limitado. Pero él consideraba el libro como alimento indispensable para el revolucionario y como primera compañía a la que no se debe renunciar en el camino de la revolución, y desde la niñez tomó la lectura como una práctica cotidiana.

En realidad, él tuvo siempre una vida ocupadísima. En sus hombros llevaba el peso de las dos guerras revolucionarias para la defensa del destino del pueblo y de varias etapas de la revolución social, así como de los grandes y pequeños quehaceres relacionados con el Partido, el Estado, el ejército, la economía y el exterior. Asimismo, recibía constantemente a jefes de Estado y otras personalidades

procedentes de Asia, Europa, África y América Latina.

Pero en ningún momento abandonó la lectura. No tenía un horario o un lugar fijo para la lectura: en su dirección de la revolución y la construcción aprovechó cualquier momento disponible para leer. En la madrugada, leía periódicos y boletines, en los recesos del trabajo libros y revistas y de noche novelas y volúmenes de distintas ramas.

Lo visitaban una interminable procesión de dirigentes y grandes figuras de muchos países.

Ya cuando tenía poco más de diez años leyó con aplicación e hizo completamente suyos los libros clásicos, incomprensibles aún para los mayores, entre otros *Manifiesto comunista*, *El capital y Fundamentos del socialismo*. También leyó libros coreanos que describen la historia y la vida antigua de la nación coreana, entre ellos cuentos como *Biografía de Ri Sun Sin*, *El relato de Chun Hyang* y *El relato de Sim Chong*, así como obras literarias e históricas extranjeras como *A la ribera del río Amnok*, *La madre, La verdadera historia de Ah Q*, *Biografía de Lenin*, *El pequeño vagabundo, Bendición*, *Derrota*, *Así se templó el acero*, *Chapayev*, *El tábano e Historia del viaje al Oeste*.

Estudió mucho los idiomas extranjeros y dominaba varias lenguas, en particular el chino el cual hablaba con gran fluidez.

Sobre esta base, pudo leer aún en su vejez muchas obras políticas y revistas científicas editadas en otros países.

Para él el libro era como un faro de luz y por eso lo tuvo como compañía de toda la vida. Si sentía la necesidad de alimentarle al pueblo los huevos y carne, leyó libros sobre la cría de pollos aún en el fragor de la guerra. Si decidía alimentarlo de patatas dulces, pasaba en blanco las noches leyendo libros sobre el cultivo de dichos tubérculos. Para adquirir técnicas agrícolas avanzadas de otras naciones, leyó cada día más de dos horas los libros extranjeros referentes a la tecnología agrícola. Por consiguiente, un escritor dijo con emoción que para conocer bien la lucubración que acompañó su lectura y el alto grado intelectual que alcanzó gracias a ella, la humanidad debería tener una estatura mayor que la actual.

Doctor que lee los pensamientos de las multitudes

Uno de los parámetros más importantes de definen el alto grado intelectual de un hombre es su punto de vista del mundo. Un hombre con alto grado intelectual busca la verdad con una intensidad

inusitada y por lo tanto conoce mejor que nadie al hombre y el mundo que lo rodea. Un hombre con alto grado intelectual y otro con bajo grado intelectual difieren en esencia en el punto de vista de la naturaleza, la sociedad y la vida humana.

Kim Il Sung fue un intelectual que tenía un conocimiento profundo, amplio y correcto del mundo que habita la humanidad.

Conocer al mundo significa en primer término conocer al hombre. Por ende, para conocer el mundo y transformarlo correctamente, se debe prestar atención primordial al hombre y conocerlo bien.

Kim Il Sung era un doctor en la psicología humana que apreciaba más que nada al hombre y que conviviendo con él en toda su existencia leyó correctamente los pensamientos de numerosas personas de distintos sectores.

Ante todo, tomó como principio inviolable en el trato con las personas leer sus más recónditos pensamientos. Conoció correctamente su psicología concreta y sobre esta base le daba sugerencias y organizaba el trabajo. Aún para dar tareas sencillas o hacer preguntas a los funcionarios individuales, conversaba cara a cara con ellos y estudiaba en concreto su psicología.

Conocer correctamente la mente humana no es una tarea nada fácil, pues sus pensamientos y psicología no se exteriorizan. Reza

un refrán: *Sabes lo que hay a mil pies de la superficie de agua, pero no lo que hay a una pulgada de la superficie de la piel humana*.

Tan difícil es conocer la mente humana, pero Kim Il Sung no lo subestimó en ningún momento y a cualquiera que encontraba leía su mente al instante.

A la hora de conocer la mente humana, siempre prestó importancia a los sentimientos y deseos de las personas en situaciones concretas. En el trato a un sinfín de personas de todos los sectores prestó atención primordial a conocer su estado concreto de sentimiento y emoción.

Kim Il Sung conocía cuantas manifestaciones psicológicas podía experimentar el hombre, entre ellos los sentimientos infantiles, el amor de los adolescentes, las aficiones de las personas de distintas profesiones y los detalles sentimentales de los ancianos.

Su capacidad perceptiva era tal que un niño de la primaria le susurraba a sus oídos el secreto que no había revelado a nadie y un anciano le decía cuanto se le antojaba dando palmadas en las rodillas. También en medio de la complicada situación de combate, él apreciaba los sentimientos de sus compañeros, los leía con detalle y conforme a ello los trataba.

Tenía menos de veinte años cuando iniciaba sus actividades

revolucionarias, pero adondequiera que iba las gentes lo respetaban y seguían de todo corazón porque él sabía comprender mejor que nadie sus pensamientos y las trataba acorde a ello.

Un día de a mediados de la década de 1930, cuando él comandaba una tropa guerrillera en Wangqing durante la Lucha Armada Antijaponesa, los guerrilleros partieron de Xiaowangqing en dirección a Gayahe y se toparon con una muchacha desconocida. Primero ella los veía pasar sonriendo, pero a medida que se les acercaban bajó la vista y los abandonó con pasos apresurados. En un instante un guerrillero viró la cabeza para verla, pero no tardó en bajar la cabeza y seguir la marcha meditabundo. A cierta distancia de ella, él volvió la cabeza hacia donde se fue la joven.

Fue Kim Il Sung quien percibió al primer golpe de vista la pasión juvenil en el proceder de los dos jóvenes y en su mirada de añoranza. Llamó aparte al guerrillero y le preguntó en voz baja si conocía a la moza que acababa de pasar.

El muchacho esbozó una sonrisa afectada y le explicó que ella era su novia y que él quería que ella lo viera en el uniforme militar. Al leer los sentimientos de la pareja, tan ardientes como el volcán, le recomendó al joven que no se preocupara y que fuera a ver a la novia y aparecer ante ella en el uniforme y dio la orden de descanso

a la tropa. Demás está decir que el guerrillero salió disparado para ver a su amada. Con posteridad, los dos lucharon bien contra los japoneses, actitud digna ante la patria y la nación.

Tales episodios emocionantes continuaron adornando no solo el período de la Lucha Armada Antijaponesa sino también los tiempos posteriores. Es inmensamente grande la fuerza del amor. Pero si nadie reconoce ni protege ese sentimiento guardado con celo en lo más íntimo de los corazones juveniles, no puede jamás crecer como una flor bella. Así durante el largo proceso revolucionario el líder coreano comprendió mejor que nadie el amor de los jóvenes y lo embelleció cual si fuera su propio padre y madre.

El deseo de las personas fue lo que el Presidente apreció tanto como el sentimiento y la emoción para penetrar en su alma.

Si comprender el sentimiento y la emoción de las gentes era para él el proceso primordial e indispensable para conocer su alma, captar correctamente su aspiración y demanda fue otra meta importante para adentrarse en ella.

En toda su vida como revolucionario consideró como una de las tareas más importantes conocer correctamente el anhelo y la exigencia de las masas y le prestó gran atención en cualquier lugar y momento.

Fueron innumerables las personas con que se entrevistó y

cada uno abrigaba su propio deseo y demanda, por ser de distinta nacionalidad, origen, edad, profesión, cargo social, etc.

Empero, él observaba con atención lo que llevaban en sí aquellas personas heterogéneas y hacía todos los trabajos acorde a ello. Si visitaba una fábrica, no vacilaba en entrar en el taller saturado de gas, con el deseo de aligerar las penas de los obreros.

Su aprecio y esmerada atención a la aspiración y la demanda de las personas se comprueba también en las instrucciones que él dio a los funcionarios respecto a las quejas del pueblo.

Las personas reclaman al Partido, establecimiento estatal, empresa u otra organización de trabajadores con el deseo de evitar la violación de los derechos e intereses de un individuo o colectivo, o recuperar los derechos e intereses perjudicados. Es una práctica generalizada averiguar bien la situación, adoptar medidas prácticas para la solución del problema y así concluir el manejo de una queja.

Pero Kim Il Sung pensó que eso no era suficiente. En sus varias charlas, entre ellas el discurso pronunciado el 18 de octubre de 1966 ante los funcionarios del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea, dio una valiosa instrucción sobre una nueva actitud y posición que deben adoptar los cuadros ante las quejas del pueblo.

Criticó duramente que cierto cuadro, haciéndose pasar casi

por el “rey del infierno”, despachara arbitrariamente las quejas presentadas por las personas y señaló encarecidamente que cuando se presentaban cartas de quejas había que pensar cuán dolorido estaría el remitente para escribirlas, pensar lo dolido que él debía sentirse para dirigir la queja y encontrar correctamente la manera científica de solucionar el problema.

Conocer al hombre y captar correctamente sus pensamientos fue la primera capacidad del revolucionario que él presentó como una cualidad importante. El trabajo con el hombre es en esencia el trabajo con su alma, idea y sentimientos. Con el correcto conocimiento de la idea y los sentimientos del hombre y con la capacidad de movilizar a las masas conforme a ello, se pude realizar exitosamente todo el trabajo, sin incurrir en el formalismo, subjetivismo, burocratismo y dogmatismo.

Tal es la razón por la cual Kim Il Sung presentara como capacidad primordial conocer la mente del hombre y captar correctamente su estado psicológico concreto y señalara en distintas ocasiones la necesidad de que los funcionarios reconocieran bien la psicología de las personas y trabajar acorde a ello, como si fueran los maestros de la primaria que conocen al dedillo la psicología de los niños.

Además, el Presidente dominaba a la perfección la psicología de

las masas de distintas ramas gracias a la experiencia adquirida en su prolongada lucha revolucionaria.

Él decía que como había cursado la primaria y la secundaria, conocía al dedillo la psicología de los alumnos jóvenes, que también conocía mejor que nadie lo que pensaban los militares, pues sirvió en el ejército por mucho tiempo, que por eso durante la Lucha Armada Antijaponesa hacía un alto en la parcela de melones para que los combatientes se saciaran de las frutas y que con ese amor los oficiales debían suministrar a los soldados del Ejército Popular de *tok*, fideos, maíz tierno y melones, como cuando ellos estaban en sus casas. Cuando visitaba fábricas o granjas, se tomaba las manos de los obreros embadurnadas de la grasa de máquina, decía que eran de tesoro las manos de los granjeros manchadas con la tierra, comprendiendo sus sentimientos.

En enero de 1951, en que la Comandancia Suprema estaba establecida en la comuna Konji tras el nuevo avance del Ejército Popular de Corea, los miembros de la comandancia llevaban una vida precaria aunque habían entrado en una fase trascendental de la guerra.

Un día un oficial fue a la compañía de corps para informarles a sus militares de la posible visita del Comandante Supremo para conocer de su vida económica. Les añadió que si el padre supiera

que los hijos no se alimentaban bien se sentiría muy adolorido y que por eso si el Comandante les preguntaba qué habían comido, debían responderle que habían comido el arroz blanco y la sopa de carne.

Efectivamente, poco después él los visitó y fue primero al comedor. Viendo que acababan de desayunar, les preguntó cariñosamente qué habían comido y todos le respondieron al unísono que tuvieron como desayuno el arroz blanco y la sopa de carne. Incrédulo, él levantó la tapa de la olla. El interior de la olla en que habían cocinado la sopa de agua salada, estaba muy limpio. Tras meditar un momento, volvió a preguntarles qué carne comieron. Los militares se miraron sin saber qué responderle y su oficial, sin querer, le mintió diciéndole que comieron la carne de puerco congelado.

“Llevan con esmero la vida económica. Me dicen que han hervido la carne y la olla está tan limpia que no tiene una manchita de aceite”, les dijo el visitante y todos soltaron la carcajada.

Luego de observarlos como para leer sus pensamientos, dijo en voz baja pero en un tono serio: “Yo nunca les he mentido y espero que ustedes tampoco me mientan.”

Todos bajaron la cabeza de vergüenza y el soldado de menor edad le dijo que en realidad comieron el arroz de cereales varios y la sopa de agua salada.

Tras contemplar a los soldados con una mirada atenta, criticó al oficial preguntándole cuándo les había enseñado a mentir y por qué no podíamos llenar su barriga aunque pasáramos mucho trabajo. Le aconsejó que en tal lugar hubiera el arroz almacenado y en otro la caballa salada y que los trajera cuanto antes para alimentárselos a los soldados. Según su instrucción, unos días después transportaron a la compañía arroz, carne, pescado y legumbres para la alimentación de los militares.

Así el líder coreano atendía con esmero la vida de las personas leyendo sus pensamientos más íntimos con el amor paternal. Por eso el pueblo coreano se sentía profundamente atraído por sus cualidades humanas y esto los estimulaba a crear hechos portentosos en la revolución y construcción. Un doctor que lee los pensamientos de las multitudes, tal fue la denominación que el pueblo le puso a él.

Memoria extraordinaria

El verdadero intelectual posee una memoria excepcional, además de una cosmovisión penetrante.

Se podría llamar auténtico representante del intelecto humano

a aquel hombre grande que no solo sabe muchas cosas en detalle y aunque pasa el tiempo no olvida la verdad y los hechos que ha grabado en la mente.

Tal fue el Presidente Kim Il Sung: poseedor de una memoria inusual que tenía grabado correctamente y recordaba al instante casi todo aquello que había visto, escuchado y experimentado en decenas de años de su dirección de la revolución coreana.

Tenía bien claros en la mente los numerosos hechos e incidentes de la larga historia de la humanidad, las innumerables personas involucradas en ellos y sus últimos años de vida. Igualmente, recordaba los grandes y pequeños hechos ocurridos en el siglo XX, un sinfín de asuntos y personas que había tratado mientras manejaba los asuntos colosales de la revolución coreana.

He aquí un episodio que habla de su memoria excepcional.

Una vez, él preguntó a un funcionario si había tenido la oportunidad de leer la revista *Kaebyok*, publicada en Corea antes de su liberación. Al saber que él no la había leído nunca, le dijo que en ella se insertaban muchos trabajos excelentes y le recomendó recogerlos.

Cierto tiempo después, al informarse de que él había adquirido unos 70 ejemplares de la revista, le habló de un trabajo sobre el viaje a Manchuria y otro sobre las siete enorgullecedoras provincias

coreanas, escritos por Ri Ton Hwa, filósofo coreano de la época moderna. Le agregó que el primero narra lo que el autor vio y escuchó en su viaje que termina en el distrito Xingjing de China e incluye algunos detalles de la costumbre del pueblo chino y que el segundo también da gusto de leer.

El funcionario quedó asombrado por el hecho de que con su avanzada edad se acordara con tanto detalle del contenido de una pequeña revista que había leído casi medio siglo atrás.

El recordaba bien tanto lo que supe mediante la lectura y el estudio sino también lo que había atestiguado o experimentado.

Eran hechos y sucesos de una dimensión colosal –entre ellos los detalles más insignificantes– de la Lucha Armada Antijaponesa de la nación coreana, la construcción de una nueva patria tras su liberación como el esfuerzo por fundar el Partido, el Estado y el ejército, de la Guerra de Liberación de la Patria, la revolución y la construcción socialistas.

Tenía en la mente la causa, el proceso, la condición, la situación, el resultado y el significado de cuantos hechos le había ocurrido tan detalladamente que dejaba boca abierta a los especialistas y testigos. También los recordaba en cualquier momento, provocando el asombro de las multitudes.

El 20 de julio de 1983, un funcionario que llevaba muchos años trabajando como su colaborador cercano le informó de la impresión que causó a unos extranjeros su visita al lugar de interés histórico-revolucionario de Ryongpho.

Al otro día el Presidente lo llamó a su oficina para decirle que tal lugar se ubica en el distrito Poptong de la provincia de Kangwon y que entre el 26 y el 29 de abril de 1951 él visitó la comandancia de una unidad militar acantonada en él.

Al acercarse un tanto pensativo a una ventana, le comentó que él también lo había acompañado en aquella visita. El funcionario pensó y pensó, pero no se acordaba lo que había sucedido hacía más de treinta años. Solamente cuando Kim Il Sung le recordó que aquella vez él le había dado la tarea de reparar el carro y conducirlo, le vino a la mente lo mucho que sufrió aquella noche pernoctando para velar solo por el carro.

Sucedió lo siguiente. Le tocó acompañar al Mariscal en su inspección del frente y antes de llegar al destino se les averió el carro. Sin más remedio, pasaron al Mariscal al otro carro y él asumió la tarea de velar toda la noche por el carro roto. Esa noche hacía un frío terrible y sintió un miedo pánico, pues había una gran probabilidad de que lo asaltaran un grupo de soldados enemigos que huían. Un

miedo tan intenso que por regla general uno debía acordarse toda la vida, pero como había transcurrido muchos años, él ya se había olvidado el incidente.

Ese hecho ocurrido hacía decenas de años estaba bien grabado en la mente del Presidente. Era realmente un hombre preeminente quien no pasaba por alto un solo detalle de la vida y lo tenía grabado intacto.

Él se acordaba bien de casi todos los hechos y sucesos acaecidos en su vida, principalmente gracias a la evocación constante de sus protagonistas.

En particular, tenía en mente cada uno de los compañeros que con él había superado las pruebas de la revolución y cuál fue del fin de su vida.

En mayo de 1964, cuando realizaba una visita de trabajo a la provincia de Hwanghae del Sur, se dirigió a un puerto naval situado en esa región.

Tras escuchar el parte del jefe del Estado Mayor de la base naval, dijo que era joven, mirándolo atentamente. Mientras se informaba detalladamente de los preparativos de combate y la vida de los marineros, volvió a llamar al jefe del Estado Mayor para hacerle algunas preguntas.

A su regreso, preguntó a un funcionario quién era el padre del militar. El funcionario le contestó que lo desconocía, y él le dijo que cada vez que veía a los cuadros de la nueva generación se acordaba de los compañeros de armas caídos y le dio la tarea de averiguar sobre la familia del militar.

Nadie se imaginaba que tan pronto como veía el rostro del militar, la asoció a la de un antiguo compañero de armas. Días después en que le informaron que él era hijo del comisario político de la guerrilla de Helong del período de la Lucha Armada Antijaponesa, dijo que él tenía los ojos idénticos a los de su papá y se mostró tan alegre como un padre que se reunía con el hijo perdido por mucho tiempo.

También habló con lujo de detalles del carácter y los rasgos peculiares de su padre Ri Yong Chan, de que era un comisario político muy hábil y de que un veterano combatiente antijaponés lo avaló para su ingreso en el partido. Los funcionarios quedaron asombrados por la memoria excepcional con que recordaba vívidamente el rostro de un compañero que luchó con él hacía decenas de años. Lo más sorprendente era que el padre del militar estuvo como comisario político de la Guerrilla de Helong apenas durante un año.

De hecho, Kim Il Sung lo vio en contadas veces, entre ellas

en una reunión de agentes políticos y jefes de las organizaciones revolucionarias clandestinas efectuada en una cabaña de Dalazi en China con el fin de restaurar las organizaciones revolucionarias destruidas a raíz de la sublevación del 30 de mayo, con carácter del aventurerismo de izquierda y organizada por los fraccionalistas en mayo de 1930 en la región del Este de Manchuria de China con motivo del V aniversario del masacre en Shanghai, y en unos encuentros para darle las tareas mientras preparaba la creación de las fuerzas armadas antijaponesas tras la reunión de Mingyuegou en la primavera del año siguiente. Una vez fundadas dichas fuerzas armadas, él se informaba del trabajo de la guerrilla de Helong por conducto de un enlace.

Con todo, reconoció al instante al padre sino al hijo que se parecía a él en parte, lo cual no hace difícil deducir que en su memoria se conservan intactos los aspectos de sus inolvidables compañeros. Entre tales compañeros figuraban también varios extranjeros.

Un día de 1994 en que había transcurrido medio siglo desde el cese de la guerra antijaponesa, él invitó a Pyongyang y sostuvo un encuentro emocionante con la viuda de Chai Shirong, chino relacionado con la revolución antijaponesa. Luego de darle bienvenida, le dijo que si su memoria no le fallaba, se separaron por

última vez en agosto de 1945 y que el segundo hijo que acompañaba a la viuda tenía unos dos años cuando se separaban. También recordó los sucesos de medio siglo atrás en que colaboraba con Chai Shirong venciendo las vicisitudes.

Le dijo el nombre original del esposo difunto y evocó que antes de incorporarse al ejército para la salvación nacional era jefe de una estación de policía en el distrito de Helong, participó con él en el combate de la ciudadela de Dongning y el de Luozigou, que lo acompañó a la Unión Soviética, que luego de trasladar su escenario de actividades al Norte de Manchuria se hizo jefe de quinto cuerpo de las Fuerzas unidas antijaponesas del Noreste de China, que en su segundo viaje al Norte de Manchuria realizó varias operaciones conjuntas con su unidad y que aunque le llevaba casi veinte años, siempre lo respetaba como veterano revolucionario y se comportaba con modestia.

Ante esa memoria increíble, tanto la viuda como otros colaboradores de Kim Il Sung quedaron boquiabiertos.

Aun en el ocaso de su vida, rememoraba con exactitud los nombres de numerosos extranjeros y también de los policías y terratenientes que había oído mencionar cuando era pequeño.

A decir verdad, resulta increíble que un jefe de Estado que no

se haya especializado en historia tenga en mente los grandes y pequeños hechos y sucesos de un país y las personas vinculadas en ellos. Pero él tenía bien presente casi todo aquello que había escuchado, percibido o experimentado en su vida.

No trataba cada uno de los fragmentos de la historia como un simple instante que contiene algún suceso o hecho. Para él cada momento del pasado era una página del manual de historia que conlleva las experiencias para hoy y mañana y que enseña alguna que otra moraleja.

En el transcurso del siglo, reminiscencias en que hace el balance de su vida, Kim Il Sung analiza los períodos históricos en que se produjeron el Incidente del 18 de septiembre y la guerra de Corea y sobre esta base da una definición lúcida del recurso más generalizado del imperialismo para estallar una guerra de agresión y el verdadero aspecto de los agresores.

Al evocar los antecedentes de los dos sucesos, contiendas de agresión organizadas por dos imperios diferentes en tiempos y lugares distintos, hace un análisis científico de la obvia similitud que conllevan, consistente en que para encubrir su intención agresora, los dos provocadores de guerra actúan de una forma que no se aviene al tiempo que la precede.

Si en 1931, acota, los que prendieron el fuego a la mecha de una guerra total para la invasión de Manchuria fueron a Seúl para “descansar” en paz con una orgía, en 1950 Truman, autor de la guerra de Corea, se encontraba “apaciblemente” en su finca de recreo.

Esclarece que en tal similitud constatamos la astucia, la desvergüenza y la naturaleza agresiva propias de los imperialistas. Mediante el análisis de los dos sucesos, pone al desnudo la verdadera naturaleza del imperialismo y, sobre la actitud que uno debe adoptar para apreciar y abordar los sucesos y hechos acaecidos en distintas etapas históricas y en diferentes circunstancias y motivos, describe lo siguiente:

“Aunque hay personas que consideran la historia como una acumulación de sucesos no repetidos, no podemos desestimar en absoluto la semejanza y la tendencia común entre acontecimientos particulares.”

Como él señala, la historia no es una simple acumulación fortuita de sucesos no repetidos. Todos los hechos o sucesos de la historia conllevan su propia razón, proceso y resultado y, por lógica, contienen cierta similitud y verdad consecuente que unen en un rosario toda la historia de la humanidad. Cada uno de ellos está

separado, pero entraña una valiosa experiencia o lección que jamás se puede soslayar.

Por conocer mejor que nadie esta verdad de la historia, Kim Il Sung tenía bien frescos en toda su vida los innumerables sucesos y hechos de la historia.

Su prolongado y vívido recuerdo de datos y personajes históricos, algo que va más allá de lo convencional, está relacionada también con su memoria extraordinaria.

Otra peculiaridad de su capacidad de memoria es que cualquier cosa, por muy nueva y complicada que sea, la grababa más correctamente en el instante en que la capta. Él lo grababa todo en un tiempo récord y con la mayor exactitud.

En 1984, cuando visitó el Centro Memorial de Tito en la ex Yugoslavia, dejó asombrados a sus trabajadores y a la comitiva.

En el Centro se hallaba en exposición un cuero de oso de gran tamaño. Señalándoselo, la guía le explicó que era de un oso cazado por el presidente Tito en Bosnia y Herzegovina y que se ganó una medalla de oro en un festival mundial. Terminada su explicación, el visitante recordó que durante una visita a la RPD de Corea Tito le contó que se había ganado el premio por ocupar el primer lugar en una competencia de caza de oso y que había obtenido 493 puntos.

Todos quedaron sorprendidos por el hecho de que él se acordara de lo que había escuchado de Tito hacía siete años y hasta los puntos que este se había ganado en la competencia. Era realmente una memoria más rápida y correcta, ajena a la reiteración o equivocación.

Su memoria era extraordinaria también en su solidez y prolongación. En él se ignoraba casi la mutación fisiológica denominada la degradación de la memoria, que llama a la puerta de casi todos los ancianos.

En sus memorias ***En el transcurso del siglo***, él señala:

El tiempo destruye y borra hasta dejar en el olvido muchas cosas. Se dice que las alegrías y las tristezas se opacan y se borran gradualmente a medida que pasan los días, meses y años. Pero, en mi caso, no siempre ocurre así. Nunca, jamás, puedo olvidar a cada uno de mis camaradas de armas caídos. Quizá esto se deba al hondo pesar que tenían tanto los que se fueron como los que los despedían. Sus imágenes se han grabado en mi memoria en cientos y miles de copias claras.

Las copias que graban con nitidez su vida plagada de vicisitudes son la apreciación que hace la historia de su memoria excepcional e inextinguible de los grandes y pequeños sucesos de la complicada revolución coreana.

Sus reminiscencias son una gran enciclopedia de valor perpetuo que lleva claramente grabadas las huellas de dirección de un grandioso hombre quien por largo tiempo condujo victoriosamente el progreso de la era, la historia, la patria y la revolución, asumiendo plena responsabilidad del destino del pueblo.

En ellas aparecen un sinfín de personas a quienes había conocido hacía más de medio siglo, los detalles de su vida, los complejos hechos y sucesos históricos y los recuerdos minuciosos de numerosas personas, y todo esto gracias a su memoria.

Kim Il Sung, quien poseía una memoria insólita y llevó una vida adornada por recuerdos imborrables, es el ejemplo del intelecto de la humanidad que le enseñó el verdadero sentido y altura del intelecto.

Faro de clarividencia

La clarividencia es uno de los índices esenciales del intelecto humano.

La realidad en que vive la humanidad se extiende sobre la línea de prolongación del tiempo que procede del pasado y, por otra parte, es una fase preliminar que continúa hacia el futuro que se desarrollará

nuevamente en adelante. En este curso histórico, el hombre revisa el pasado, observa la actualidad y prevé el futuro. Al revisar el pasado, puede adquirir experiencias y aprender lecciones, al observar el presente puede escoger medios y métodos científicos, y al prever atinadamente el futuro puede forjar el destino de manera consciente. Para tener una visión del pasado, presente y futuro, lo más difícil y complicado es tener una clarividencia para ver el futuro.

La clarividencia científica es el faro del hombre grande.

El hombre verdaderamente grande no se vale del oro o látigo, sino de la clarividencia para abrirles los ojos a las multitudes y la toma como el arma más poderosa que orienta el desarrollo social.

El Presidente Kim Il Sung fue un genio que con una clarividencia de largo alcance resolvió de forma más rotunda los numerosos problemas teóricos y prácticos de la revolución y construcción. Una de sus importantes cualidades como hombre grandioso está en que es un dirigente destacado que supo conducir con previsión la causa de la independencia de las masas populares.

La clarividencia es una capacidad del hombre de ver con antelación lo que va a ocurrir en un futuro. Es un arma espiritual importante que decide el éxito de todas las actividades del hombre,

pero no es algo que uno puede tener porque lo desee. De ahí el proverbio: *Oscuridad a un palmo*.

La perspicacia fue para el líder coreano una capacidad mental peculiar. Llegó a poseerlo porque tuvo que abrir un camino inexplorado y resolver por sí solo los problemas que enfrentaba la revolución coreana.

Mientras abría el camino de la revolución coreana, el mayor dolor de cabeza era la falta de un manual de la revolución que se pudiera aplicar en las condiciones del país y de un precursor que se pudiera invitar para recibir su dirección. Pero no por ello se podía resolver el problema del destino del país y la nación dependiendo de las fuerzas extranjeras. Si no se resolvía los problemas por su cuenta propia y de manera independiente, no se podía dar un paso de avance. Tal era la revolución coreana.

A partir de tal condición de la revolución coreana, Kim Il Sung adoptó el principio de tomar el juicio y la decisión de manera científica e independiente.

El establecimiento de una línea o política independientes y el éxito en el esfuerzo por materializarlas tienen como premisas un juicio y una decisión científicos y basados en la realidad.

Partiendo de ello, Kim Il Sung tomó como principio inviolable

elaborar todas las líneas, políticas, estrategias y tácticas sobre la base de una previsión correcta del camino a seguir por la revolución y de un análisis científico de las futuras condiciones objetivas y subjetivas y los cambios de la situación.

La reforma agraria en la RPD de Corea fue uno de los componentes más esenciales de la revolución democrática antimperialista y antifeudal llevada a cabo antes que todo por el pueblo coreano bajo la dirección de Kim Il Sung una vez que se obtuvo la gran victoria en la guerra por la descolonización de la nación.

La reforma agraria efectuada tras la liberación del país fue una transformación social peculiar, sin precedentes en la historia, tanto en los objetos de la confiscación y la definición de los blancos de lucha como en el proceso de su ejecución según etapas. Llama atención especial que ella se realizó con previsión, en el principio de que es una premisa para la revolución socialista que se cumplirá infaliblemente en el futuro.

El deseo más ardiente de los campesinos que ocupaban el 80 por ciento de la población de Corea, por entonces un Estado agrícola atrasado, era cultivar su propia tierra. Para realizar esa aspiración secular de las amplias masas y atraerlas era necesario distribuirles las tierras.

Al reflejar correctamente esta exigencia de la realidad, Kim Il Sung se empeñó en la gran transformación de la reforma agraria consistente en confiscar las tierras de 44 mil terratenientes y realizar el deseo secular de las amplias masas campesinas de más de 720 mil núcleos familiares. A su vez, adoptó medidas pertinentes para que la reforma agraria fuera un factor que preparara condiciones favorables a la ulterior transición a la revolución socialista y al desarrollo socialista del país.

Ya cuando se elaboraba el anteproyecto de la Ley de la reforma agraria, previó la cooperativización de las gestiones rurales prevista para la fase de la revolución socialista y aclaró que los campesinos no podían vender, arrendar o hipotecar las tierras que se les había distribuido, lo cual permitió concederles el derecho de la posesión de la tierra, conforme a su ardiente deseo, y por otra parte prevenir el resurgimiento del sistema de cultivo en arriendo y la resucitación de campesinos ricos. Asimismo, restringió a estos últimos con la medida de trabajar ellos mismos y no tener a su disposición a los peones de forma permanente. Esas medidas buscaban limitar el desarrollo de la administración de los campesinos ricos y así preparar premisas favorables a la futura cooperativización de las gestiones rurales de acuerdo con la demanda del socialismo. Era

necesario marginar con antelación a los campesinos ricos, blanco principal de lucha en la cooperativización de las gestiones rurales, para de esta forma impedir el desarrollo de su administración.

Su previsión posibilitó cumplir cabalmente la reforma agraria en Corea en menos de un mes y preparar una segura premisa para realizar con el supremo nivel la transformación socialista de la administración rural después de la guerra.

Igualmente gracias a su clarividencia, fue presentada como línea estratégica de la revolución coreana la de la independencia en la política, la economía y la defensa nacional. Fue él quien determinó que el trayecto de la revolución coreana era el de la independencia partiendo del convencimiento de la legitimidad del desarrollo de la era independiente y del análisis científico de que la independencia es como vida para un país y nación y la era actual era la de la independencia en que la revolución y la construcción se llevan a cabo tomando como unidades el país y la nación.

Su clarividencia tenía el carácter científico, pues determinaba y preveía con mayor exactitud la tendencia de la época y el giro de las situaciones.

En todo momento, él enfocaba con atención los hechos y sucesos acaecidos a escala mundial. Generalizaba con exactitud los

resultados del análisis de los hechos individuales y daba pronósticos más correctos.

Tras el derrumbe de la ex Unión Soviética, un político ruso de alto rango que visitó a Corea dijo: Antes muchos criticaron a Corea por no ingresar en el CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica) e insistir en una economía independiente, pero hoy todos los miembros del CAME se han arruinado y solamente Corea que ha construido una economía nacional independiente mantiene el socialismo. Corea es un país que ha logrado éxitos en la construcción socialista.

Con ello, él elogiaba al líder coreano quien preveía incluso lo que sucedería en el siguiente siglo.

Su perspicacia se constató también durante la Guerra de Liberación de la Patria (25 de junio de 1950-27 de julio de 1953) en que se decidía el destino del país y la nación.

Al prever científicamente que por sus características geográficas, en la Península Coreana la defensa costera adquiera mayor importancia a medida que se amplían los éxitos del ataque, dispuso que al tiempo que se lograban éxitos en el frente, reforzaran la defensa costera desplazando con previsión los dos cuerpos de ejército hacia las costas oriental y occidental. La guerra demostró fehacientemente cuán justo fue su orientación estratégica.

Desde 1951 hasta el cese de la contienda, los imperialistas estadounidenses intentaron varias veces desembarcar en Wonsan y Hanchon, situados en las costas oriental y occidental, respectivamente, del país, mutilar en dos a Corea y trasladar el frente hacia el Norte. Con todo, no pudieron realizar su objetivo estratégico y terminaron por arrodillarse ante el pueblo coreano.

Igualmente fue el resultado de la clarividencia del Mariscal quien previó la victoria en la guerra el hecho de que ya en 1952 se elaborara en plena contienda el proyecto de la restauración y construcción posbélicas y que muchos soldados se retiraran del frente para continuar los estudios en los centros de la enseñanza superior.

Un día en que la guerra contra el imperialismo norteamericano estaba en su apogeo, un reportero extranjero visitó la Comandancia Suprema para entrevistarse con el Mariscal y saber lo que él pensaba de la “Nueva Ofensiva” de gran envergadura de los invasores yanquis y de la perspectiva del conflicto.

Con cierta tensión y sentido de culpa por tener que quitarle el precioso tiempo al Comandante Supremo quien decidía el destino de la guerra, él entró en su despacho y quedó sorprendido por una quietud imprevista que reinaba en él.

El líder coreano veía algo frente a una mesa ubicada a un lado de la amplia pieza y un soldado bisoño estaba parado a su lado y le decía algo en voz baja. El periodista dirigió una mirada dubitativa a su guía y este le susurró al oído que el Mariscal estaba revisando el estudio del soldado. Viéndolo incrédulo, le añadió que el estudio era para preparar de antemano a los que enviarían a los centros docentes para la futura restauración y construcción posbélicas.

El visitante, sorprendido una vez más, pensó: Esto quiere decir que el Comandante está convencido de la victoria en la guerra.

Lo que él hizo después fue salir sin hacer ruido. Una vez afuera exclamó al guía que le preguntaba la razón: Ya basta, ya he terminado mi entrevista.

Así el líder coreano condujo el proceso revolucionario y constructivo a la victoria valiéndose de su clarividencia y colocó al pueblo coreano en la cima de la gloria.

Su atinada dirección de la revolución y construcción en Corea es inconcebible sin sus conocimientos enciclopédicos.

Erudito y poseedor de ricas experiencias prácticas, siempre estuvo en contra de la inclinación a insistir en experiencias anticuadas y no querer encontrar la solución del problema con una nueva visión.

Un día de octubre de 1954 visitó la comuna Iap, distrito Jungsan

de la provincia de Phyong-an del Sur, donde decidió pasar allí una noche para aliviar las penas del entonces presidente de la junta administrativa de su granja cooperativa quien había perdido a más de treinta familiares y parientes por los yanquis durante la retirada en la pasada guerra.

Al otro día, se dirigió a la comuna Namu, abriéndose paso por entre las malezas que le llegaban a las rodillas. Hasta en aquel tiempo, en la región había varias ciénagas y no había un camino que pudiera llamarse como tal. Pensativo, caminó despacio a orillas de una ciénaga y abordó en un barquito para darle una vuelta.

Luego de terminar el recorrido por entre los juncos, se reunió con unos campesinos y les dijo que levantando un dique en la ciénaga se podía ganar unos 100 mil *phyong* (unidad de superficie equivalente a 3, 3 metros cuadrados) y que con los cereales cosechados en ese arrozal anegado su nivel de vida llegaría al de los campesinos ricos de antes de la liberación del país. Los aldeanos no podían creer lo que escuchaban. Les parecía inverosímil que aquella ciénaga que levantaba olas pequeñas tuviera tanta extensión. Eran ellos quien llevaban decenas de años viviendo cerca de la ciénaga. La miraban todos los días y en sus frecuentes viajes a bordo del barco no hicieron ni un intento de medir su dimensión. Pero el Presidente hizo un solo

recorrido sobre un barquito y aseguraba que podía obtener de ella cien mil *phyong*.

Tal pronóstico se verificó con posterioridad. Tras la visita de Kim Il Sung, los locales se movilizaron para roturar la ciénaga y convertirla en un terreno fértil. Demás está decir que con gran emoción midieron cada palmo del terreno ganado y con gran asombro comprobaron que tenía ni más ni menos cien mil *phyong*. Se convencieron de la gran perspicacia del Presidente nutrida de ricos conocimientos y experiencias.

De esta manera, la previsión del Presidente Kim Il Sung sirvió de base para hacer de su dirección sobre la revolución y la construcción coreanas la más acertada y científica.

2

Ferviente adoración al pueblo

Kim Il Sung fue un hombre cálido.

Nacido en una familia que considera el amor al ser humano como la parte más importante de su tradición, él lo mantenía en lo profundo de su corazón bajo la educación de sus padres y en medio de una miseria indescriptible.

Como personificación del amor al hombre, con ese sentimiento emprendió la revolución coreana, condujo a la victoria las dos guerras revolucionarias y escribió un nuevo capítulo de la historia de creación y construcción.

El amor que él vertió en el pueblo coreano era para él la patria, la revolución y el mundo de la justicia y la verdad.

Este amor fue tan cálido y eterno que los coreanos siguen llamándolo padre. Reza un refrán coreano: *Diez años son suficientes para transformar la apariencia de montañas y ríos*. Pero hay algo que no cambia con el transcurso de los años y es el cálido amor de Kim Il Sung hacia el pueblo coreano.

Considerar al pueblo como el cielo

El amor es un elemento de las éticas inherentes en el mundo humano. Le hace más hermoso y ayuda al ser humano a allanar su destino con la unidad y cooperación.

El humanitarismo de Kim Il Sung se nutría de la fervorosa adoración al pueblo que considera como el cielo, de la absoluta confianza en él y de un amor intenso y profundo. Además fue una gran generosidad y magnanimidad ilimitada con que atendía a todos los coreanos y amigos extranjeros, y un compañerismo revolucionario capaz de cultivar flores sobre la piedra.

Él fue un prototipo de amor al hombre quien lo tenía como uno de sus rasgos nobles.

Quienes se reunieron con él decían que sintieron ya en el primer encuentro una atracción irresistible hacia esa figura excelsa, cuya razón radicaba en su noble humanitarismo, generosidad y magnanimidad, una sonrisa amplia en su rostro, su voz de barítono y afectuosa.

Su gran amor al hombre se arraigaba en la familia de su tierra natal Mangyongdae.

El hombre da los primeros pasos en el reducido ámbito que es la familia y aprende la lógica de la vida y hace suyas las virtudes y cualidades humanas bajo la influencia de los padres y otros familiares. La tradición familiar de la casa natal de Kim Il Sung que considera como máxima virtud el afecto al hombre coadyuvó a que él hiciera suyo el amor al hombre, la familia, la nación, la patria y el pueblo desde su infancia.

Su humanitarismo se fundamenta además en su concepto según el cual ve en el hombre al ser más valioso del mundo y concede mayor prioridad al pueblo.

La idea Juche concebida por él enaltece al hombre como un ente valioso que tiene la máxima dignidad y valor en el mundo y hace de las masas populares protagonistas de la historia y los seres más inteligentes y poderosas.

La quintaesencia del noble concepto y la invariable posición de Kim Il Sung de apreciar al hombre y dar prioridad al pueblo consiste en que lo adoró en toda su vida y se entregó a él con todo el afecto.

Las masas populares desean no solo el cariño entre miembros

familiares sino el de la sociedad que las trata como seres humanos y respeta su personalidad y dignidad, promoviendo la ayuda mutua.

Kim Il Sung dio todo lo suyo para embellecer el jardín de amor al hombre considerando su dignidad y personalidad como primeros objetos de afecto. A lo largo de toda su vida tuvo por la bandera de la revolución tal afecto y el respeto a las masas populares.

Él considera al pueblo como el cielo. Su concepto del pueble radica en que lo tiene como objeto de su veneración para ensalzarlo en toda su vida.

Se transmite una historia sobre las relaciones humanas con Pak In Jin, patriarca del chondoísmo (religión nacional de Corea que sistematizó *tonghak* a mediados del siglo XIX) y su esposa.

Pak In Jin fue un patriota de la revolución antijaponesa que realizó méritos en la alianza con los comunistas por la salvación nacional. Ingresó en el chondoísmo y ocupó diferentes cargos hasta 1932, año en que fue designado *Tojong* (título del jefe de una comunidad regional de chondoísmo). En aquel tiempo, esta religión tenía 29 comunidades regionales a escala nacional. La comunidad regional liderada por él comprendía principalmente Phungsan, Samsu, Kapsan en Corea y la zona de Changbai en China, era uno de los

más grandes. El hecho comprueba que Pak In Jin era una figura de considerable relevancia en la jerarquía chondoista.

Al estallar el Levantamiento Popular del Primero de Marzo en 1919, organizó en Phungsan una manifestación antijaponesa de una multitud de más de mil personas y luchó valientemente en la vanguardia, pero fue alcanzado por una bala del enemigo y fue detenido. Tuvo que sufrir indecibles penalidades en la cárcel Sodaemun, pero mantuvo su devoción religiosa y espíritu de resistencia.

En tanto vivía como refugiado en medio del monte después de salir de la prisión, se dedicó a ayudar a las tropas independentistas y propagar la religión. Fue entonces cuando llegó a tener contacto con un grupo de trabajo político de la guerrilla antijaponesa de Kim Il Sung. Fueron tiempos en que Kim Il Sung fundó la Asociación para la Restauración de la Patria (ARP), frente unido nacional antijaponés, (el 5 de mayo de 1936) y se esforzaba para ampliar esa organización.

Pak, quien ya había leído la Declaración Inaugural y el Programa de 10 Puntos de la ARP, adoptó una actitud positiva al respecto durante su encuentro con un representante del Ejército Revolucionario Popular de Corea. Comenzaba el invierno de

1936 cuando él visitó el campamento secreto de la guerrilla para encontrarse con el Comandante Kim Il Sung.

Los dos intercambiaron opiniones sobre diversos asuntos, entre ellos la situación dentro y fuera del país, las realidades de movimientos nacionales y el curso de desarrollo de la lucha armada antijaponesa. Sus conversaciones duraron varios días.

Durante una conversación en un día, Kim Il Sung, avisando a Pak que era hora de hacer un ritual-ofrecer el agua clara al fundador de la religión-, mandó a su enlace a traer agua clara en una vasija. El visitante no lo aceptó decididamente diciendo que no podía celebrar el rito ante Kim Il Sung, quien no era chondoista. Este insistió en que lo hiciera, diciendo que el señor *Tojong*, el de más firme fe religiosa, no debía faltar siquiera una vez a los preceptos religiosos.

Pak no podía rehusar más. Él pronunció una letanía y tomó un trago de agua. Al terminarlo le preguntó en serio: General, quisiera preguntarle algo. ¿Usted venera algo tal como nosotros adoramos al *Hanulnim* (cielo)? Si es cierto, ¿cuál es este algo?

De acuerdo al chondoísmo, *jigi* es el origen del mundo y de las demás cosas, por lo que *Hanulnim* es el objeto de la máxima veneración. Generalmente, si los partidarios del comunismo adoran

a un objeto como los religiosos, esto es increíble. Pak In Jin sabía que los comunistas no creían en Dios.

Sin embargo, Kim Il Sung, aceptando su pregunta como manifestación de su confianza en sí mismo, le explicó: Por supuesto, yo también venero algo, como si fuera a Dios. Y este algo es el pueblo. Lo aprecio como si fuera el cielo y lo venero como a un Dios. Mi Dios no es otro que el pueblo. En el mundo no hay seres que sean tan inteligentes y poderosos como las masas populares. Por eso, tengo como credo de toda mi vida "considerar al pueblo como el cielo".

Al oír estas palabras Pak In Jin dijo con firme fe que había valido la pena su visita al monte Paektu, pues allí llegó a saber, si bien tarde, qué era el verdadero *Hanulnim* y dónde se encontraba.

Nadie pensó que el pueblo es el cielo. Solamente Kim Il Sung llevó en su sangre este concepto peculiar y colocó en el plano más elevado su poder y valor. Esto es precisamente la cristalización de su noble concepto del pueblo. Su máxima de toda la vida aboga por el respeto del pueblo, considerándolo como el cielo. Es una divisa que no tiene su parangón en la historia.

Su puntal espiritual que estimaba en alto grado al pueblo, objeto

de desprecio durante muchos años, partía de una firme fe en el potencial sin límites que ejercería un pueblo concienciado y unido. En todo momento estaba convencido de que todo tenía su límite, menos el potencial del pueblo, y que si se ponía de manifiesto su fuerza nada era irrealizable en el mundo y se podía conquistar el cielo.

Quedando inválido por las torturas brutales de la policía japonesa, Pak In Jin fue puesto en libertad condicional en primavera de 1939. En su lecho de muerte le pidió a su esposa que si se liberaba el país, fuera con las hijos adonde el General Kim Il Sung. También hizo llamar a su discípulo preferido para decirle: "Mientras existan el General Kim Il Sung y el Ejército Revolucionario Popular de Corea en el monte Paektu, para nuestros compatriotas vestidos de blanco llegará sin falta un nuevo día. Ustedes vivirán en el país del *Hanulnim* donde crecerán las más hermosas flores. Estoy viendo este día."

En el verano de 1992, Kim Il Sung supo que la esposa de Pak In Jin, de más de 90 años, seguía viva, y con gran alegría dispuso que la trajeran, cargándola a las espaldas si fuera necesario.

En su encuentro con Kim Il Sung, la anciana lo llamó "*Hanulnim*". Él le dijo que no debía llamarlo así, pero insistió en su

empeño, confesándole que en sueños había visto al *Hanulnim*. Fue una confesión sincera.

El gran empeño con que Kim Il Sung cultivó el jardín de amor al ser humano queda grabado imborrablemente en el alma del pueblo coreano. Este sigue como Sol de la vida y de la nación al gran padre Kim Il Sung que en toda su vida equiparó la voluntad del pueblo como la del cielo y tuvo al pueblo como cielo y como ser omnipotente. Así, su cielo fue precisamente el pueblo, el ser más inapreciable, inteligente y poderoso e incomparable en el mundo.

Centro de pensamiento y actividades

En una ocasión, Kim Il Sung explicó a los funcionarios que se preocupaban por su cabello canoso.

"Mis familiares no son canosos. La única excepción soy yo. Lo soy porque me preocupa el cómo reunificar cuanto antes la patria para liberar al pueblo del sufrimiento de la división nacional y el cómo procurarle una vida abundante. Es lógico que me vuelva

canoso porque día y noche pienso y me esfuerzo por hacer realidad su anhelo secular de comer arroz blanco con sopa de carne, vivir en casa con techo de tejas y llevar el de seda.”

Sus palabras sintetizan al pie de la letra su concepto de amor al pueblo por el que hizo todo lo que estaba a su alcance.

El afecto al pueblo es el centro, el comienzo, el fin y el nutritivo de todos sus pensamientos y acciones.

Su aspiración constante era procurarle al pueblo una vida envidiable.

Un día de la década de 1990, Kim Il Sung vio una raza peculiar de gallina mientras paseaba por el jardín. Los funcionarios se la llevaron allí para que él que laboraba de continuo tuviera un momento de descanso. Era un ave decorativa llamado “gallina con patas peludas” que tenía pelos de varios colores en la parte posterior de las patas.

Observándola con interés, él preguntó de repente a un acompañante cuántos huevos ponía al año. Al escuchar que ponía unos ochenta huevos, volvió a mirarlo algo decepcionado:

“Por lo general, las gallinas ponen de 200 a 250 huevos. Y una gallina que ponga 80 huevos no sirve para nada.”

El funcionario se apresuró a decirle: Mi querido Presidente, esta

gallina no es para la producción de carne y huevos sino para fines decorativos. ¿No la encuentra graciosa y hermosa?

Entonces, Kim Il Sung le dijo que la gallina que le hacía falta era la que ponía muchos huevos y no la decorativa, que aunque fuera fea, si reproducía mucho, gustoso iría a verla cada día y continuó:

“Me gustaría tener una gallina que ponga 400 huevos al año. Entonces podremos suministrar más huevos al pueblo.”

Tal era el patrón de su evaluación: por muy ostentoso y nuevo que fuera algo, si esto no reportaba beneficios reales para el pueblo, no servía para nada.

Él calificó como reyes del país a los niños, componente más importante del pueblo apreciado y amado por él. Los amó más que a nadie en toda su vida y les consagró todo lo suyo.

Todo el mundo sabe que él pasaba el primer día de cada año con los niños, pero pocos saben que en un año acudió a la función artística montada por ellos en el Restaurante Okryu.

En vísperas del Año Nuevo de 1961, Kim Il Sung estaba preocupado por el lugar donde se efectuaría dicha representación. Antes esta tenía lugar en el cine Taedongmun. Pero ahora no le parecía un lugar idóneo tanto por la envergadura de la función como

por el número de los participantes en ella.

Mientras consultaba el asunto con algunos funcionarios, sacó a colación el restaurante Okryu que se inauguraría pronto. Ellos dudaron un rato lo que estaban escuchando. La verdad era que el Okryu no se había inaugurado aún y además fue construido para las recepciones estatales. Un funcionario se lo explicó francamente.

Él opinó que le parecía mejor utilizar un edificio en vísperas de la inauguración, que debíamos tener un concepto correcto de los niños y que aunque tuviéramos que efectuar la recepción estatal en otro lugar, debíamos ceder el restaurante a los niños para que bailaran y cantaran a plenitud. Fue así como el restaurante Okryu, reservado para las ceremonias estatales, fue seleccionado para la función de los niños con motivo del Año Nuevo de 1961.

El 8 de abril de 1973 cuando se construyó el Palacio de Deportes de Pyongyang, Kim Il Sung les preguntó a los acompañantes para qué utilizarían ese edificio tan inmenso y les explicó que si se eliminan las plateas de VIP, podrían aprovechar esa área para incrementar el número de la audiencia, los cuadros que eran pocos podían ocupar un rincón de la gradería y que de esa forma se podía asegurar una mayor envergadura de la representación.

Gracias a él se eligió como solar del Palacio de Escolares y Niños de Pyongyang un local cotizado en la parte céntrica de la capital y en él resonaron las canciones de los niños aunque el país atravesaba una gran dificultad impulsando a la vez la construcción económica y la de la defensa nacional.

Con tal amor sublime, Kim Il Sung consagró toda su vida al pueblo.

El 15 de abril de 1992 en que cumplía ochenta años, dijo lo siguiente en un banquete ofrecido a él por el Gobierno de la República Popular Democrática de Corea:

"Yo emprendí el camino de la revolución, decidido a consagrarme en aras de la patria y del pueblo y, desde entonces hasta la fecha, en mi mente ha predominado siempre el amor hacia él."

Hace muchos años que él consideraba la revolución en sí como expresión del amor al ser humano. Tuvo una de las experiencias más desgarradoras cuando vio los horrorosos aspectos de los miembros del Cuerpo Infantil que, acusados de "minsaengdan" (organización de espionaje, creada por los imperialistas japoneses en febrero de 1932 para destruir las filas revolucionarias antijaponesas desde dentro), debían sufrir penalidades indecibles en el lóbrego campamento secreto del Maanshan durante la guerra antijaponesa.

Reprimiendo a duras penas el profundo dolor que sentía, él dijo a los oficiales de la intendencia del campamento secreto que hoy aquí él tenía que analizar una vez más y con seriedad la concepción del valor del revolucionario y les preguntó con qué objetivo iniciamos la revolución y por qué la continuábamos ahora, sobreponiéndonos a múltiples dificultades.

Continuó con tono serio:

"Somos hombres que abrazamos este camino no con el impulso de destruir algo, sino porque amamos a los seres humanos. ¿No hemos enarbolado la bandera de lucha contra este mundo odioso para emancipar al hombre de todas formas de injusticia y hábitos nocivos, proteger lo humano y defender todas las riquezas y bellezas creadas por la humanidad?"

Por ser un hombre que tomaba la revolución como una expresión del amor al ser humano, él no pasó por alto la más insignificante manifestación que iba en detrimento de los intereses del pueblo y la combatió duramente.

Se sentía infinitamente satisfecho cuando en su viaje de dirección sobre el terreno se encontraba con algún funcionario que se esforzaba para procurarles a los habitantes una vida más dichosa. Pero, criticaba severamente a quien bajaba a instancias inferiores

solamente para lanzar injurias y censurar a la gente.

Su meditación y actividades alcanzaron el clímax en la atención especial y dirección minuciosa sobre la vida de la población.

Él fue cabeza de una gran familia que se esforzó por solucionar el problema de alimentación, vestimenta y alojamiento de los habitantes. Sentía mayor impaciencia ante la deficiente alimentación de la población.

No permitió la menor concesión respecto a ella, aunque pensaba que la carencia de la ropa se podía resolver con el tiempo. Cada vez que se informaba de la alimentación insuficiente de los habitantes y que esto les creaba dificultades en la vida, se sentía inquieto y no podía conciliar el sueño.

Serían pocos los que saben que después de la liberación del país en que fungía como Presidente del Comité Popular Provisional de Corea del Norte, presentó el problema de la salsa y pasta de soya como primer punto de la agenda en una reunión consultiva del Comité.

De veras, unos días serían insuficientes para contar su consagración total al bienestar del pueblo poniendo el amor hacia él en el centro de todos sus pensamientos y actividades. Fue una vida en que dejó huellas indelebles de amor al pueblo, considerándolo como el cielo.

Confianza invariable

El amor que Kim Il Sung prodigó al ser humano se arraiga en su absoluta confianza en el hombre.

Esta fe constituyó el punto de partida del afecto al hombre que tenía como cualidad innata, el contenido más importante para él y el fundamento en que se asentó para hacer de la historia de la revolución coreana la del amor al hombre.

Emprendió y orientó la revolución con esa confianza como fuerza motriz. Su vida era, por decirlo de algún modo, la de la confianza en los compañeros y el pueblo. Esa confianza fue un motor poderoso de la revolución que él tuvo como credo de toda la vida y también fue la filosofía de la vida que aplicó en toda su vida.

Fue una confianza absoluta y firme, pues reflejaba correctamente la gran verdad de la lucha revolucionaria y la vida humana.

Fue moldeada y consolidada ya en aquellos días en que proclamó una guerra contra Japón, potencia imperialista, aunque disponía de recursos limitadísimos.

Cuando iniciaba sus actividades revolucionarias asumiendo

como su misión el logro de la independencia nacional, nada le aseguraba la victoria y no contaba con suficientes recursos materiales. Estaba, literalmente, con las manos vacías.

Solamente tenía la confianza en el pueblo que sería para él un puntal espiritual. Para él la única manera de hacer la revolución fue la fe en la fidelidad invariable y la moral de los compañeros, en la inteligencia y la fuerza inagotables y el fervor patriótico de las masas populares.

Bajo su confianza se formaron miles y miles de combatientes revolucionarios conocidos y desconocidos, quienes demostraron una abnegación y una combatividad sin par en aras de la patria, la revolución, el Partido y el pueblo. Hasta los que eran contrarrevolucionarios o lacayos del enemigo se sintieron fuertemente atraídos por la gran muestra de confianza del Presidente Kim Il Sung.

Una parte del tomo 7 de las memorias de Kim Il Sung ***En el Transcurso del Siglo*** se titula *Cazador de armiños*.

Narra un suceso ocurrido en 1937 cuando el Ejercito Revolucionario Popular de Corea realizaba el curso de estudios militares y políticos en el campamento secreto de Matanggou. Un cazador de armiños que ayudaba a la guerrilla la traicionó al caer en las garras de los imperialistas japoneses. Actuó dudosamente en varias

ocasiones, pero tanto Kim Il Sung como los demás guerrilleros no le expusieron el menor indicio de sospecha. Al contrario, lo trataron cordialmente compadeciéndose de él que mantenía con dificultad la vida con la caza de armiños. Lo llevaron al campamento secreto violando hasta la regla de no permitir entrar allí a ningún civil y le sirvieron panizo. Para despertar su juicio, le dejaron recorrer la unidad y asistir a un encuentro de recreación, una conferencia y una disertación de estudio.

El cazador sintió gran emoción por el hecho de que todos le depositaran una confianza absoluta y lo trataran cordialmente.

Un día, Kim Il Sung lo llamó para conversar, y en esa ocasión este le reveló voluntariamente su identidad. Luego le confesó francamente que había recibido de los japoneses la tarea de atentar contra la Comandancia guerrillera, mostrándole hasta un hacha que había escondido al pie de un abedul. Dijo que había escondido el hacha en lugar de declarar y arrepentirse pese a que era tratado como un huésped de honor y que no había hablado a tiempo a la Comandancia sobre la traición de un personaje, objeto de su trabajo y convertido en un lacayo del imperialismo japonés, que le ofreció la oportunidad de entablar lazos con la guerrilla.

En sus memorias, Kim Il Sung recordó que por poco habrían sido

aniquiladas tanto la Comandancia como la unidad, que la confianza en aquel cazador ayudó a que su negra intención se disipara al calor de la propia conciencia del ser humano y que gracias a esa fe pudieran salvarse de una desgracia. En sus actividades revolucionarias, incidentes similares ocurrieron una y otra vez. Desafió cada uno de esos sucesos convirtiendo las situaciones desfavorables en favorables, la desgracia en dicha. Su arma fue la confianza en el hombre. Estaba convencido de que la desconfianza no trae ningún beneficio, pero la confianza aporta mucho.

Fue verdadera y absoluta su confianza en las masas populares.

Consagró toda su vida para convertir no a un individuo o colectivo sino a todo el pueblo como sujeto poderoso de la historia y como dueño independiente de su propio destino. Ese pueblo son los obreros, campesinos, intelectuales y militares que llevan en sus manos el martillo, la hoz, el pincel y el fusil, respectivamente.

Son pocos quienes conocen en todos sus detalles la razón por la cual durante la Guerra de Liberación de la Patria transcurrieran dos largos años desde que se planteara el asunto de armisticio hasta su realización.

Contra la vesánica ambición del imperialismo yanqui de ocupar toda Corea a los tres días de iniciada la guerra, el Ejército Popular

de Corea pasó al contraataque decisivo liberando solo en un mes más de 90% del territorio del Sur, donde vivía más de 92% de la población surcoreana.

El Ejército Popular que acorralaba al enemigo en una región reducida de las provincias de Kyongsang del Sur y del Norte se vio obligado a efectuar una retirada estratégica temporal por la escasez de las armas. Los militares y civiles coreanos superaron esa severa prueba con la confianza en su Comandante Supremo Kim Il Sung. Rechazaron por completo la llamada "ofensiva general de Navidad" del enemigo y coronaron con éxito la operación de la tercera etapa de la guerra, así como avanzaron expulsándolo hacia el Sur del Paralelo 38. Ante el fracaso de la ofensiva, el general norteamericano MacArthur confesó que era imposible que Estados Unidos obtuviera la victoria en Corea. Despavoridos ante el avance del Ejército Popular, los imperialistas yanquis propusieron las negociaciones para el armisticio solo a un año de comenzada la guerra.

Sin embargo, la guerra prolongó dos años más. Varias son sus causas, entre ellas el perverso intento norteamericano de lanzar una nueva "ofensiva" dilatando el tiempo al socaire de las negociaciones. Pero la causa principal está relacionada con el problema de prisioneros de guerra.

Kim Il Sung consideró como capitulación la propuesta del cese de fuego del imperialismo norteamericano, provocador de la guerra. Por lo tanto, implementó medidas drásticas para satisfacer las exigencias justas de Corea en las negociaciones del armisticio. Una de ellas era el problema referente a los prisioneros. Desde que se vislumbraba la posibilidad real del cese al fuego, libró una enérgica lucha sin cañonazos para el retorno de los prisioneros.

Prisioneros los hay en cualquier conflicto. La ley internacional estipula que no se puede acosarlos, torturarlos, matarlos ni someterlos al experimento, sino tratarlos de forma humanitaria y devolverlos incondicionalmente a su país.

Con todo, en la Guerra de Liberación de la Patria los imperialistas yanquis torturaron a los prisioneros coreanos amenazándolos para que abjuraran y traicionaran a la RPD de Corea.

Adolorido como nadie por su deplorable situación, el Comandante Supremo hizo lo que estuvo a su alcance para viabilizar su retorno. Lo consideró como un asunto que no admitía la más mínima concesión. Para ello, telefoneó más de cien veces al delegado del Ejército Popular de Corea de la Comisión Militar de Armisticio. Más tarde, recordó que por ese problema tuvieron que seguir combatiendo con los yanquis más de un año y que si no fuera por

aquel problema, el acuerdo de armisticio se habría firmado más temprano. Fue precisamente la confianza la que lo movió a superar todos los sufrimientos y dificultades y dedicar ingentes esfuerzos por el retorno de los prisioneros en aquellos días en que él estaba envuelto en llamas y el cuerpo y la mente de las personas sangraban de continuo.

Él lo hizo no por la simple obligación moral del Comandante Supremo de apreciar a sus soldados sino por la fe puramente humana con que confiaba plenamente a los hijos de la República. Por esa razón, al evocar aquellos días dijo que si no hubiera tenido confianza en los prisioneros, no se hubiera empeñado tanto para hacer factible su retorno.

Fue él quien criticaba a su debido tiempo a los que tendían a sospechar a otros diciéndoles que sería mejor que fueran a vivir solos a una isla.

Un día de la guerra coreana, asignó a un cuadro de las Fuerzas Armadas la tarea de analizar la situación de una división del Ejército Popular y a su regreso este le informó que el 85% de los integrantes de la división eran personas malas. Al escucharlo, el Comandante Supremo lo criticó duramente diciéndole que no era peligrosa la división sino él mismo. Además, corregía los errores de los

funcionarios que trataban con una visión estrecha a las personas con ambiente familiar complicado.

Fue una confianza absoluta que no hacía distinciones ni trazaba límites. A partir de ella nació una política de benevolencia sin precedentes en la historia y se logró la unidad monolítica.

Su confianza fue verdadera y desinteresada. A cada rato subrayaba que ella no admitía falsedades y de ahí que él se alzaba resueltamente en defensa del hombre arriesgando su propia vida.

Solía expresar abiertamente su confianza a las personas. A los compañeros de armas, los obreros y los campesinos les demostraba toda su sinceridad. Por eso, quienes gozaban de su confianza la consideraban como si fuera su propia vida y hacían lo imposible para conservarla hasta el último momento de la vida.

Durante la guerra, cuando Kim Il Sung propuso enviar al extranjero a numerosos técnicos con el fin de formarlos como especialistas competentes para la restauración y la construcción posbélicas, previendo el triunfo, algunos cuadros de estrecha visión cuestionaron sus orígenes familiares y antecedentes de ellos. Y él les dijo que en el pasado los hijos de los obreros y campesinos no podían estudiar por falta de dinero y los graduados de la escuela eran generalmente hijos de familias adineradas, que si cuestionábamos

el pasado de los intelectuales del país, nadie podía escapar a la acusación, que él confiaba en que los técnicos que figuraban en la lista de los seleccionados no se dedicarían al espionaje durante la práctica en el extranjero y a su retorno a la patria no perpetrarían actos subversivos y que a las instituciones extranjeras competentes les enviaran, además de la lista de los técnicos coreanos, un documento que diera fe de su propio aval.

Así su cálido amor y confianza depararon una gran era en que el líder coreano y el pueblo coreano están unidos por lazos consanguíneos y comparten el mismo destino.

Amor inmenso como el mar

El amor auténtico reside en ayudar y atender al prójimo con toda su alma, capacidad y fuerza. El amor no es jamás la manifestación de algún sentimiento simple, sino una abnegación ardiente y sincera y un sacrificio fervoroso y activo al que uno respeta y confía.

Kim Il Sung fue un hombre infinitamente generoso que trató a las personas con un humanitarismo inmenso como el mar y consagró toda su vida en aras del bienestar del pueblo.

Su humanitarismo fue un factor importante que hizo de su amor el más sincero y auténtico.

Su noble humanitarismo y amor paternal se caracterizan esencialmente por el calor con que trató, atendió y guió al pueblo.

El líder es el cargo supremo de un Estado. Mas, Kim Il Sung atendió y condujo a las personas no con la orden e indicación sino con el cálido amor al hombre.

Con ese sentimiento que movía a multitudes, crió a varios huérfanos durante la guerra cruenta y terminada esta visitó con frecuencia a familiares que vivían sin esposos ni padres porque estos se pasaron al Sur y compartió la tristeza con ellos. Fue tan cálido y afable su mundo humano que tanto los niños como los adultos olvidaban todas las preocupaciones en su regazo.

Por regla general las personas imaginan ante todo lo riguroso que habría sido un militar destacado o un gran dirigente de la revolución. Es una concepción generalizada pensar que el afecto es un sentimiento muy distante de ellos.

El enviado especial de Roosevelt que se encontró en Moscú con Stalin en diciembre de 1941 también habló de su carácter:

“No hubo un gesto innecesario ni un semblante afectado. Parecía que yo estuviera hablando con una máquina racional

extraordinariamente disciplinada." Era, por llamarlo así, una apreciación sobre la peculiaridad del hombre Stalin, riguroso e imponente en el trato con otras personas.

Hace mucho que el humanitarismo es considerado como virtud más bella que adorna la sociedad humana. Y el humanitarismo de Kim Il Sung es como el mar extenso pues cautiva a multitudes.

La sonrisa amplia y radiante que dibujaba al pueblo demuestra de forma elocuente su humanitarismo excepcional. Cual sol, esa sonrisa irradió luz y calor en los ochenta años de su vida.

El pueblo coreano lo recuerda como padre generoso y cariñoso que esboza una sonrisa amplia.

Esa sonrisa desbordaba siempre en su rostro. Sonreía ampliamente en el encuentro con obreros, campesinos y niños, en el trato con los funcionarios, cuando charlaba con militares e innovadores en su orientación sobre el terreno, mientras explicaba minuciosamente el error a una persona que lo haya cometido y que estaban perplejos por el sentimiento de culpabilidad que los afligía, y también en reuniones y charlas oficiales y en las tribunas de algún acto del Partido y el Estado.

Su sonrisa del sol que tranquilizaba y alegraba a todo el mundo fue expresión de su verdadero amor al hombre y de su cálido

humanitarismo. Este humanitarismo excepcional y voluntad sobrehumana lo acompañaron mientras superaba todas las dificultades y sufrimientos, sin alterar una sola vez el semblante ante el pueblo.

El aroma típico de esa figura excelsa es dibujar una sonrisa radiante y atender con el afecto paternal a los soldados revolucionarios.

El presidente del subcomité de Asia y el Pacífico del Comité Diplomático de la Cámara de Representantes de Estados Unidos fue el primer político norteamericano que se entrevistó con Kim Il Sung en Pyongyang después de la guerra coreana.

El acta de esa entrevista se hizo pública a los 20 años. En una rueda de prensa efectuada en 1980 él accedió a la petición de un reportero de hablar de la impresión que le causó el encuentro y dijo: "Conversé con el Presidente Kim Il Sung unas cuatro horas. La impresión que tuve fue que, además de extraordinario y refinado, él era en todo momento un conversador sonriente y un hombre bondadoso." Fue una confesión sincera de las cualidades excepcionales del líder coreano quien, siempre con una sonrisa amplia, trataba con generosidad no solamente a sus compatriotas sino además a los extranjeros.

Aun cuando se enteraba de la dualidad de aquellos que a escondidas se dedicaban a calumniar y difamar y en público llevaban cínicamente la máscara del bondadoso, no se enfadaba ni les revelaba su naturaleza, sino los trataba con generosidad y sonrisa, dándoles la oportunidad de reconocer sus culpas y rectificarse.

Mientras echaba chispas por los ojos y se estremecía de indignación ante el enemigo, dibujaba una amplia sonrisa siempre que trataba al pueblo.

Es consabido que un día después de la liberación del país, un hijo del señor Hong Myong Hui, talento renombrado desde el período en que la nación coreana lloraba su condición de apátrida, preguntó a su padre qué clase de hombre era Kim Il Sung y si se podía confiarle el destino de la familia, él le respondió que se había enamorado de su sonrisa amplia y radiante. De tal forma, ese hombre que dio un giro trascendental en su vida tras el encuentro con el Presidente reflejaba el sentir de todos los coreanos y extranjeros atraídos por su sonrisa del sol.

Durante la visita de Kim Il Sung a la ex Yugoslavia en junio de 1984, un periodista yugoslavo cometió el error craso de no fotografiar al líder coreano en el instante en que se apeaba del tren dibujando una amplia sonrisa en el rostro y más tarde confesaría:

"Era una sonrisa afectuosa y deslumbrante que cautivaba al mundo. No habrá en el mundo un fotógrafo capaz de reproducir intachablemente esa sonrisa de quien posee una gran fuerza de atracción, una magnanimidad como el mar, una enorme influencia y un noble humanitarismo."

Hipnotizado momentáneamente por esa sonrisa, el reportero se olvidó de cumplir su deber. De hecho, la culpa no era de él.

En julio de 1994 cuando el pueblo se despedía del líder coreano, lloró a mares y se deshizo en tristeza, pues en el instante en que veía su retrato sonriente creció su añoranza hacia el gran padre que tanto lo cuidó y amó.

La sonrisa es la expresión más generalizada y concreta de lo que uno siente en la vida cotidiana, como son la alegría, la satisfacción y el placer. En este sentido se puede afirmar que es la manifestación del sentimiento más sincero del ser humano.

La imagen de Kim Il Sung que está grabado en la mente del pueblo coreano es la de un padre que esboza una sonrisa satisfecha y placentera. El mundo conoce muy bien que él fue un hombre sonriente y cariñoso.

No obstante, pocos son capaces de captar sus más íntimos sentimientos. De veras, sus ochenta años no fueron siempre placer,

satisfacción y risas. Él lloró más que rio y sufrió como nadie en el mundo.

Padeció el dolor y lloró más que nadie.

Fue el general invencible y veterano político, pero sufrió y lloró mucho a escondidas porque profesaba un gran amor al hombre.

De todos los sentimientos, el amor más sincero y cálido se expresa por el humanitarismo. Y la expresión más sincera del humanitarismo es la lágrima.

Kim Il Sung tenía el criterio especial de que uno puede ser héroe genuino si sabe llorar.

El 2 de enero de 1988 y el 8 de junio y el 6 de noviembre del año siguiente dijo a altos funcionarios del Partido, el Estado y el Ejército:

"Es un buen hombre quien llora mucho. Quien es frío e indiferente no derrama una gota de lágrima aunque se le pida que llore. Quien sabe llorar es un héroe auténtico."

Él lloró mucho por el afecto al pueblo y el compañerismo a los revolucionarios, sobre todo cuando fallecieron los queridos compañeros revolucionarios.

Cuando se informaba de su muerte, derramaba muchas

lágrimas y ese dolor formaba en el alma una cicatriz que nunca se cerraba.

Durante la guerra contra el imperialismo japonés, cuando un compañero caía sin poder ver liberada a la patria, experimentaba un sufrimiento que no le permitía dormir ni comer, escribía llorando el discurso fúnebre y enterraba en persona el cadáver.

Una vez se enteró de la muerte de un enviado especial de la Internacional Comunista a quien conoció hacía unos diez días, trancó la puerta y lloró todo el día y recordó al difunto vertiendo lágrimas. En la patria liberada, ante la muerte de los compañeros revolucionarios como Kim Chaek, An Kil y Pak Tal, los patriotas como Ho Hon y Hong Myong Hui y otros mártires patrióticos consagrados a la reunificación como Kim Jong Thae y Choe Yong Do, no contuvo la tristeza experimentando un dolor inimaginable de la pérdida.

También lloró cuando morían los soldados ordinarios y otras personas corrientes.

Durante la pasada guerra coreana cuando su chófer murió de parálisis cardiovascular, no pudo conciliar la pena, presidió el acto fúnebre y escogió el lugar donde se enterraría. Luego de la ceremonia fúnebre demoró la partida diciendo que aunque estuviera

muy atareado pasaría allí un día más y lloró con tristeza sin probar bocado.

Tanto le entristecía la muerte de los soldados revolucionarios que tomaba como índice importante que determinaba la victoria y la derrota del combate la pérdida de los efectivos, además del resultado de la batalla.

Un día de la Guerra de Liberación de la Patria, cuando un comandante militar introdujo el "combate de movimiento" que no se avenía a las condiciones reales del país, contraviniendo la orientación del Partido del Trabajo de Corea referente a combatir apoyándose en el túnel, y acarreó muchas víctimas, le hizo una crítica acérrima y declaró: "Si sufrimos una gran pérdida en el combate, no podemos afirmar que lo hemos ganado." Y enfatizó su rechazo al criterio de los militares burgueses que toman a las masas de soldados como un simple instrumento de guerra y que hacen el brindis del triunfo sin hacerle caso a la muerte de colosales efectivos.

Basta con una mirada retrospectiva a la historia para darse cuenta de las innumerables batallas en que colocaron la bandera de triunfo sobre un montón de cadáveres. A principios del siglo XX, Japón atacó con 130 mil soldados el puerto chino de Lushun defendido por 51 mil y aunque lo ocupó a los 7 meses con un saldo de 110 mil muertos,

cantó victoria. Durante la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos e Inglaterra perdieron más de 122 mil soldados en el desembarco de Normandía, pero lo propagaron como "ejemplo" de modernas operaciones anfibias. El desembarco de la isla de Iwo Jima de Japón, con una extensión de apenas 20, 3 kilómetros cuadrados, terminó para los norteamericanos con muchas pérdidas humanas y materiales, pero MacArthur fue promovido a general con cinco estrellas. En aquel tiempo, había un puñado de tales generales en Estados Unidos.

Durante la Lucha Armada Antijaponesa Kim Il Sung salía victorioso en el combate con pocas pérdidas humanas gracias a sus hábiles métodos de guerrilla, y si veía caer a un compañero derramaba profusas lágrimas. Y durante la Guerra de la Liberación de la Patria, si había muchas bajas, no reconocía la victoria del combate aunque lo hubieran ganado.

Por eso odiaba a las personas carentes del humanitarismo.

A finales de marzo de 1989 el pastor Mun Ik Hwan, asesor de la Asociación del Movimiento Democrático Nacional de Corea del Sur, visitó a Pyongyang y se encontró con el Presidente Kim Il Sung. El pastor, quien había expresado su apoyo a la proposición de una negociación política de los dirigentes del Norte y

Sur de Corea encaminada a discutir la propuesta de la reunificación nacional mediante el sistema confederativo hecha por el Presidente mediante su mensaje de Año Nuevo de 1989, visitó a Pyongyang del 25 de marzo al 3 de abril del mismo año, entrevistándose con el Presidente el 27 de marzo.

Al concluir su visita al Norte, aterrizó en el aeropuerto Kimpho el 13 de abril. Pero, las autoridades surcoreanas lo arrestaron allí mismo acusándolo de haber visitado a la RPD de Corea y le condenaron a 7 años de cárcel. Y con la desfachatez que las caracterizaba, solicitaron una conversación con el Norte.

En ese momento Kim Il Sung dijo que el gobernante surcoreano era un hombre insensible y cruel, pues encarceló a un pastor septuagenario que tenía a la madre enferma, y rechazó categóricamente el diálogo declarando que no valía un comino encontrase con un hombre tan brutal. Aunque se tratara de un problema de gran significación política, no se haría ilusiones con el hombre salvaje carente de humanitarismo y jamás tendría ningún trato con él. Tal era su posición intransigente que patentizaba claramente lo mucho que él apreciaba el humanitarismo.

Su humanitarismo fue un sentimiento sincero y duradero que no perdía su intensidad con el paso del tiempo.

En la patria liberada, Jo Ki Chon quien compuso la epopeya *Monte Paektu* visitó a Kim Il Sung y este fue el primero en escuchar los versos que recitaba el poeta.

Entre muchos pasajes emocionantes del poema, lo emocionó sobremanera la parte en que enterraban a Yong Nam que fue alcanzado por las balas enemigas. Presentamos abajo esa parte.

…

…

Leñadores del país,
Favor de no cortar árboles
¿Quién sabe si alguno de ellos vela en silencio
Por el alma de un mártir nuestro?
Favor de no patear las piedras del camino
¿Quién sabe si debajo de ellas
Descansan los restos de un mártir nuestro?

Al escucharlo, Kim Il Sung no pudo contener la emoción y por sus mejillas corrieron las lágrimas, porque se acordó de sus compañeros caídos, muchos de ellos enterrados sin lápidas en tierras foráneas. Su humanitarismo no se entibiaba ni se modificaba aun con el paso de los años.

Gracias a ese humanitarismo peculiar que enamoraba y

emocionaba a cualquiera a primera vista, él disfrutó siempre del apoyo y la confianza absoluta de multitudes.

El amor sincero no conoce barreras.

Inclinaban la cabeza ante Kim Il Sung de unos veinte años tanto los revolucionarios coreanos como los nacionalistas recalcitrantes, los capitalistas honrados, los terratenientes patrióticos, los religiosos de alta jerarquía, y también otros que se daban aires de importancia tras la liberación del país. No es casual que el estudioso jefe del Fondo Internacional de la Paz de Estados Unidos citara lo que dijo el anterior presidente norteamericano Jimmy Carter acerca de la gran emoción que le causó el Presidente Kim Il Sung y el respeto que sentía hacia este como dirigente político y añadiera: “Si debo evaluar al Presidente Kim Il Sung quisiera catalogarlo como poseedor de un humanitarismo cálido.

No es otra la razón por la que el pueblo coreano y otros del mundo sintieran el calor intenso de Kim Il Sung e inclinaran la cabeza ante él: Aparte de su destacada ideología y dirección, él poseía un humanitarismo excepcional que conmovía a todo el mundo.

Antes de cautivarlo con su ideología y dirección, lo atraía con el humanitarismo y ese carisma atraía como imán a multitudes logrando su armonía y unidad.

El pueblo coreano y la humanidad progresista del mundo nunca olvidan al líder coreano que reía y lloraba con su humanitarismo y atendía al pueblo con su cálido afecto.

El pueblo lo llama padre

Kim Il Sung fue infinitamente modesto en toda su vida. Se consideró como hijo y servidor del pueblo, rehusó en todo momento que lo alabaran y no permitió ningún intento o acto tendente a elogiarlo.

Pero, hubo una cosa que aceptó con suma satisfacción y de buena gana: que el pueblo lo llamara padre.

En julio de 1985, en una entrevista con la delegación del Partido Comunista de Izquierda de Suecia, dijo: “Así, pues, ellos me llaman padre. No me opongo a eso.”

En esa charla explicó detalladamente a los visitantes los éxitos y las experiencias de la RPD de Corea en la lucha revolucionaria y la labor de construcción. Al hablar de la experiencia en la solución del problema de cuadros nacionales, señaló con orgullo que los funcionarios aquí presentes fueron formados por nosotros, que ellos

lo llamaban padre y él no se oponía a ello, y que él les pedía a menudo que en fiel acato a las palabras del padre, debían ser leales súbditos del país y consecuentes revolucionarios.

Padre fue el vocativo que él aceptaba con mayor satisfacción y consideraba como el más orgulloso de todos aquellos que le pusieron los compañeros revolucionarios y el pueblo desde cuando él iniciaba las actividades revolucionarias. Era una calificación que lo dignificaba más que sus cargos oficiales como Presidente de la República Popular Democrática de Corea y Secretario General del Partido del Trabajo de Corea y los innumerables títulos de honor que había recibido de sus homólogos extranjeros.

Así el llamamiento de *padre* empezó a emplearse con un significado completamente nuevo que refleja los estrechos nexos que unen al Presidente y el pueblo.

El pueblo coreano también lo tomó como vocativo más íntimo para dirigirse a Kim Il Sung y lo utilizó con frecuencia.

Es decir, los funcionarios y otros habitantes coreanos introdujeron un nuevo significado al término padre, que tenía su propio sentido a lo largo de la historia, y lo utilizó para denominar al líder del país. Ese llamamiento era un grito sincero del pueblo coreano que de él

percibía un amor que no había recibido tan siquiera de sus propios padres.

Por la lógica, si uno es miembro de una familia tiene al padre y la madre quienes lo atienden. Pero el padre al que el pueblo coreano siguió y enalteció por unanimidad fue Kim Il Sung.

Para el pueblo coreano Kim Il Sung fue, antes que el jefe supremo del Partido y el Estado, un padre generoso y puntal espiritual y una madre atenta y esmerada.

Su amor hacia el pueblo tenía una profundidad y anchura infinitas que superaran el de los padres carnales. En toda su vida él defendió cual escudo el bienestar del pueblo y cultivó su felicidad con la dedicación del jardinero.

Con su amor fervoroso visitó fábricas, granjas y unidades militares exponiéndose a la lluvia y el viento, atendió esmeradamente su vida económica. En toda su vida se consumió por entero para resolver el problema de la alimentación, la vestimenta y la vivienda de la población.

A su temprana edad experimentó el martirio de la nación apátrida. Pasó la niñez en una familia campesina que sufría la miseria y pobreza bajo la dominación japonesa. Padeció más que nadie el hambre y la falta del calzado y vestido.

Con tal de poder comer carne, deseaba tener una hinchazón alérgica y los calzados que apreciaba tanto se los ponía solamente en la escuela, andando descalzo cuando iba a ella o regresaba a la casa.

La choza de Mangyongdae a la que las personas frecuentan, fue tomada en alquiler por su familia a un terrateniente con la promesa de cuidar de las tumbas de sus antepasados y el patrimonio doméstico se reducía a un tinajón deformado, unos recipientes y algunos utensilios para labranza. Tolos los familiares solían tomar la gacha de sorgo sin descarrillar y aun cuando se liberó el país no podían darse el lujo de colgar un reloj de pared. En esta familia nació y creció Kim Il Sung.

Sabía más que nadie que lo doloroso que era el hambre y andar harapiento y descalzado. Experimentó en carne propia lo triste que era no poder recibir el tratamiento médico ni ir a la escuela por mucho que lo deseara.

Jamás olvidaría tales padecimientos en sus ochenta años de vida. Por eso trazó como meta fundamental del socialismo vestir bien al pueblo, alimentarlo de caldo de carne y arroz blanco y alojarlo en una vivienda moderna e hizo cuanto pudo para realizarlo.

Antaño, en Corea llamaban al arroz blanco *wangbab* (arroz que

come solamente el rey) y en el período de la Dinastía Feudal de Joson lo llamaron *ibab*, porque lo comían sólo los de apellido Ri que la gobernaban. El pueblo coreano ni siquiera pudo poner el arroz blanco sobre la mesa destinada a sus antepasados difuntos, por eso llenaba el cuenco de maíz u otros cereales, disimulándolo con un revestimiento fino de arroz blanco.

Kim Il Sung hizo lo imposible para que la posteridad no sufriera lo que él había sufrido. Ese empeño perduraría en toda su vida.

Se esforzó tanto para alimentar bien al pueblo que una vez un homólogo extranjero le entregó como regalo de cumpleaños, no un mensaje de felicitación u objeto valioso, sino alimentos para la población.

Era el 14 de abril de 1952, un día antes del aniversario del Presidente, en plena guerra.

El país atravesaba una gran escasez y los funcionarios estaban impacientes por no encontrar la manera de alegrar a Kim Il Sung quien cumplía cuarenta años.

A las once de la noche un funcionario de la embajada de la Unión Soviética fue a donde Kim Il Sung para mostrarle un telegrama de Stalin que decía:

"Al compañero Kim Il Sung, Primer Ministro de la República Popular Democrática de Corea:

En nombre del pueblo soviético, el Gobierno de la Unión Soviética envía como regalo 50 mil toneladas de harina de trigo al Gobierno de la RPDC…Se lo enviaremos ahora mismo…

Saludos comunistas…

I.V. Stalin"

Al leerlo Kim Il Sung dijo que recibir como regalo la harina de trigo era mucho mejor que recibir varios mensajes de felicitación. En aquel entonces había una gran carestía de alimentos. Por eso el regalo alivió la preocupación del líder coreano. Al percibir el amor infinito hacia el pueblo los funcionarios derramaron las lágrimas.

Buen conocedor del mandatario coreano, en un encuentro posterior con funcionarios coreanos Stalin dijo que él pensó que el compañero Kim Il Sung se sentiría más alegre por la harina de trigo que por el mensaje de felicitación y que por eso dio la instrucción de cargarla en camiones y asegurar su llegada a Pyongyang el 15 de abril."

Pensaba tanto en alimentar bien al pueblo que durante la plena contienda, hizo construir cerca de la Comandancia Suprema unos

establecimientos donde él mismo crió 300 gallinas y 1 000 truchas y cultivó verduras, para una perspectiva más amplia de la ganadería, avicultura y horticultura.

Con ese mismo objetivo, en plena guerra envió un avión al extranjero para traer especies reproductoras, lo cual originó el nacimiento de la Granja de Patos de Kwangpho situado en el distrito de Jongphyong de la provincia de Hamgyong del Sur.

Aun en el ocaso de la vida visitó sin cesar las granjas, preocupándose constantemente por las faenas agrícolas. Una vez abrió las cajitas de almuerzo de unos niños con quienes se encontró en el camino y al verlas llenas de arroz blanco soltó una larga carcajada de satisfacción.

A cada rato decía que si pudiera alimentar bien al pueblo con la buena cosecha dejaría el cargo de jefe de Estado y se dedicaría a asesorar la agricultura.

Y una vez postergó la entrevista con una delegación extranjera y dirigió la avicultura.

El 6 de mayo de 1993 se puso muy contento al informarse por boca de un funcionario de las labores de la Planta Avícola de Sopho, donde las 51 lombrices que él le había enviado como reproductoras en junio de 1978 se habían multiplicado y crecían bien.

Muy alegre, al día siguiente acudió a la granja y al no encontrar ninguna lombriz sobre la caja cogió una pala de mano. Al instante un funcionario que adivinó su intención hizo unos huecos sobre la tierra de la caja y salieron una tras otra las lombrices gruesas.

"¡Qué bien!" Dijo Kim Il Sung y se dispuso a entrar en el criadero de lombrices.

Esto puso en un gran apuro a sus acompañantes. Ellos sabían bien lo desagradable que era el olor del lugar habitado por las lombrices que vivían del estiércol del ganado como gallinas y vacas mezclado con la paja de maíz. Cuando uno de ellos le recomendó que no entrara adentro por el mal olor, el Presidente le dijo que poco le importaba el olor y que no sería justo que se fueran de la granja avícola sin haber entrado en el criadero de lombrices, y fue el primero en entrar. Tal como le dijo el funcionario, el aire estaba saturado de un olor desagradable. Pero, el líder coreano hizo ahuecar otra vez la tierra con la palita y se puso contentísimo viendo enredadas a numerosas lombrices gruesas.

Tras recorrer la pollera que exhalaba un olor igualmente desagradable y donde averiguó su crecimiento y la producción de huevos, hizo postergar la entrevista con una delegación extranjera

para presidir una conferencia de altos cuadros del sector avícola en una pequeña oficina de la Planta.

Para él no constituían ningún problema el mal tiempo, el camino abrupto o el mal estado del lugar que recorrería, ni mucho menos el cansancio extremo o el hambre.

Lo único que le importaba era cómo alimentar suficientemente al pueblo. Con ese objetivo visitaba fábricas, granjas, ciudades, campos, escuelas y unidades militares. Si iba a una fábrica entraba primero en el comedor del albergue obrero antes de averiguar sobre la producción y en casa de un campesino destapaba primero la tinaja de arroz y abría el armario de cocina para probar el sabor de una comida o calcular la cantidad del alimento en reserva.

Adondequiera que iba, el objeto de su mayor atención seguía siendo el mismo. En todas partes donde trabaja y vive el pueblo hay fotos que transmiten sus hazañas de orientación y entre ellas las fotos en que él aparece en un comedor, cocina o parcela y las fotos en que pronuncia un discurso o sostiene una entrevista ocupan casi el mismo porcentaje.

No solamente se interesaba por la alimentación del pueblo, sino también por el vestido, el calzado y otros artículos de primera necesidad.

Durante la Lucha Armada Antijaponesa procuraba que los niños de la zona guerrillera no anduvieran descalzados.

Durante la visita a una unidad del Ejército Popular se enteró de que una muchacha había recibido de su hermanito una carta en que le contaba la carencia del calzado y convocó una reunión en el Comité Político del Comité Central del Partido para poner sobre el tapete la producción insuficiente del calzado y tomar medidas pertinentes.

En sus viajes de orientación, si veía a niños mal vestidos hacía detener el coche, averiguaba la causa y adoptaba medidas correspondientes. Fue suya la iniciativa de suministrar a todos los estudiantes del país uniformes para distintas estaciones del año. Concibió el proyecto de suministrárselos a expensas del Estado ya durante la Lucha Armada Antijaponesa.

El 12 de abril de 1977 visitó la entonces Escuela Superior de Yonphung de la ciudad de Anju para ver a sus alumnos ataviados de nuevos uniformes escolares como todos los demás del país. Y contemplándolos alegres y con uniformes multicolores, dijo que ellos estaban más elegantes que él y les tomó fotografías. Estaba tan contento que dijo una y otra vez: “En los más de sesenta años de mi vida he tenido pocos días alegres, pero por primera vez me siento infinitamente contento”.

En su última reunión consultiva con altos funcionarios del sector económico, se informó de que todos los niños del país tenían nuevos uniformes escolares y se puso tan satisfecho que se lo agradeció reiteradamente a un funcionario correspondiente.

Que el presidente de un país agradezca a un funcionario inferior es algo sin precedentes en la historia política de la humanidad. Lo pudo hacer solamente el Presidente Kim Il Sung quien consideraba a todos los niños del país como si fueran sus propios hijos.

En junio de 1958 cuando visitó la tienda de Ryongyon del distrito de Anju, preguntó si había pantalones para las abuelas y señaló que los funcionarios del comercio no debían prestar atención solamente a la venta de artículos sino que también debían ponerse en el lugar de los compradores. Cuando trazaba el plan nacional de confección de tela, calculaba en su libreta la cantidad que le tocaría a cada familia y persona.

Durante la guerra fue a un mercado para averiguar en detalle la vida del pueblo hablando con los vendedores de tortilla y carne y tomó la medida de construir un mercado subterráneo. Así la vida de la población fue para él la política más importante del país.

Se interesaba siempre por los índices de la vida del pueblo,

tales como los víveres, la sal, los huevos, el pescado, el jabón, el calzado y el combustible para la cocina. A partir de su noble amor se establecieron los sistemas de tratamiento médico gratuito y de educación obligatoria gratuita y la mejora de la vida del pueblo se convirtió en la suprema prioridad del Estado y el Partido.

Generalmente las personas buscan la longevidad en la fortaleza física, la alimentación o los tónicos, pero en ese sentido Kim Il Sung era completamente distinto a los demás.

Consagró todo lo suyo para que el pueblo gozara de una larga vida y buscó su longevidad en la vida dichosa del pueblo. Cada vez que los funcionarios le deseaban la salud, les decía que podría vivir cien años si el pueblo se alimentara bien, estuviera bien vestido y viviera en una casa decente.

Por tal razón el pueblo coreano lo llamó al unísono padre, pues no encontró otro calificativo mejor.

Si no hubiera sido por el Presidente quien probó la áspera jalea de bellota y tomó medidas para mejorar la vida de los habitantes de Changsong, zona montañosa recóndita, estos nunca habrían podido comer el arroz blanco. Si no hubiera sido por él que se preocupaba por proveer de maíz tierno y patata dulce a los capitalinos de distintas edades, no se habrían podido presenciar hileras de camiones

cargados de frutas, verduras y batatas dirigirse a Pyongyang las cuatro estaciones del año.

Para los militares del Ejército Popular él fue no solo Comandante Supremo, sino también padre afectuoso.

El gran poderío del Ejército nacía del regazo de ese grandioso padre quien metía las manos dentro del calzado de los soldados saturado de cochambre para conocer su grosor y le daba a un centinela su gorro de piel y guantes.

Su ideal era unir el país entero en una gran familia. Para eso optó por ser cabeza de la familia y padre del pueblo, antes que Secretario General del Partido o Presidente del Estado.

Presentó a los niños como reyes del país y a partir de ese concepto elevado prefirió momentos en que cantaba y bailaba con ellos. Cuando los funcionarios que lo acompañaban se preocupaban por la apretada agenda de trabajo, decía que si estaba con los infantes no sabía cómo pasaba el tiempo. Muchas veces postergaba sus tareas porque le costaba mucho despedirse de los niños.

A principios de 1970 el diario *Yomiuri Shimbun* causó un gran impacto a la sociedad nipona al comentar que Corea es el único país del mundo donde todos los niños llaman padre al jefe de Estado, que el Presiente Kim Il Sung se quita el cansancio de todo un año

divirtiéndose con los niños en el Año Nuevo, que Corea es el reino de los niños y que esto se refleja en la política del Estado. Lo escribió un reportero del diario quien durante su visita a Corea fue invitado a una función artística de niños por el Año Nuevo en la cual sostuvo un encuentro con el líder coreano y lo vio confundirse entre los escolares.

Fue testigo de escenas en que en vísperas de la función Kim Il Sung palmeaba suavemente la mejilla de una niña que le ponía en el cuello la pañoleta roja de la Organización de Niños, acariciaba con la mano la cabeza de un alumno, apretaba contra el pecho a otro, se divertía con ellos en un salón y a toda hora estaba rodeado de escolares que se aferraban a él llamándolo padre. Quiso fotografiarlo todo, pero no pudo por la gran emoción que lo embargaba.

Durante la función el líder coreano decía con satisfacción que entre los niños se le quitaba el cansancio y sentía gran placer junto con ellos y solicitó la repetición, encomiaba la actuación de los alumnos y les pedía ¡otra! Viéndolo, el periodista improvisó en su libreta los siguientes versos:

Con una función de niños graciosos
El Mariscal Kim Il Sung acoge el Año Nuevo
En este país no hace falta ningún Santa Claus
El Líder les trae regalos a los infantes

Les regala una gloriosa fiesta navideña
Y cada año escucha sus canciones
…
Los niños lo rodean llamándolo padre
Se le acercan en olas interminables
Y en ese mar el Líder se divierte a bordo de un barco
…

Incapaz de describir todo aquel mundo de felicidad, agregó en la página siguiente:

“Sólo el que se haya entrevistado con el Mariscal Kim Il Sung puede conocer su grandeza, su modestia y su mundo de amor. Si aunque este fuera un renombrado escritor o conversador elocuente no podría narrar ni una ínfima parte de sus cualidades y grandeza.”

Estas no fueron impresiones de una realidad inusual que un periodista supo hallar con su intuición profesional.

Fue el enfoque común de una gran familia que cualquiera podría tener con facilidad si visitaba a Corea y de un afecto cálido que unía a un gran padre y los niños que ningún ser apasionado y sentimental sería capaz de presenciar sin lágrimas ni emociones.

Kim Il Sung prefería pasar con sencillez, junto con el pueblo, su cumpleaños y las fiestas nacionales. Cada vez en que con motivo

de su cumpleaños veía en los funcionarios algún atisbo de preparar comidas opíparas, les advertía severamente que las comidas y banquetes no le hacían nada feliz, que no hicieran ningún preparativo relacionado con su cumpleaños y que en ese día confeccionaran comidas idénticas a las de otras fechas.

En su cumpleaños y los días festivos se le veía lejos de la casa, discutiendo cómo mejorar la vida del pueblo en alguna unidad a la que visitaba de forma improvisada.

Por eso cuando dejó de latir su corazón, el pueblo entero, desde los adultos hasta los niños se deshicieron en lágrimas.

El doctor Ángel Castro, Presidente del Frente de Liberación Nacional de Perú, quien al principio no pudo comprender los estrechos vínculos que lo unían con el pueblo, escribió en su memoria:

"Los coreanos enaltecen al respetable Presidente Kim Il Sung como Líder paternal…

En mi primera visita a Corea no pude entender en toda su magnitud por qué el pueblo lo llamaba padre. Pero hoy yo mismo lo llamo padre sin ningún titubeo o reserva. Por mucho que lo piense y analice, no me queda más remedio que llamarlo así."

El periódico de Corea del Sur *Seúl Sinmun* transmitió: "Algunos expertos analizan que a juzgar por el hecho de que los coreanos

lloran a mares ante el fallecimiento del Presidente Kim Il Sung, parece que entre ellos funciona una relación especial que no puede ser apreciada meramente como la del dirigente y el pueblo."

Un profesor honorario de la Universidad Rikkyo de Japón describió la realidad coreana: "Han pasado muchos años, pero en el mundo no existe un lugar donde se ha realizado plenamente el genuino amor al ser humano, menos la Corea del Juche. Precisamente en ella pude encontrar el amor al hombre que anhelaba desde que era pequeño. Fue una realidad verdaderamente asombrosa y maravillosa." Y enalteció al Presidente Kim Il Sung como auténtico padre de la vida humana.

El pueblo coreano enalteció, enaltece y enaltecerá para siempre al Presidente Kim Il Sung como padre generoso quien con su gran pasión cultivó el jardín de amor hacia el ser humano.

Gran magnanimidad y generosidad

Solo un hombre que con gran magnanimidad comprenda la situación y los sentimientos de otros y los abrace con generosidad

puede profesar el verdadero amor al ser humano.

En tal sentido el Presidente Kim Il Sung fue la personificación de ese amor con el que en toda su vida cuidó y atendió a toda la nación coreana.

El amor y la confianza en la nación fue el arma poderosa que escogió para dirigir la lucha por la existencia, el desarrollo y la prosperidad nacionales. Construir una sociedad nueva y próspera con el amor fervoroso a los compatriotas que habitan en un mismo territorio como nación homogénea de generación en generación, fue su deseo fervoroso de toda la vida y el principio invariable en el cumplimiento de la revolución.

Dedicó toda su vida a la causa de la unidad nacional y la reunificación de la patria. Su amor a la nación fue invariable mientras avanzaba el socialismo en Corea y perduraba la escisión nacional que impuso inenarrables sufrimientos a todos los compatriotas.

Una vez un comerciante compatriota que levantó a pulso una empresa próspera en Japón se entrevistó con el Presidente, ocasión en que le dijo que en un inicio tuvo el plan de construir una fábrica en Corea del Sur pero cambió de idea al pensar que levantarla allí donde el dueño verdadero es EE.UU. es igual a dejar el pescado

al cuidado del gato y que por eso ahora quería construirla en el Norte.

Luego de escucharlo Kim Il Sung apreció altamente sus aportes a la patria y señaló que no había necesidad de cambiar el plan original. Continuó en tono suave que Corea del Sur es también tierra de los coreanos, que si allí se levantaba otra fábrica eso beneficiaba a los coreanos y que después de la reunificación ella sería propiedad de toda la nación y favorecería el desarrollo de la patria reunificada.

Como se sabe, Corea sufrió la dominación colonial japonesa por más de 40 años, la escisión territorial por las fuerzas foráneas y la guerra impuesta por el imperialismo norteamericano. A lo largo de ese proceso se complicaron las relaciones de clases a escala nacional y no faltaron motivos de enfrentamientos político-ideológicos y desconfianza.

Con todo el Presidente Kim Il Sung no discriminó a nadie, excepto un puñado de renegados de la nación y escisionistas, abrazó a todos en su gran regazo y los condujo al camino patriótico.

Para él los compatriotas surcoreanos que como víctimas de las maquinaciones norteamericanas de división perpetua sufren la opresión y explotación coloniales eran parte de la nación y una

herida abierta que lo atormentaba toda la vida. Para darles cuanto antes la alegría de la liberación, el amor y la felicidad hizo cuanto estuvo a su alcance.

Ya en los días en que combatía a los japoneses, concebía toda una Corea liberada y no mutilada, toda una nación y no parte de ella. A fines del año en que se liberó el país de la dominación japonesa, unos periodistas del diario *Seúl Sinmun* pasaron el paralelo 38 para entrevistarlo, y él les expresó su anhelo de ver a los compatriotas surcoreanos lo más pronto posible. Fue un sentimiento sincero que se anidaba en su corazón durante toda la vida.

Por esa razón presentó la reunificación como tarea suprema e inaplazable de la nación y la tomó como misión más sublime. La consideraba como el mayor regalo y la más gran muestra de amor que podía dar a la nación. Ni un momento olvidó a los surcoreanos que sufrían la dominación colonial del imperialismo norteamericano.

En las lluvias torrenciales o sequías prolongadas pensó primero en los cultivos del Sur. Ese amor posibilitó que poco después de la liberación nacional las aguas procedentes del Norte alegraran a los campesinos surcoreanos que se preocupaban por la sequía.

Aun en plena guerra contra los invasores norteamericanos se preocupó por la carencia de leña de los surcoreanos. Un día de agosto de 1950 cuando el Ejército Popular rechazó con la contraofensiva inmediata la invasión de los imperialistas norteamericanos y sus lacayos surcoreanos y avanzaba hacia el sur, citó a Pyongyang al subtitular de la entonces Dirección de Silvicultura del Consejo de Ministros para discutir con él la manera de solventar ese problema en Seúl recién liberada.

En aquel tiempo los surcoreanos, especialmente los de grandes ciudades como Seúl que se liberaron de la tiranía del imperialismo norteamericano y su títere Syngman Rhee, sufrían tanto la carencia de leña que hasta partían los armarios, las palas para lavar y las mesas. Fue muy deplorable su situación, pero nadie se preocupaba de ello porque estaban en guerra.

Solo Kim Il Sung lo tomó como un asunto tan importante como los militares. Junto con el referido cuadro calculó en una libreta la cantidad de leña que se necesitaba partiendo del número de los habitantes y de las familias de la ciudad y llegó a la conclusión que hacía falta 400 mil metros cúbicos de leña.

Sería fácil talar árboles en el monte Thaebaek, pero en tal caso tenemos que movilizar a los habitantes de las zonas liberadas, dijo.

Agregó que ya ellos sufrieron mucho, que no podíamos hacerles sufrir hoy cuando gozan de una vida dichosa en el regazo de la República y que nosotros debíamos encargarnos de la tala, aunque esto costara mucho trabajo.

Él mismo seleccionó el lugar de tala y resolvió la mano de obra y los fondos necesarios. Asignó esta tarea al cuadro y le dio la carta credencial de la Comandancia Suprema.

Al cabo de un mes y medio de esfuerzos incansables e ininterrumpidos se preparó la cantidad necesaria de madera, pero la situación del frente cambió de forma inesperada y empezó la retirada estratégica. Se avecinaba una dura prueba.

En esa compleja circunstancia volvió a telefonear al funcionario mencionado para preguntarle cómo iban a despachar la madera ya preparada. Este le contestó que iban a quemarla. Pensaba solo en que no se podía dejarla jamás en manos enemigas. A la respuesta el Comandante Supremo dijo que así el enemigo no podría usarla, pero los ciudadanos de Seúl temblarían de frío pues se acercaba el invierno. Hasta en aquel momento crítico de la retirada se preocupaba de problema de leña de los surcoreanos.

Un rato después le sugirió que no la quemaran sino la partieran en trozos y dejaran que la corriente del río se los llevara para que

los habitantes de Seúl las pudieran recoger y usar como leña. Su amor fervoroso a los compatriotas surcoreanos hizo estremecer todo el cuerpo del funcionario como si fuera una corriente eléctrica.

Así en el invierno de ese año los habitantes de Seúl sacaron del río aquellos trozos de madera para usarlos como leña. Por supuesto no podían saber que eran producto del amor del Comandante Supremo.

No solo la leña sino también todos otros problemas que afectaban la vida de los surcoreanos ocupaban la mente del Presidente Kim Il Sung.

Cada vez que Corea del Sur sufría los estragos de un tifón o crecida hizo exigir a las autoridades surcoreanas que aceptaran los materiales de socorro como alimentos y vestidos para damnificados que serían enviados por el Norte, la oferta norteña de la crianza de huérfanos, de las becas para los estudiantes y del empleo a los trabajadores.

De fines de agosto a principios de septiembre de 1984 una crecida extraordinaria arrasó el territorio surcoreano. Una publicación oficial del gobierno surcoreano reportó que por el desastre murieron más de 300 personas, sufrieron daños más de 207 mil, se destruyeron

más de 36 mil 700 viviendas y se echaron a perder más de 67 mil hectáreas de tierra cultivable.

Inmediatamente después de la noticia el Presidente Kim Il Sung movilizó todos los sectores correspondientes, incluyendo la Asociación de la Cruz Roja, e hizo tomar la resolución sobre el envío de materiales de socorro y publicarla a todo el mundo.

Aunque las autoridades surcoreanas impidieron de una u otra forma la puesta en práctica de aquella resolución aun después de haber aceptado la propuesta del Norte a la vista del mundo, se preparó en corto tiempo la enorme cantidad de materiales de socorro equivalente a 18 millones de dólares: 50 000 *sok* de arroz (un *sok* equivale aproximadamente a 140kg), 500 000 metros de tela, 100 000 toneladas de cemento y 759 cajas de cartón llenas de medicamentos de 14 especies, los cuales se transportaron al Sur cruzando línea de demarcación militar. Si se suponía que eran cinco el número promedio de los miembros de las familias damnificadas, se le distribuía a cada una de ellas 250 kilogramos de arroz y 17 metros de tela. Con la cantidad de cemento enviada a los sureños podían construir viviendas para 30 mil núcleos familiares de 60 metros cuadrados cada una. Era una cantidad suficiente para estabilizar la vida de los damnificados.

Para transportarla se movilizaron más de 1 400 camiones y 14 buques, hecho que emocionó no solo a la nación coreana sino también a todo el mundo.

Presentamos abajo una anécdota al respecto.

En una entrevista con el líder norcoreano, el entonces titular de Planificación para la Seguridad de Corea del Sur le agradeció el envío de materiales de socorro, a lo cual él le respondió que la parte sureña procedió con más audacia al recibirlos. Días después el huésped surcoreano confesó muy impresionado que al instante él sintió la gran fuerza que ejercía aquel político con 40 años de experiencia.

No hizo distinción alguna a los visitantes surcoreanos y los atendió con el amor paternal.

Después de la liberación nacional un buen número de surcoreanos, entre ellos los políticos como Ryo Un Hyong, Hong Myong Hui y Kim Kyu Sik, los nacionalistas tercos como el famoso anticomunista Kim Ku y los eruditos como Kim Sok Hyong, Pak Si Hyong y To Sang Rok, se entrevistaron con Kim Il Sung y dieron un gran cambio en su vida fascinados por su personalidad y amor a la nación.

Desde la segunda mitad de los años de 1980 mayor número de surcoreanos visitaron al Norte a riesgo de la vida. El líder norcoreano

los recibió a todos con el amor fraternal.

También cuando Mun Ik Hwan, asesor de la Asociación del Movimiento Democrático Nacional de Corea del Sur, vino a Pyongyang junto con otras personalidades democráticas, los acogió con hospitalidad y trabó con el pastor una amistad profunda. Lo calificó como símbolo de la reunificación nacional y le depositó una confianza absoluta llamándolo amigo íntimo. Cuando él fue encarcelado a su regreso al Sur, lo echó de menos preocupándose por su salud delicada.

En una entrevista de prensa celebrada luego de su visita al Norte, Kim Woo Jung, presidente del Grupo surcoreano Daewoo habló sobre el amor fraternal de Kim Il Sung, como sigue: Me dijo que visitara al Norte siempre que quisiera, tomándolo como mi propia casa. Me dio la sensación de que era muy fraternal, agradable y apacible.

En Panmunjom se levanta una lápida con la firma que Kim Il Sung puso en un documento sobre la reunificación nacional en los últimos momentos de su vida, la cual transmite hoy también su amor fraternal hacia los compatriotas.

El Presidente también atendió con su gran amor a los compatriotas en ultramar.

Trató con hospitalidad a ellos, producto de la dolorosa historia nacional, que viven en diferentes partes del mundo.

La coreana es una nación homogénea con una historia de cinco mil años que ha vivido en un mismo territorio hablando un mismo idioma. Pero durante la dominación colonial del imperialismo japonés y la guerra coreana impuesta por el imperialismo norteamericano muchos emigraron al extranjero. El problema de compatriotas en ultramar nació no por un litigio o contradicción internos sino por la imposición y la dominación de fuerzas foráneas.

Hoy en más de 120 países de Asia, Europa, América, África y Oceanía viven los coreanos, cuyo número no es nada insignificante comparado con el de toda la nación.

Kim Il Sung nunca los trató en consideración a su pasado ni a sus aportes a la realización de la causa nacional. Dondequiera que vivan los amparó con amor, pues eran descendientes de Tangun (fundador del primer Estado de la nación coreana de a principios del siglo 30 a.n.e.) y si conservaban el espíritu nacional. Los acogió como si fueran hijos que regresaban a casa al cabo de muchos años.

En particular, prestó atención profunda a la vida de los coreanos residentes en Japón cuyo número alcanza unos 700 mil.

Por supuesto también en China y la ex URSS viven muchos

coreanos, pero la situación en estos países era diametralmente diferente a la del archipiélago. Como se sabe Japón, uno de los autores de la emigración masiva de coreanos, no disimula su hostilidad y perpetra todo tipo de vilezas contra los residentes en él. Ya durante su ocupación militar de Corea trató de privarles del lenguaje y hasta los nombres. Y demás está decir que no miran con buenos ojos a los residentes en su país.

Por esta razón Kim Il Sung se preocupó a toda hora de ellos e hizo todo lo que estaba a su alcance para proteger su dignidad e intereses. Con el fin de defender sus derechos nacionales y democráticos y para lograr que llevaran una vida digna en aras de la patria y la nación, tomó la decisión histórica de atribuirle al movimiento de compatriotas en ultramar el patriótico y nacional. En mayo de 1955 organizó la Asociación General de Coreanos en Japón (Chongryon), prestigiosa agrupación de coreanos en ultramar y poderoso frente unificado.

Luego de fundada dicha agrupación, dio a sus integrantes un amor y una solicitud más grandes que los de los padres carnales.

Lo siguiente sucedió cuando se discutía el anteproyecto de los presupuestos estatales de 1957. En aquel tiempo la situación

financiera del país era muy crítica, pues habían transcurrido pocos años desde el cese del fuego y eran colosales las tareas referentes a la rehabilitación y la construcción. La discusión iniciada bien temprano por la mañana continuó aun en la noche avanzada. Se puso sobre el tapete cada uno de los renglones que demandaban el presupuesto. A últimos minutos de la reunión Kim Il Sung, quien estaba sumergido en una meditación profunda, les preguntó a los reunidos si habían decidido enviar los fondos de ayuda de educación y becas para los jóvenes compatriotas radicados en Japón.

Al instante todos se miraron sin saber cómo responderle. Sabían que ningún país destinaba a tal objetivo parte de sus presupuestos y en realidad los fondos del país sufrían una carencia extrema. Un funcionario del Ministerio de Finanzas se levantó y le explicó que según sus instrucciones tenían previsto destinar los fondos a los hijos de coreanos en Japón, pero la precaria situación financiera no les permitía incluirlos en los presupuestos estatales y los reflejaron en el plan adicional para enviárselos cuando mejorara la situación.

Luego de escucharlo, Kim Il Sung se acercó a la ventana y miró un buen rato afuera. Después volvió a acercarse a la mesa y señaló en tono tajante:

"Tenemos que enviárselos de inmediato. Aunque por falta de dinero no pudiéramos construir unas fábricas de más, tenemos que enviar el dinero para el estudio de los hijos de los compatriotas que sufren en tierra foránea."

Subrayó que esa no era una tarea provisional de uno o dos años, sino permanente, que no era una simple labor educativa sino una obra nacional y patriótica de suma importancia.

Fue así como los llamados "fondos de ayuda de educación y becas para los hijos de los compatriotas residentes en Japón" se incluyeron en los presupuestos estatales, algo sin precedentes en toda la historia. Desde 1957 hasta abril de 2010, 46 mil 594 millones 250 mil 390 yenes japoneses como ayuda a la educación y las becas, y numerosos manuales e instrumentos musicales tradicionales fueron enviados a los coreanos en Japón.

Cuando los estudiantes del último grado de la Universidad de Corea corrían un gran peligro por el tifón en su viaje a la patria, dirigió una operación de socorro de emergencia para que todos llegaran sanos y salvos a la patria. Cierto año invitó a comer y a charlar a su casa a los hijos de unos funcionarios de la Chongryon. Varias veces regresó apresuradamente a la capital postergando su apretada agenda de trabajo para reunirse con los delegados de la

juventud y funcionarios de la Chongryon.

Su amor paternal hacia ellos no conocía el fin.

Prestó minuciosa atención a la salud de los funcionarios de Chongryon y tomó medidas pertinentes. Tuvo en alta estima el patriotismo de los empresarios coreanos en Japón y los ayudó de corazón, aunque esto suponía una gran pérdida para la patria. Cierto año cuando se informó de que unos de ellos estaban a punto de la bancarrota porque no había quien les comprara los productos, dispuso que la patria se los comprase. Para salvar a unos vendedores de calzado, hizo comprarles un millón de pares. Tomó medidas para que los empresarios coreanos en Japón pudieran aprovechar materias primas y materiales procedentes de la patria.

Con amor paternal atendió también a los compatriotas que residían en otras partes del mundo.

Atraídos por su amor fervoroso a la nación, un buen número de compatriotas de diferentes oficios, creencias políticas y nacionalidades dieron un viraje en la vida para dedicarse a la reunificación y la prosperidad de la patria. Entre ellos figuran el reverendo Kim Song Rak, presidente de la Sociedad por la Promoción de la Reunificación Coreana en Estados Unidos y ex asesor de la Coalición de Iglesias de Corea del Sur, Choe Hong Hui, Presidente

de la Federación Internacional de Taekwondo, Sun Myung Moon, presidente de la Federación Mundial de Paz, Yun I Sang, músico afamado residente en Alemania, la periodista Mun Myong Ja que residía en EE.UU., etc. Los lazos trabados por él con Sun Myung Moon muestran elocuentemente cuán fervoroso y fraternal su amor.

Como se sabe, Sun Myung Moon era un anticomunista fanático y en un tiempo se opuso a la RPD de Corea, pero Kim Il Sung apreció altamente su deseo de contribuir a la causa de la reunificación nacional y se reunió con él.

Durante la entrevista Moon quedó fascinado por su amor a la nación y otras cualidades y le pidió que fuera su hermano mayor.

El anfitrión lo aceptó de buena gana y Moon no contuvo la alegría diciendo que "desde ahora somos hermanos de por vida". Al respecto el periódico surcoreano *Seúl Sinmun* transmitió en detalle dicha entrevista y comentó que "la visita al Norte de Moon provocó una gran sensación".

En una palabra, Kim Il Sung fue el padre de la nación coreana que dedicó toda su vida a la causa nacional con su magnanimidad y amor fervoroso a los compatriotas.

El amor al hombre allende la frontera

El amor del Presidente Kim Il Sung no conocía el límite ni la frontera. En su vida estableció relaciones amistosas con numerosos extranjeros y les profesó gran amor y solicitud.

Por supuesto, esto no se debe a los muchos años que llevó dirigiendo la revolución u ocupando el cargo de jefe de Estado. Para él reunirse con las personas era parte de su política y conducirlas por un camino correcto fue la labor más importante.

Las personas que conoció llegan a una cifra inimaginable para cualquier hombre ordinario. Con todas ellas profundizó la amistad, trabó relaciones amistosas y las atendió con amor y atención minuciosa.

Desde que se liberó el país hasta el último momento de la vida se relacionó con más de 70 000 personas de 136 países. Entre ellas figuran hombres de diferentes nacionalidades, puntos de vista políticos, profesiones y edades, para no hablar de jefes de partido político y Estado. En el referido período que abarcaba casi medio

siglo ocupó el cargo de jefe de Estado. En cada uno de aquellos años se reunió con más de 1 400 extranjeros, o sea, un promedio de cuatro cada día, cosa sorprendente, difícil de suponer con el sentido común.

Aun antes de la emancipación nacional, o sea, durante la lucha armada antijaponesa en Manchuria, trabó lazos amistosos con muchos chinos, incluyendo los revolucionarios y miembros de las tropas aliadas antijaponesas. También formó el frente conjunto con revolucionarios y militares soviéticos. En fin, son numerosos los extranjeros a quienes conoció antes de la liberación nacional.

La historia humana recuerda a muchos dirigentes y diplomáticos, pero ninguno de ellos se entrevistó con tantas personas en la vida como él. Ni el que lleva ejerciendo la diplomacia toda la vida no podría conocer a tantos extranjeros.

Como Secretario General del Partido y el Presidente de la RPD de Corea, Kim Il Sung se entrevistó con 120 jefes de Estado, 206 jefes de partidos políticos y 76 jefes de gobierno. La cifra total supera 400 y es apenas un por ciento de la totalidad de extranjeros que conoció durante toda la vida. El hecho muestra que la mayoría de estos fueron personas ordinarias de todas clases y capas, entre otros,

políticos, periodistas, hombres de prensa, diplomáticos, religiosos, obreros, campesinos, militares, académicos, estudiantes e incluso niños.

Por supuesto no existe usanza diplomática ni norma internacional según las cuales un jefe de Estado deba sostener encuentros con extranjeros individuales de diferentes profesiones que no representan un Estado, gobierno ni partido político. La mayoría de las personalidades de alto rango quieren asistir solamente a actos oficiales que deciden sus intereses inmediatos o donde pueden hacer gala de su prestigio internacional. En muchos casos, algunas soslayan a propósito las entrevistas con extranjeros para mantener o acrecentar su popularidad.

En tal sentido Kim Il Sung tenía un concepto completamente distinto.

Pese a la agenda tensa se reunía con extranjeros de distintos sectores y con quienes entabló la amistad. A veces sacaba el tiempo aun cuando visitaba sobre el terreno a alguna unidad para recibir a los extranjeros diciendo que estos eran huéspedes que hicieron un largo viaje para verlo.

Es consabido que tenía una autoridad prestigiosa y estaba muy ocupado. Pero todos los que visitaban a la RPD de Corea expresaban

su intención de verlo y cuando se entrevistaban con él se sentían fuertemente atraídos por su amor al ser humano y se sinceraban con él.

La diplomacia de Kim Il Sung era diferente esencialmente de la convencional, pues no tenía nada que ver con el cálculo egoísta ni con las formalidades. Era una muestra de amor al hombre, respeto y confianza absoluta en el ser independiente. .

Su amor al hombre se apoya en la gran magnanimidad con que trata como amigos a quienes simpatizan con la causa del pueblo coreano y a toda la humanidad que aspira a la independencia. He aquí la atracción incomparable de su afecto al ser humano.

En su vida solía definir como "amistosas" sus relaciones con personas extranjeras y las colocaba por encima de las relaciones políticas, diplomáticas o de trabajo.

Al saber que un sabio extranjero a quien conocía se preocupaba mucho por no tener hijos le envió *sinsollo* (plato tradicional coreano) e infusión de *insam*. Cuando un combatiente rebelde se hizo presidente de su país, se mostró muy alegre, le regaló un reloj de pulsera de oro que llevaba inscrito su nombre y tela de excelente calidad para confeccionar el traje. Cuando Norodom Sihanuk, rey de Camboya, fue expulsado del poder durante la guerra civil lo trató

igual que antes, le dio ánimo y le brindó ayuda desinteresada para que reconstruyera el país.

El hijo de Takeo Takagi, ex director de la Asociación de Intercambios Culturales Japón-Corea, luego de una charla que sostuvieron él y sus familiares con Kim Il Sung, confesó:

"El Presidente Kim Il Sung nos recibió con las mismas cualidades excepcionales de que hablaba mucho mi padre en su vida. A primera vista percibimos que es una persona muy amable y magnánima. De verdad, es el padre que nos atiende a todos con su amor apasionado."

Hasta aquellos que eran enemigos de Corea o no la miraban con buenos ojos se sentían cautivados por su personalidad en el primer encuentro y al instante se convertían en sus partidarios y simpatizantes.

El periódico surcoreano *Joongang Ilbo*, fechado el 5 de julio de 1994, insertó un trabajo del periódico francés *La Libération* en el cual el presidente norteamericano Bill Clinton manifiesta que Kim Il Sung es un político renombrado y prestigioso que se pronuncia a favor de la paz y el optimismo. Agregó que en una rueda de prensa antes de su partida de Washington hacia Nápoles, sede de la cumbre del G-7, el mandatario estadounidense dijo que confiaba en la buena voluntad del Presidente Kim Il Sung.

Muchas plantas siguen al sol y el hombre al amor. Atraídos por el amor desinteresado de Kim Il Sung muchas personas lo respetaron, confiaron en él y le siguieron de corazón. Algunos jefes de Estado lo respetaron como si fuera su hermano mayor y no faltaron quienes lo llamaban padre o abuelo.

Hasta líderes prestigiosos de potencias fronterizas con la RPDC como Stalin o Mao Zedong y los orgullosos como Tito de Yugoslavia lo respetaron como gran revolucionario y gran hombre digno de confianza.

Una personalidad extranjera que dialogó con él dos veces escribió que si alguien le pregunta qué tipo de persona es él, respondería que es un gran hombre por quien se fascina en el primer encuentro, de quien no se puede separar jamás y a quien quiere seguir por toda la vida.

Y continuó:

"El amor y el afecto basados en la independencia nos forma como hombres auténticos. Son una especie de aroma del ser humano. Lo mismo que las abejas y mariposas buscan las flores atraídas por su fragancia, las personas siguen a hombres que poseen esa virtud. El amor, el afecto y la aroma del Presidente Kim Il Sung son tan fervorosos e intensos que cautiva a multitudes, quienes terminan

por respetarlo y seguirlo incondicionalmente."

El amor de Kim Il Sung no conocía el fin. Con gran magnanimidad abrazó a todo el mundo.

Su mayor placer: conquistar a compañeros

La vida del Presidente Kim Il Sung se caracteriza por un genuino amor a cada uno de sus camaradas.

Tuvo un sinfín de compañeros, con quienes compartió múltiples vicisitudes en el camino de la revolución. Él mismo descubrió y formó como revolucionario a cada uno de ellos. Tanto en los momentos críticos que decidían la vida o la muerte como en los días pacíficos de la construcción, siguieron solamente a él con una conciencia limpia y obligación moral.

Se puede decir que su vida estuvo caracterizada por la obtención de los compañeros.

Bajo la influencia revolucionaria de sus progenitores, ya a la tierna edad tuvo un elevado concepto de compañero y se consagró a ganar camaradas.

Su padre Kim Hyong Jik, quien también emprendió el camino revolucionario con la conquista de compañeros, le enseñó que el deber de la vida es amar y apreciar a los camaradas. Por muy tortuoso que era el camino, se mostraba muy satisfecho si en él encontraba a un compañero. Uno de sus legados es la idea de la conquista de compañeros.

En sus últimos momentos le dijo a su hijo que el compañero no cae del cielo ni emana de la tierra, que hace falta hallarlo y formarlo lo mismo que se extraen el oro o la piedra preciosa, que por los compañeros él recorrió toda Corea y Manchuria y la madre sufrió toda la vida sirviéndoles a los huéspedes y padeciendo el hambre. Continuó que si uno desea de corazón consagrarse al país y la nación puede entablar, con un trago de agua o una patata, la amistad que otros no pueden trabar ni con un montón de dinero.

“Solo quien está presto a morir por un camarada puede encontrar a buen compañero”. Este legado que el progenitor le repitió una y otra vez quedó grabado en su alma a lo largo de toda la vida.

Inició la conquista de los compañeros en la Escuela Hwasong. Mientras estudiaba la nueva ideología, se percató de la necesidad de la organización y encontró uno a uno a quienes emprendería con él la revolución. Fue un plantel inolvidable donde llevó a la

práctica las recomendaciones del progenitor de que conquistara a más compañeros, que mantuviera buenas relaciones con ellos y que sin los camaradas con quienes compartir el riesgo de la muerte no se podía lograr el gran propósito por muy justo que fuera.

Los compañeros que encontró en aquellos años serían posteriormente precursores de la revolución coreana.

La denominación de la Asociación de Camaradas Konsol, embrión del Partido del Trabajo de Corea, contiene un sentido muy profundo. Entraña el gran propósito y la firme voluntad de Kim Il Sung de iniciar la revolución con la conquista de los compañeros que compartieran la vida y el riesgo de la muerte y lograr la victoria definitiva al hallarlos y aglutinarlos.

En el largo camino por obtener a los camaradas, estableció un concepto de compañero, inaudito en la historia de lucha por la emancipación de las masas populares, consistente en que el compañero es un segundo yo y con este se puede ganar el mundo. Para él el compañero no es un simple amigo con quien traba amistad sino un otro él mismo para quien puede dar sin titubeo hasta la vida.

En cada etapa severa de la revolución coreana enarboló más alto la bandera del compañerismo revolucionario y con esta fuerza

llevó adelante la revolución. Con la conquista de camaradas inició la lucha revolucionaria y con ellos preparó armas y construyó el Partido y el Estado. Para él obtener compañeros era un placer incomparable.

Por eso en sus memorias ***En el transcurso del siglo*** escribió: *A los capitalistas les da mucho gusto reunir dinero, pero para mí la mayor alegría y gusto es conseguir camaradas*.

Cada vez que hacía a un nuevo compañero sentía un júbilo incomparable. Lo consideraba como un evento digno de registrarse en la vida, como una buena suerte, como si hubiera recogido una perla en un mar profundo.

En su vida lo diseñó todo con un cálculo científico y plan estricto y lo llevó a la práctica con una perspicacia brillante. Para personas como él el término "suerte" es una expresión inapropiada. Pero solía emplearlo cuando encontraba a un buen compañero.

A las personas que luchan y trabajan en aras de la patria y el pueblo concurren buenos compañeros y se les aparecen protectores en momentos críticos. En tal sentido, es algo natural que él tuviera muchos compañeros. Pero cuando encontraba a un buen camarada, se sentía tan alegre que lo consideraba una "suerte".

Vio en la camaradería la mayor fuerza impulsora de la revolución

y antepuso a todo la conquista de compañeros.

El pueblo coreano lo respetó como gran Líder, estimado padre e íntimo compañero.

Pero una vez esto fue cuestionado, ya que los campesinos de una localidad reclamaron alegando que no se podía llamarlo compañero. Para los coreanos llamar a Kim Il Sung con ese vocativo era algo muy natural, pero aquella reclamación tenía su motivo.

Compañero es una persona que, respecto a la que la llama, se dedica a una misma actividad o forma parte de un mismo colectivo u organización, y se usa con frecuencia entre amigos. Para los campesinos era inaceptable llamar a Kim Il Sung, máximo líder de la revolución coreana y sol de la nación, con un vocativo ordinario que era "compañero".

Pero eso era algo inevitable. Por supuesto había otros vocativos más apropiados a él. Llamaba a cada uno de los combatientes revolucionarios compañero, se consideraba a sí mismo como uno de ellos y apreciaba más los lazos entre camaradas que las relaciones que se establecen entre distintos cargos.

Fue en septiembre de 1933 cuando Kim Il Sung conoció a Choe Hyon, combatiente veterano antijaponés, tras el asalto al distrito Dongning. Planeado y dirigido por Kim Il Sung, terminó

exitosamente a los dos días de comenzado con la participación de unidades guerrilleras coreanas y chinas. Por el descuido del enlace, Choe Hyon no pudo recibir a tiempo la orden de participar en la operación y su unidad ni siquiera pudo entrar en la ciudadela cuando concluyó la batalla.

Muy enojado, Choe echó en cara al enlace y luego, un poco calmado, se dirigió a Kim Il Sung para preguntarle si no tenía planeado otro asalto, llamándolo estimado comandante, aunque le llevaba cinco años. Entonces este le dijo:

"Soy joven, no me diga ´estimado´. Llámeme simplemente Kim Il Sung."

Al escuchar tales palabras el veterano combatiente se sobresaltó como si hubiera ocurrido algo grave.

"¿Aquí qué tiene que ver la edad? En mi mente, hace tiempo que usted se sitúa en la jerarquía más alta del ejército coreano. Por eso, resulta lógico que le trate con respeto."

"Si alaban así a los jóvenes como yo, pronto nos volveremos arrogantes y autosuficientes. Sepa que si sigue enalteciéndome, no volveré a tener más tratos con usted."

Choe terminó aceptando su solicitud, diciendo que el General Kim era mucho más testarudo que él.

Es una anécdota de hace mucho tiempo, que muestra la personalidad de Kim Il Sung que consideraba como algo molesto los cumplidos y etiquetas en las relaciones entre compañeros y daba mayor importancia a la amistad basada en la sinceridad y autenticidad. Episodios similares ocurrirían aun después de la Lucha Armada Antijaponesa.

En toda su vida, tanto cuando era jefe de la guerrilla como cuando ocupaba el máximo cargo del Partido y el Estado, se consideró a sí mismo uno de los compañeros que compartían el riesgo de la muerte en la lucha por el objetivo común y exigió a otros que lo trataran como tal. Fue una demanda a los camaradas revolucionarios a quienes amaba con todo su ser.

Consideró como riqueza más valiosa no la autoridad ni cargo sino la posesión de muchos compañeros y encontraba la mayor alegría en vivir con el amor y confianza de ellos. Era personificación de la camaradería auténtica.

Sentía gran orgullo laborando con los buenos camaradas y solía decir que toda su lucha revolucionaria había transcurrido bajo el amor y protección de los compañeros y que los mismos superaban los de sus propios padres.

Tomó el sentido del deber auténtico como pauta invariable de

la evaluación moral en el trato de las personas. Apreciaba como encarnación de la sublime moralidad a quienes lo tienen en alto aprecio y se consagran por él, y odiaba a los renegados y traidores de la revolución calificándolos como miserables carentes de él.

Lo tomó no solo como dicha pauta sino también como punto de referencia en todos sus pensamientos y actividades.

Muchas personas, deseosas de conocer el secreto misterioso de la victoria en la contienda revolucionaria antijaponesa, le preguntaron cómo podía ser tan fuerte el Ejército Revolucionario Popular de Corea como para enfrentarse a Japón, emergente potencia militar.

Al respecto, en sus memorias ***En el transcurso del siglo*** escribió:

¿Cómo llegó a ser tan fuerte el Ejército Revolucionario Popular de Corea? Cada vez que me hacen esta pregunta, explico que fue porque era un colectivo aglutinado con el sentido del deber. Si nuestra cohesión se hubiera basado sólo en la pura comunidad de ideología y voluntad, sin fundamentarse sobre la moral y el sentido del deber, no habríamos podido ser tan fuertes.

La Lucha Armada Antijaponesa fue una guerra sangrienta

llevada a cabo en pésimas condiciones, sin un ejército regular ni una retaguardia estatal. La clave del triunfo en esa contienda asimétrica no está en el número de efectivos ni la superioridad de armamentos sino en la unidad férrea de las tropas revolucionarias basada en el sentido del deber de los combatientes antijaponeses.

Por supuesto, la ley desempeña un papel importante en lograr la unidad de las masas. Pero solo con ella no se puede aglutinarlas ni llevar adelante la revolución.

Kim Il Sung creía que no se puede despachar todos los asuntos presentados solo con la fuerza de la ley. Desde los primeros días de su dirección de la revolución y la construcción creyó que era una equivocación pensar que se puede tomar bajo el control todas las actividades prácticas del hombre recurriendo a las fuerzas coercitivas como la ley.

Por tanto, cuando el imperialismo japonés intentaba asfixiar la revolución coreana y eliminar a la nación coreana con la movilización total de sus sofisticadas ciencias militares y medios represivos fascistas cuyo poderío fue comprobado en su despotismo y expansión territorial de decenas de años, llevó a la victoria la contienda revolucionaria antijaponesa con la estrategia del sentido del deber y la unidad revolucionarios y alcanzó la independencia

nacional y la emancipación del pueblo.

En mayo de 1971 los obreros de la Fábrica de Artículos Plásticos de Uso Diario de Ex Militares Minusválidos de Wonsan llegaron a Pyongyang para participar en una representación de círculos artísticos de ex militares minusválidos.

En esa función celebrada con la presencia de Kim Il Sung uno interpretó con un instrumento musical la *Canción del General Kim Il Sung y Cae la nieve*. Este le aplaudió antes que nadie y los aplausos cerrados estremecieron el teatro. El interpretador que abandonó la escena volvió a aparecer al oír que el Presidente Kim Il Sung le solicitó la repetición, pero al instante quedó perplejo, pues los aplausos se debilitaron de repente y resonaron otra vez. Sin saber el porqué, pensó que había cometido algún error.

El debilitamiento de los aplausos se debía a que el Presidente que aplaudía sacó el pañuelo para enjugarse las lágrimas. Vertía lágrimas de agradecimiento a los ex militares que continuaban el camino de la revolución siguiendo con fidelidad al Comandante Supremo con quien habían vencido las pruebas de la guerra.

Cuando terminó la representación, se levantó del asiento y sacó otra vez el pañuelo. Dijo que durante la función artística no pudo contener las lágrimas y que todos los interpretantes habían

derramado sangre por la victoria en la guerra. E hizo prepararlos para retratarse con él.

En la sala de descanso del teatro siguió diciendo que todos los ex militares minusválidos eran compañeros revolucionarios de gran valía, que los cuidaran con más esmero, que publicaran con grandes titulares la representación en los periódicos y que invitaran a los militares del Ejército Popular a verla.

No eran artistas profesionales y por consiguiente no demostraron una elevada calidad en la representación, pero Kim Il Sung vio en ella la firme decisión de seguir hasta el fin al Partido.

Por supuesto derramaron sangre en los combates enconados, lo cual era una manera de corresponder al líder coreano quien los liberó de su condición de esclavos coloniales y les dio el júbilo de la emancipación, y también era su deber como soldados de la patria.

Pero Kim Il Sung se preocupó siempre de la salud de los ex militares minusválidos y dispuso levantar un hospital ortopédico y las escuelas y establecer el sistema de pensiones para ellos. Para que continuaran el camino de la revolución tomó todas las medidas necesarias como la construcción de fábricas de ex militares minusválidos en las ciudades y distritos donde vivían. Y cada vez que los veía llevar una vida optimista, los apreciaba mucho y

pensaba que lo que hacía para ellos era aun insuficiente.

Fue la encarnación de la moralidad y ética que vivió con el sublime sentido del deber hacia los compañeros revolucionarios, que no conocía límite del tiempo. Con el paso del tiempo muchas cosas quedan opacas o se borran en la memoria humana. Por tanto, después de mucho tiempo las alegrías, las tristezas y hasta los amigos íntimos se olvidan.

El sentido del deber y el amor de Kim Il Sung hacia los compañeros revolucionarios no alteraban en lo mínimo aun después de su muerte.

En sus memorias ***En el transcurso del siglo*** señala:

Los vivos no deben olvidar a los muertos. Porque sólo entonces este sentimiento de afecto puede ser sólido, sincero y eterno.

Creía que desde el momento en que uno olvida a un muerto, su amistad desaparece inevitablemente. Sin el sentido del deber que supera el límite del tiempo, la vida y muerte, no se puede hablar de una continuación verdadera de la historia y la tradición. Esta es la verdad absoluta que él descubrió en la lucha revolucionaria en que construyó un nuevo mundo de la obligación del deber revolucionaria.

La revolución acompaña el sacrificio. Pero cada vez que los compañeros caían en el camino de la lucha él no contenía la tristeza y

no probaba bocado días enteros. El dolor que desgarraba su corazón en tales situaciones era realmente inmenso.

Gracias a su sentimiento de afecto a los compañeros caídos que no altera aunque pasaran muchos años, período en que hasta las fotos pierden sus colores, se levantó el Cementerio de Mártires Revolucionarios con sus bustos de bronce en la cima del pico Jujak del monte Taesong situado en los suburbios de la capital Pyongyang.

Al inicio de su construcción algunos propusieron edificar una lápida majestuosa e inscribir en ella los nombres de los mártires, pero él no lo pudo aceptar. Quería colocar allí los bustos de cada uno de ellos para que las generaciones venideras pudieran ver sus imágenes.

Pero había un problema: la mayoría de ellos fueron enterrados en lugares foráneos, sin dejar ni una foto. Muchos murieron solteros y para colmo pocos recordaban sus imágenes pues habían transcurrido muchos años.

Solo el Presidente recordaba los rasgos particulares y las apariencias de cada uno de los mártires, quienes estaban presentes en su corazón con las imágenes de cuando estaban vivos.

Señaló a los escultores las características personales de los

mártires revolucionarios para que representaran sus imágenes. Después de la construcción, cada vez que los echaba de menos, abría la ventana de la oficina del Palacio de las Convenciones Kumsusan y miraba en dirección al cementerio y conversaba con ellos.

Cierto día de agosto de 1960 se encontró con un anciano que pescaba con caña en el río Taedong. Lo miró pescar por un buen rato y le preguntó qué profesión tenía. El viejo, muy avergonzado, le respondió en voz apenas audible que trabajaba de barbero en una escuela para hijos de los mártires revolucionarios. El Presidente, con una sonrisa amplia en el rostro, lo alabó diciendo que tenía un buen oficio.

Lo dijo no para consolar al pescador que no se sentía orgulloso de su oficio. De veras le parecía un excelente oficio, pues él mismo no tenía tiempo suficiente para acariciar las cabezas de los hijos de los compañeros revolucionarios caídos, mientras que ese anciano lo hacía diariamente. Le recomendó que cuidara bien a los alumnos de la escuela y continuó el camino de dirección. A poco rato, hizo que se lo llevaran para un almuerzo y personalmente le sirvió la copa.

Tan impresionante e infinito fue su sentido del deber que consideraba como su obligación responsabilizarse de la vida de los hijos de los mártires revolucionarios.

Serán infinitas las anécdotas relacionadas con él. Hasta los últimos momentos de su vida guardaba en la caja fuerte una foto que se tomó con Kim Chaek, tuvo la iniciativa de levantar estatuas de bronce de los revolucionarios en muchos lugares del país y denominar con sus nombres ciudades, entidades y unidades, prestó una atención minuciosa al crecimiento y formación de los hijos de mártires revolucionarios, etc.

Hasta Stalin de la ex URSS quedó tan impresionado por su sublime sentimiento de afecto a los compañeros revolucionarios que en un banquete de los líderes de países socialistas, propuso tomar la copa primero por la salud de este y luego en recordación de su íntimo camarada Kim Chaek.

El mundo de la obligación moral de Kim Il Sung tenía también una amplitud extraordinaria. Profesó amor y solicitud a muchas personas, desde funcionarios con que laboraba, simples obreros y campesinos, niños, compatriotas en ultramar y hasta extranjeros. Tuvo en alta estima a los que conoció en el camino de la revolución, consideró como bienhechores a todos los que le brindaron ayuda, por muy pequeña que fuera, sin distinción de nacionalidad, e hizo todo lo posible para ser fiel a su deber. Entre ellos figuran muchos chinos del tiempo de la contienda antijaponesa, militares soviéticos

como Apanasenko y Novichenko y hasta una ordinaria mujer de Mongolia.

Era tan intensa su añoranza a los viejos amigos que escribió:

Hubiera querido convertirme en un ciudadano común con pasaporte ordinario, aunque solo fuese por algunos meses, y recorrer los antiguos campos de batalla, cubiertos ya de árboles e hierbas, plantar césped en los túmulos de mis compañeros de armas y visitar y saludar a los hombres benévolos que me ayudaron y protegieron a riesgo de sus propias vidas, andando con calzado de trabajo y polainas, y con mochilas a la espalda, comiendo bolas de arroz y cruzando a veces a pie los ríos que mojaban hasta las rodillas, con las perneras arremangadas, como en la época de guerrillero.

Es algo insólito que un jefe de Estado anhelara y envidiara la vida de personas corrientes, pero lo es más su motivo que es simple y que está relacionado con el sentido del deber.

Con su vida demostró a la humanidad la verdad de que es invencible la revolución que avanza con la fuerza de la camaradería.

3

Firmeza espiritual

Kim Il Sung era un hombre de un espíritu indoblegable.

Toda su vida estuvo caracterizada por ese espíritu que heredó de sus padres y otros antecesores.

El trayecto escabroso que él recorrió fue una sucesión de múltiples pruebas y dificultades, pero superó todos los obstáculos con la inconmovible convicción y voluntad, el valor y coraje, la pasión de la revolución y el optimismo acerca del futuro.

Aunque se derrumbara el cielo aparecería un hueco para evitar el golpe, tal era la disposición y actitud que adoptó para salvar a la patria y el pueblo. Su fuerza espiritual fue un ejemplo para todos los coreanos y dignificó a la RPD de Corea.

Valor y coraje sin par

El valor y el coraje son las cualidades que caracterizan la fuerza espiritual de un ser humano. Los hombres de gran valor encuentran la manera de salvarse ante las adversidades, pero los demás suelen vacilar o rendirse. En este sentido, resulta muy significativa la sentencia de que *el corazón puede aumentar la potencia de la inteligencia pero la inteligencia no puede incrementar la del corazón*.

Kim Il Sung era un hombre que se valió de su gran coraje para dirigir el proceso revolucionario y constructivo.

Su valor se exponía a través de su capacidad práctica con que proyectaba con audacia todas las labores y las impulsaba consecuentemente, sin vacilar ante el peligro de la muerte ni los obstáculos. Era un aspecto realmente venerable.

Su valor se caracterizaba ante todo por la firme fuerza espiritual con que desafiaba sin ningún titubeo las agresiones y provocaciones de los enemigos y las duras pruebas y dificultades.

El coraje de una persona se revela en circunstancias adversas.

Se valora correctamente por medio de la fuerza espiritual con que enfrenta una circunstancia de adversidad inimaginable, una gran prueba y especialmente la amenaza de una guerra impuesta por el imperialismo.

Kim Il Sung fue un comandante genial quien condujo a la victoria las dos guerras revolucionarias a la victoria, manuales que enseñan la gran altura a la que debe llegar el coraje auténtico del hombre.

Sus enemigos eran muy poderosos. En un tiempo, Japón era potencia militar emergente, autodenominada “caudillo de Asia” y EE.UU. también es la única superpotencia que se jacta de su “supremacía” en el mundo. Pero ante el coraje del líder coreano tuvieron que saborear la amargura de la derrota.

La Lucha Revolucionaria Antijaponesa fue una contienda que él comenzó, organizó y desarrolló con un coraje sin par. De hecho, era algo fuera del sentido común que él, sin más armas que dos pistolas, declarara la guerra contra un enemigo equipado de aviones, tanques y buques.

Pero él no vaciló en lo mínimo. No contaba con gran ayuda exterior que le garantizara la victoria ni con una base material o militar, sino solamente con un coraje sustentado en la convicción de

la causa justa y la confianza en el poderío del pueblo.

Son numerosos los hechos que narran su coraje sobresaliente. Una vez salvó la revolución de la lucha izquierdista contra "Minsaengdan" a la que ninguno se atrevía a enfrentarse. En otra ocasión dispuso celebrar un acto festivo sobre una meseta de día y a la vista de todos, pese a que los japoneses perseguían con tenacidad a la guerrilla.

La firmeza espiritual con que él defendió la dignidad de la nación y el destino del país fue comprobada también durante la Guerra de Liberación de la Patria.

El 25 de junio de 1950, día en que los imperialistas yanquis invadieron a la RPD de Corea, los funcionarios que participaron en una reunión extraordinaria del Consejo de Ministros esperaban a Kim Il Sung con gran tensión y ansiedad, debido a la inminencia de un gran peligro.

En aquel entonces el líder coreano entró en el salón de reunión con pasos ágiles, diciendo: "Estúpidos son los enemigos. Los yanquis tienen un concepto muy equivocado de los coreanos."

Luego de pasear el local con una mirada sonriente, continuó: Los norteamericanos se equivocaron con nosotros. Como dice el refrán *Al robo con el palo* debemos mostrarles lo que son los coreanos

capaces de hacerles a quienes los provocan. Al instante, todos los reunidos sintieron una gran admiración a ese poseedor de gran audacia y coraje quien no se amilanaba jamás ante el gran enemigo y se convencieron de antemano de que era suya la victoria en la guerra.

Durante la guerra él rechazó todas las provocaciones del enemigo con un valor sin par.

Hizo morder el polvo a los "afamados" generales norteamericanos de la Segunda Guerra Mundial. Expertos militares estadounidenses comentaron: "La guerra coreana se caracteriza por la muerte y la deposición de un número sin precedentes de famosos generales norteamericanos debido a la táctica del Mariscal Kim Il Sung. Durante los tres años del conflicto fueron reemplazados varios comandantes de las tropas de la ONU y del octavo Ejército norteamericano, hasta que ya no quedó general que reemplazar. Los mariscales famosos como McArthur y Eisenhower también perdieron por las tácticas de Kim Il Sung." Un comentarista militar occidental publicó en *New York Times* un artículo en el que dice: "Menospreciar desde el principio a Corea del Norte fue un error irreparable en que incurrieron los comerciantes de Wall Street. ¿Son débiles los coreanos? No. La guerra demostró que si bien sus

armamentos eran muy inferiores, eran fuertes porque combatían recurriendo a estrategias y tácticas excepcionales y a métodos que cambiaban constantemente. Aunque tardíamente, los generales norteamericanos tuvieron que prestar debida atención a que su gran adversario, el General Kim Il Sung, era un maestro de la guerrilla con ricas experiencias."

Después de firmar el acuerdo de armisticio en Panmunjom Clark, ex comandante del Ejército de Estados Unidos para el Extremo Oriente y de las tropas de Naciones Unidas, lamentó haberlo hecho mostrando su pluma estilográfica a los corresponsales que lo rodeaban y les agregó : Qué más podía hacer si me enfrenté con el General Kim Il Sung. Cien Napoleones no podrán con la RPD de Corea.

El heroico pueblo coreano pudo derrotar a los gringos y abrir una nueva época de la lucha contra el imperialismo y Estados Unidos gracias al valor y temple de Kim Il Sung.

Su fuerza espiritual para la defensa de la patria y la revolución se manifestó hasta los últimos días de su vida.

Cuando en los países de Europa oriental aconteció el desmoronamiento en cadena del socialismo, expuso su férrea voluntad de mantener invariable su actitud revolucionaria en la

lucha contra la reacción imperialista de toda índole por medio de obras como "*Manifestemos en alto grado la superioridad del socialismo en nuestro país.*" (24 de mayo de 1990), "*Entrevista con una delegación del Partido Social-Obrero de Estados Unidos*" (5 de octubre de 1990), "*Respuestas a las preguntas del redactor jefe del diario japonés Mainichi Shimbun*" (19 de abril de 1991) y "*Nuestro socialismo es el socialismo del Juche*" (16 de abril de 1994).

Su valor también se puso de manifiesto en una gran fuerza espiritual con que condujo a la victoria la revolución y su construcción con proyectos audaces y ambiciosos y perseverancia. Tenía la capacidad de ponerlo todo en práctica costara lo que costara.

Siempre que proyectaba y realizaba una labor, presentaba una meta que sobrepasaba la imaginación ordinaria y desarrollaba en gran escala su realización y una vez definida la meta consideraba como una ley inmutable finalizarla.

El Complejo Hidráulico del Mar Oeste es una de las creaciones de la época del Partido del Trabajo que demuestra sus cualidades excepcionales. En octubre de 1981 presentó las cuatro tareas para la transformación de la naturaleza en el IV Pleno del VI Período del CC del PTC, propuso levantar el Complejo e iluminó la perspectiva para su realización.

En aquel entonces, algunos funcionarios y especialistas presentaron el proyecto de represar la corriente que baña la isla Wau río abajo del Taedong y comparándolo con la construcción del canal Volga-Don de la ex URSS y del canal río abajo del Danubio pronosticaron que duraría decenas de años.

Acentuando que de esta manera no se podía resolver completamente el problema de agua para los pólderes, el líder coreano recomendó construir el Complejo en pleno mar, a 8 kilómetros de la costa, un lugar no previsto por los expertos, y propuso levantarlo no en decenas de años sino en unos años.

Por aquel entonces algunos extranjeros opinaron sin fundamento alguno que esa obra era del todo imposible por la profundidad del mar y su gran diferencia en la marea alta y la baja y que si los coreanos lograban realizarla, ellos represarían el Estrecho de Bering. Pero, al comprobar la indoblegable fuerza espiritual del Presidente, tuvieron que reconocer que estaban muy equivocados.

Gracias a su proyecto audaz y su tenacidad para llevarlo a la práctica, los constructores militares y civiles obraron el milagro de levantarlo impecablemente con sus propios equipos, materiales y técnicas en cinco años.

Aunque sus beneficiarios no son nosotros sino las generaciones

venideras, debemos intentar la obra con valentía e impulsarla hasta el fin, a pesar de que esto supusiera una gran inversión y mucha mano de obra, esto era precisamente el principio que se planteaba el Presidente para realizar cualquier trabajo.

Cierta vez él dio a los especialistas en prospección geológica la tarea de encontrar yacimientos de cobre en la zona de Kapsan. Aunque repitieron varias veces la exploración, no lograron hallarlos, gastando enorme cantidad de fondos, y llegaron al extremo de discutir la continuación de la prospección.

Fue Kim Il Sung quien insistió en seguirla hasta encontrar los minerales y, al entregarles fondos mucho mayores que antes, les dijo: Si no hay el cobre, vamos a levantar allí una lápida que diga: *Aquí no hay cobre, así que no lo busquen más*. Entonces la posteridad no sufrirá más tratando de hallarlo, por tanto no tenemos por qué escatimar el dinero.

Gracias a él, lo descubrieron finalmente, lo cual fue un aporte sustancial a la economía nacional y la mejora de la vida del pueblo.

El líder coreano rechazaba el modo de trabajo fugaz e impulsaba todos los trabajos hasta culminarlo exitosamente.

Desde que emprendió el camino de la revolución hasta los

últimos días de su vida desarrolló los trabajos en gran envergadura y con perseverancia.

Una vez trazada una política o línea, aun en circunstancias complejas y difíciles no retrocedía un paso ni vacilaba sino las materializaba cabalmente con tesón y espíritu de lucha indoblegable.

En una reunión de consulta de altos funcionarios de la industria química realizada en marzo de 1987, acentuó la importancia de desarrollar más el sector y establecer entre los cuadros un ambiente revolucionario de vivir a nuestro estilo y añadió: Antes, mi padre dijo que los coreanos empiezan a trabajar con bríos pero se casan pronto, gran error que se debe corregir. Si yo no hubiera recibido tal educación, no podría superar las vicisitudes de la ardua y severa lucha armada antijaponesa de 15 años. Los funcionarios deben liberarse del modo de trabajo fugaz e impulsar todos los trabajos perseverantemente.

Una vez en que hablaba de la necesidad de fomentar la siembra de frijoles trepadores, dijo que se debía eliminar el método de trabajar en forma explosiva y continuó: El fríjol trepador tiene mucha proteína. Antes los habitantes de la provincia de Hamgyong no podían comer huevos, pero eran altos y estaban robustos porque comían el fríjol trepador. 50 fríjoles trepadores tienen una cantidad

de proteína equivalente a un huevo. Antes en la provincia de Jagang lo sembraba mucho, pero ahora no tanto. El defecto más grande de los coreanos es no impulsar persistentemente la obra una vez empezada hasta las últimas consecuencias. Deben promover su siembra en todas partes del país.

Toda su vida estuvo caracterizada por el espíritu de ataque que le permitía desafiar todas las adversidades sin temor alguno.

Con ese coraje condujo al triunfo la revolución coreana, las guerras, la creación y la construcción. Con su espíritu indomable derrotó todas las injusticias y adiestró la naturaleza inclemente, afrontaba a cualquier enemigo, por muy poderoso que fuera, nada le era “irrealizable” y siempre mantenía una serenidad asombrosa.

Su espíritu de ataque lo acompañaría en toda su vida.

En sus memorias describe: *En general, mi vida tendía al ataque, y no a la defensa. Desde el mismo día que tomé el camino de la revolución hasta la fecha, me guié siempre por la táctica de avanzar, o sea, la de salir adelante. Ante las dificultades, no vacilaba ni me desplomaba. Ni tampoco las sorteaba o esquivaba.*

Nos valíamos principalmente de esa táctica de ataque, de salir adelante, no por mi carácter o temperamento personal, sino por la exigencia de nuestra revolución penosa y compleja. Si en el

torbellino de la complicada situación política que atravesaba el mundo en el siglo XX nos hubiéramos aferrado únicamente a la defensa, la retirada o el rodeo, no habríamos podido vencer los obstáculos que nos salieron al paso. Por esta razón, aun ahora considero mil veces correcta la estrategia revolucionaria con que hicimos frente a la situación adversa convirtiéndola en favorable."

Su táctica de ataque es la prueba palpable de su coraje sin par. La practicó desde que comenzó las actividades revolucionarias. En el período de la Lucha Armada Antijaponesa la empleó para convertir en favorables las situaciones adversas y en beneficios los males.

Fue una etapa en que la muerte lo perseguía a todos los lugares. Es del todo natural que el poeta Ri Chan incluyera en la *Canción del General Kim Il Sung* las siguientes estrofas:

Jangbaeksan vio derramada sangre viril
Amnokgang la vio también, cuando se derramó.

Una vez, durante el período de la marcha penosa, ordenó a sus tropas avanzar en pleno día por una carretera controlada por los huestes japoneses, para así burlar su vigilancia y superar la crisis.

Todo comenzó en febrero de 1939 en la montaña trasera de la aldea de Jiazaishui de Changbaixian. En aquel período el grueso del ERPC actuaba dividido en pequeñas unidades, por lo que pocos

habían quedado en la comandancia. Por casualidad el enemigo se dio cuenta de su paradero. Si demoraban un poco o se ponían perplejos, acabarían mal.

En esa crítica situación Kim Il Sung decidió partir de esa montaña y marchar por un campo extenso, a riesgo de la vida, y ordenó a los miembros de la comandancia continuar la marcha sin hacerle caso al movimiento enemigo.

El oficial O Paek Ryong que jamás desacató su orden pensó que así se expondrían en un gran peligro y le dijo que al comenzar la marcha les lloverán las balas procedentes de alguna posición enemiga.

Él le explicó que no les quedaba más remedio y que tenían que marchar de esa forma obligada, colocando una ametralladora pesada en la vanguardia y otra en la retaguardia para dispararle al enemigo si se les acercaba. Con esa decisión pretendía desorientar al enemigo y salir del apuro al enfrentarle directamente con coraje, precisamente por ser muy crítica la situación.

Los guerrilleros atravesaron de día el campo abierto sin ninguna resistencia porque los enemigos, amilanados por su elevado ánimo, se limitaron a contemplarlos desde su posición sin siquiera atreverse a tomar alguna acción militar. Solamente cuando llegaron sanos y

salvos al bosque, comprendieron que el coraje sin parangón de su comandante los salvó del peligro de la muerte.

Recordando aquel suceso, el líder coreano contaría muchos años después que a los guerrilleros les extrañó que los japoneses, sin siquiera emitir un leve sonido, los vieran pasar por delante de ellos y que nada era insuperable si uno afrontaba el peligro con coraje en un callejón sin salida.

En primavera de 1937, cuando el grueso del Ejército Revolucionario Popular de Corea fue sitiado por miles de huestes japoneses, su comandante adivinó atinadamente que estos tenían los cinco sentidos puestos en los bosques e hizo burlar el cerco enemigo marchando por una carretera hacia una comarca.

La evasión hacia la comarca y la marcha por la carretera, acciones que él decidió en la loma de Xiaotanghe, fueron "aventuras" que llevaban todas las de ganar. Tal concepción se basaba en un firme espíritu de ataque y un conocimiento científico de cuál era el talón de Aquiles del enemigo. No es exagerado decir que era un método de ataque propio de él que tenía una puntería infalible y la certeza de que podía salir ileso aunque el cielo se vinera abajo.

En primavera de 1939, cuando avanzaban a la zona de Musan, volvió a desconcertar al enemigo al ordenar a los guerrilleros

marchar a mediodía por la carretera de vigilancia Kapsan-Musan que los imperialistas japoneses habían preparado para la operación punitiva y que estaba en vísperas de su inauguración.

Tras la segunda guerra mundial cuando los imperialistas norteamericanos que se jactaban de su "supremacía" desencadenaron la guerra contra la joven República Popular Democrática de Corea, dio la orden de contraatacar inmediatamente. A los tres días de iniciada la contienda liberaron a Seúl y a poco más de un mes acorralaron a los invasores en una región reducida al sur de río Raktong, haciéndoles experimentar la derrota más humillante en la historia de Estados Unidos. En la década de 1960, cuando los incidentes del barco espía armado "Pueblo" y del avión espía "EC-121" de EE.UU., declaró su posición intransigente de que respondería a la represalia con represalia y a la guerra total con la guerra total.

En la década de 1990 cuando EE.UU. presionó a Corea para que aceptara la injusta inspección nuclear de la Agencia Internacional de Energía Atómica, anunció su disposición de afrontar resueltamente a su presión de los EE.UU., señalando que era estúpida la intención de doblegarla, que la RPD de Corea contestaría inmediatamente con un fuerte contragolpe.

El líder coreano no pensaba jamás en su seguridad individual y constantemente estaba en la primera línea durante la lucha antijaponesa y la Guerra de Liberación de la Patria.

En 18 de octubre de 1966 dijo lo siguiente a unos altos funcionarios del Comité Central del Partido.

"En el pasado, cuando librábamos la lucha guerrillera, yo me arrojaba a los lugares de peligro exponiéndome a las balas, y éstas, aunque atravesaban mi mochila, nunca me alcanzaron. Sólo manteniendo esa divisa revolucionaria podrán ustedes continuar su actividad revolucionaria."

Durante la lucha antijaponesa la comandancia donde él estaba siempre se situaba en lugares más peligrosos y él dirigía los combates con el máuser en la mano. Durante los combates como el del valle Dashahe, jamás pensaba en el peligro de su integridad física. A veces dirigía ráfagas de ametralladora al enemigo en la vanguardia y otras veces se hallaba en la retaguardia para darles muerte a los enemigos que les pisaban el talón.

También en la Guerra de la Liberación de la Patria redoblaba el ánimo de los combatientes visitando la primera línea del frente.

Fue el 23 de septiembre de 1951. Su coche que llegó al pie de la colina Jiktong, primera línea de combate, no podía avanzar

más. Luego de apearse del coche paseó la mirada a las colinas y cotas envueltas de llamas y dijo que si el coche no podía seguir, él iría de pie y avanzó por los cráteres formados por el bombardeo y los árboles caídos. A los acompañantes que se preocupaban de su seguridad personal y le impedían el paso, les dijo que no sentirían el cansancio ni peligro si pensaban en los soldados que combatían y, escalando una abrupta elevación con una altura de 1100 metros sobre el nivel del mar, subió a la cota 1237, 3 que colindaba con la 1211. Era un tiempo en que los enemigos arrojaban a diario de treinta a cuarenta mil proyectiles de cañón y bombas a la cota 1211 presumiendo su "máxima capacidad de cañonazo-bombardeo" y oleadas de mercenarios lo atacaban incesantemente protegidos por un sinnúmero de tanques. Los combates continuaban día y noche. Los bosques tupidos se quemaron y las rocas se convirtieron en polvo. El cañoneo y el bombardeo eran tan intensos que hasta las ardillas buscaban su cobijo en el regazo de los soldados.

Luego de observar el campo de batalla con binoculares, de pie en medio del bombardeo y el humo negro que exhalaba el olor a polvorín, explicó a los comandantes cuál era la dirección principal del golpe enemigo, resaltó la importancia estratégica de la cota 1211 y la necesidad de defenderla a todo trance e indicó sus tácticas.

Gracias a sus enseñanzas los militares la defendieron gritando la consigna "¡Por el Comandante Supremo!" y frustraron la ofensiva estival del enemigo.

Su indoblegable fuerza espiritual y coraje contribuyeron a la victoria en la guerra y obraron milagros en la defensa del socialismo, la creación y la construcción en las décadas que le siguieron.

También en la exitosa dirección del proceso revolucionario y constructivo demostró su coraje sin par y su concepción de que todo es realizable.

Uno de sus frutos fue el polvorín fabricado con los propios recursos durante la Lucha Armada Antijaponesa.

Decidió abandonar resueltamente el método anterior de su obtención que entrañaba un gran peligro para la vida. Algunos opinaron que era irreal como construir una torre sobre la arena, pero él comenzó a documentarse de la historia de la obtención del polvorín y otros datos necesarios, pensando que todo se podía hacer si uno se lo proponía y era del todo posible fabricarlo porque ya lo habían hecho los antepasados. En ese proceso llegó a la conclusión de que era posible obtener de forma casera el salitre, materia prima principal del polvorín.

El salitre se ve y se obtiene en cualquier lugar donde vive el

hombre. Un día en que hacía mucho sol, llevó a unos fabricadores de armas al patio de la casa de un anciano donde estaban acumulados la ceniza y el estiércol. Indicándoles una sustancia blanca semejante a la sal que cubría el cúmulo del estiércol, les dijo que era precisamente el salitre. Y ellos soltaron una carcajada al compararse con un abuelo que buscaba por doquier la pipa sin saber que la llevaba en su mano.

Su dignidad no permitía la mentalidad servilista y nihilista de aquellos que consideraban como admirable la invención de los extranjeros pero que no reconocían la de los coreanos. Repitió varias veces los experimentos, con ánimo y sin vacilación ante el fracaso, hasta que descubrió la proporción ideal de los componentes del polvorín, asegurando así la perspectiva de producirlo por cuenta propia.

El fomento del cultivo de maíz en el país también fue fruto de su coraje.

En la posguerra cuando él lo impulsaba algunos conservadores se le oponían poniéndolo en tela de juicio. Pero gracias al apoyo del pueblo lo generalizó en todo el país superando la tendencia conservadora y pasiva y logró resolver la escasez de alimentos.

Trataba con serenidad todos los asuntos a pesar de la tirantez de la

situación y convertía las circunstancias desfavorables en favorables y la desgracia en fortuna.

Durante el repliegue temporal en la pasada guerra coreana, citó al jefe de regimiento de escoltas para impartirle la orden de que la compañía de corps desfilara cantando por las calles capitalinas, lo cual lo desconcertó porque conocía muy bien la crítica situación del frente.

Igualmente tensa era la de la defensa capitalina. El cambio repentino del avance impetuoso al repliegue ocasionó inquietud y abatimiento a los capitalinos. Los enemigos estaban apenas a unas decenas de ríes del centro de la capital y se levantaban columnas de fuego, pero sorprendentemente Kim Il Sung seguía en Pyongyang con la comandancia suprema, manteniéndose imperturbable e incluso organizaba un desfile de sus escoltas por la ciudad.

Pensó que así podía infundir la fe en la victoria a los capitalinos y a todo el pueblo ante el cambio brusco de la situación.

Al oír *Canción de la defensa de la patria* que cantaban los soldados, miles de capitalinos salieron de la casa a verlos. Pensaron que si la compañía de corps estaba con ellos, eso significaba que el Comandante Supremo también estaba cerca de ellos y que si éste estaba tan impávido con toda certeza saldrían airosos de la guerra.

Solamente cuando todos los órganos públicos de Pyongyang empezaron el repliegue, también lo hizo la compañía acompañando al Mariscal.

Su serenidad contribuyó en gran medida a disipar el pesimismo y la inquietud del pueblo durante la retirada.

Tras el cese al fuego, los imperialistas yanquis y los belicistas surcoreanos actuaron con frenesí para estallar una nueva guerra, pero él dirigió al pueblo coreano con el pensamiento de que hacía falta continuar la construcción socialista aun de medianoche a pesar de que se desatara una guerra a la mañana siguiente.

En los años de 1960, cuando los imperialistas norteamericanos llevaban la situación de la península coreana al borde de una guerra mediante los incidentes del golfo de Tonkín y la Crisis de los Misiles de Cuba, señaló que no dedicarse debidamente a la construcción económica pensando que todo se destruiría por la guerra era una manifestación del pesimismo que aterrorizaba, desesperaba y desalentaba a la gente, que si estallaba la guerra no debíamos pensar solamente en la destrucción sino en aniquilar al enemigo y que debíamos continuar la construcción hasta las doce de esta noche aunque la guerra se desencadenara a la mañana siguiente.

Estaba firmemente convencido de que la guerra no podía destruir

todas las construcciones y aunque se destruyeran las volverían a levantar y mejor que antes.

En varios decenios los norteamericanos no pudieron desencadenar una nueva guerra porque el pueblo coreano estuviera dotado de armamentos sofisticados sino porque no podían con la férrea voluntad de su líder.

Efectivamente, era un hombre de coraje y poderosa fuerza espiritual que siempre estuvo al frente del ejército y el pueblo.

Pasión fervorosa

Kim Il Sung era un hombre de gran pasión quien con ella superó todas las dificultades y acumuló hazañas perpetuas.

Vivió toda su vida con una pasión sobrehumana. Desde que emprendió el camino de la revolución se dedicó a ella con una abnegación ilimitada, un amor ardiente al pueblo y una pasión ardiente.

Las actividades apasionantes que realizó por más de 80 años fueron un factor importante que le permitió guiar al pueblo coreano a la victoria. Gracias a su dirección incansable, la RPD de Corea

pudo sacudirse la pobreza y el atraso secular y levantar una potencia socialista política, económica y militarmente independiente y hoy se presenta ante el mundo con la frente bien alta.

Una vez un líder de un país del sureste asiático le preguntó cuántas horas dormía diariamente, a lo cual él le contestó que desde que libraba la Lucha Revolucionaria Antijaponesa dormía tarde por la noche y se despertada temprano por la mañana, que ya estaba acostumbrado a esa vida y que a veces trabajaba hasta la madrugada.

Su preocupación de toda la vida era la falta de tiempo.

Trabajó como si una hora fuera cien o mil días. Durante la Lucha Armada Antijaponesa, la construcción de una nueva patria, la Guerra de Liberación de la Patria, la restauración posbélica y la construcción del socialismo, no tuvo un solo día de descanso.

Un día en que unos funcionarios le pidieron que no trabajara tanto, dijo sonriente que no podía quitarse fácilmente ese hábito y continuó:

“Levantar temprano en la mañana es una costumbre que se me ha pegado durante muchos años de la vida… Cuando luchábamos en las montañas contra los imperialistas japoneses, estos nos atacaban en la madrugada, en un momento en que empezábamos a dormir tras una larga marcha nocturna. Se podría decir que tomaban una

hora muy apropiada, porque a esa hora nosotros, muy cansados, dormíamos profundamente. Entonces, ¿cómo yo, responsable del destino de la unidad, podría dormir tranquilamente? Desde entonces no puedo dormir en la madrugada…"

Siguió diciendo que si bien les hizo a los funcionarios la promesa de que dormiría suficientemente si se liberara el país, pero no pudo cumplirla porque en la patria liberada le esperaban muchas tareas importantes, que volvió a prometerles que lo haría después de fundar el partido, el Estado y el ejército, pero que ahora se desató la guerra y cuando esta terminó comenzó la restauración posbélica y la gran marcha Chollima, que él se preguntó que si dormía cuanto quisiera cómo podría alcanzar a otras naciones, que a fin de cuentas no podía permitirse el lujo de acostarse tranquilamente por la mañana, que así se formó su costumbre, que él no podría dejarla en toda su vida y que la salud se necesitaba para hacer la revolución y el revolucionario no debía interrumpir ni un momento sus quehaceres revolucionarios.

Para él era inconcebible dejar de vivir toda la vida como revolucionario ni de consumirse por entero en aras de la patria y el pueblo.

Durante la Guerra coreana, para ser más exacto, en diciembre de

1950, cuando preparaba el tercer Pleno del Partido del Trabajo de Corea, pasó en vela dos noches seguidas redactando su informe y ahuyentaba el sueño lavándose la cara con agua fría de un manantial que estaba afuera.

A los soldados que se preocupaban por su salud les dijo que la guerra era una confrontación de fe y voluntad y al mismo tiempo de pasión y que con fervorosa pasión debíamos anticipar el triunfo aunque fueran muy duras las pruebas.

Así completó el informe y a la mañana siguiente lo leyó en la tribuna del Pleno.

Un día de noviembre de 1968 partió de Pyongyang bien temprano por la mañana para visitar sobre el terreno la entonces Granja Avícola de Ryonggang de la provincia de Phyong-an del Sur.

Por varios días había consultado con miembros del Consejo de Ministros y cuadros de la ciudad de Pyongyang y de la provincia sobre el desarrollo de la avicultura nacional y la vida del pueblo, y decidió estudiar la situación y tomar medidas pertinentes in situ.

Ese día, él recorrió la Granja Lechera de Ryonggang y dirigió en la Granja Cooperativa de Chongsan una reunión de consulta de funcionarios de dichas granjas y las avícolas de Kangso y Ryonggang

hasta pasar la una de la tarde. No pudo tomar un momento de descanso.

Los funcionarios lo invitaron a almorzar, pero él les dijo que no tenía tiempo, que hoy tenía muchas tareas pendientes y que se contentaba con una comida ligera en el coche. Y comió unas patatas cocidas y un pedazo de pan antes de seguir el camino de dirección.

Al llegar a Pyongyang examinó en la sede del Comité Central del Partido las ropas de invierno que acababan de suministrar a los escolares y niños.

Hacía rato que pasó la hora de trabajo y un funcionario le sugirió regresar a la casa, pero él dijo que cada día hacía más frío, que no podía quitarse de encima la preocupación por el problema de la calefacción central de Pyongyang y que iría a ver cómo habían arreglado las instalaciones del servicio público, casas cuna y jardines infantiles. Se dirigió a una unidad de vecinos del municipio Jung de Pyongyang para averiguar detalladamente sobre la vida de sus habitantes y de ahí volvió al despacho en avanzada la noche para continuar su trabajo.

Esa noche escribió sobre *Algunas cuestiones acerca de la administración de la fuerza de trabajo* y *Para aflojar la tensión*

del transporte, obras que leería el 16 de noviembre de 1968 y de medianoche cuando iba a la casa metió en la carpeta los manuscritos, diciendo que debía terminar su redacción.

Si se supone que él se despertaba a las cuatro de la madrugada, se llega a la conclusión de que él durmió solamente dos horas aquel día.

Con su intensa jornada laboral desmentía el límite de la capacidad física establecida por la naturaleza.

Un domingo unos funcionarios, muy preocupados por su salud, le pidieron que descansara aquel día. Entonces él les dijo que el descanso no era nada del otro mundo, que no había mejor descanso que visitar fábricas y granjas, que comenzar un nuevo trabajo tras terminar otro complicado recuperaba el buen humor y así uno descansaba, que no había mayor alegría que cuando uno encontraba el meollo de un rompecabezas a través del contacto con varias personas o captaba alguna idea que no había tenido antes, que todo esto era para él un buen descanso y por eso no le hacía falta otro descanso.

Para él el trabajo y el descanso eran uno solo.

Con frecuencia les decía a los funcionarios: aunque cayeran a la mañana siguiente de tanto trabajo, tenían que trabajar con pasión

pernoctando y olvidándose de comer y que esta era la única manera de hacer la revolución.

El dinamismo de sus actividades tuvo su expresión no solo en la prolongación de las horas dedicadas al trabajo sino además al mal tiempo al que se expuso y al camino escarpado que recorrió en toda su vida.

Para liberar el país estableció un récord en la marcha por la vasta región del Paektu y antes que nadie emprendió el camino inexplorado de la construcción de una nueva patria liberada. Durante decenas de años de su vida del revolucionario nunca se quejó del mal tiempo y del camino abrupto.

El 26 de agosto de 1966 hacía un tiempo de perros. Se levantaban furiosas olas en el mar y el viento se enfurecía. Ese día se dirigió a la isla Pidan para resolver el problema de la vestimenta del pueblo.

El Buró Político del Comité Central del Partido adoptó la resolución de que él no podía ir a la isla por el tiempo desapacible. Pero él abordó al barco diciendo que debía ir allá aun bajo la lluvia, porque había decidido hacerlo en aras del pueblo. La lluvia llenó de fango el camino y algunos funcionarios no querían seguir avanzando por él. Fue el Presidente quien los alentó diciéndoles que él no vino

a la isla movido por el mero deseo de lucirse.

En el Museo de la Revolución Coreana se conserva aún el abrigo militar modesto y desgastado que él llevaba puesto en los años que le siguieron a la guerra. La ropa muestra la abnegación y el amor con que cubrió un larguísimo trayecto para salvar el destino de la revolución, la patria y la nación y procurarle al pueblo una vida abundante y culta.

Con esta pasión Kim Il Sung dedicó toda su vida a la patria y el pueblo y realizó méritos que nadie puede acumular por varias generaciones. No es casual que todo el mundo le respeta como hombre grandioso que representa el siglo XX.

Su tren con destino al pueblo que dio los primeros pitidos en los albores de la construcción de una nueva Corea no ha parado nunca hasta los últimos momentos de su vida y su trabajo entusiasta tampoco fue terminable.

En una charla con una ex combatiente antijaponesa, le contó lo siguiente. Durante su visita a la RPD de Corea el presidente Tito de Yugoslavia le encomendó encarecidamente que no trabajara más y descansara, preguntándole para qué continuar el trabajo si tenían construida magníficamente la ciudad de Pyongyang que se había reducido a cenizas por la guerra.

Agregó que en adelante iba a continuar el trabajo, que el afán de trabajo de un revolucionario no tiene límites y que si construía una casa grande o hacía algo bueno para el pueblo, quería construir otra casa más grande o hacer algo mejor.

Tuvo un fin brillante. A su edad bien avanzada, atendió los quehaceres estatales con una pasión increíble y se encontró con personas de distintos sectores. En los últimos años de su vida se encontró con ex combatientes antijaponeses e hijos de mártires revolucionarios para darles instrucciones valiosas y en los momentos libres redactó sus memorias ***En el transcurso del siglo***.

En el ocaso de su vida padecía del corazón. Cuando pronunciaba el mensaje del Año Nuevo de 1994, último año de su vida, tuvo que acercarlo más a los ojos porque se le nublaba la vista. Finalmente se sometió a una operación quirúrgica. Hasta los jóvenes descansan más de un mes después de la operación, pero a los pocos días él se encontró con Son Won Thae, compatriota residente en el extranjero, y se retrató con los escolares participantes en el V Congreso de la Organización de Niños de Corea.

Durante unos meses que precedieron a su fallecimiento sostuvo encuentros con los participantes en la Conferencia Nacional de Agricultura y la de Funcionarios de Industria Carbonífera y otros

trabajadores, para impartirles instrucciones valiosas y fotografiarse con ellos. Los días 5 y 6 de julio, días antepenúltimo y penúltimo de su deceso, convocó una reunión de consulta de altos cargos del sector económico e indicó directrices para la construcción de la economía socialista.

En sus últimos dos años, es decir, desde abril de 1992, aniversario 80 de su nacimiento, hasta julio de 1994, visitó sobre el terreno más de 40 unidades de la economía nacional y del Ejército Popular. Una carga demasiado pesada para un anciano como él, pero siguió trabajando infatigablemente considerándolo como misión de toda su vida.

Para lograr cuanto antes la reunificación de la patria, tarea suprema de la nación, decidió efectuar la cumbre Norte-Sur, pensó en los asuntos políticos y económicos que se plantearían en ella, revisó y dio el visto bueno a los documentos referentes a ella.

La fuerza espiritual con que dedicó todo lo suyo a la patria y el pueblo repercutió también en el extranjero. Durante toda su vida realizó 54 visitas a 87 países, cubriendo una distancia total de más de 522 460 kilómetros. Sus actividades exteriores iban más allá de la imaginación humana, pues era incontable el número de los

extranjeros con quienes se entrevistó, entre ellos jefes de Estado y Gobierno, políticos y otras personalidades.

Además, en el país recibió a diario a los extranjeros para debatir largo y tendido asuntos políticos importantes y darles sugerencias valiosas. En el último período de su vida se encontró con Jimmy Carter, ex presidente de EE. UU. y consolidó la base para desarrollar las relaciones bilaterales y preservar la paz y seguridad del noreste asiático y del mundo.

Gracias a las hazañas sempiternas que acumuló con su entusiasta dirección de la revolución coreana, esta avanza de continuo y el pueblo disfruta de una vida cada día más dichosa.

Optimista sentimental

Kim Il Sung vivió toda su vida con el optimismo.

Uno de los claves importantes que le permitieron guiar sin ninguna desviación ni abandono la revolución coreana, más difícil y complicada que la de otros países, es que él poseía el optimismo revolucionario que lo ayudaba a vencer pruebas sonriendo.

Cada vez que se interponía alguna dificultad en el camino de la

revolución lo superaba todo con ese espíritu indoblegable.

En sus memorias ***En el transcurso del siglo*** hay un pasaje que narra: Como se decide la vida fisiológica de una persona por el nivel del optimismo, el éxito o el fracaso y la vitalidad de la revolución de un país se decide por el optimismo revolucionario. Yo pienso así.

En toda su vida enfrentó dificultades inauditas y sufrió dolores indescriptibles de la pérdida. Pero nunca estuvo pesimista ni indeciso. Con una fe inquebrantable en la victoria, siempre tuvo la iniciativa, vivió con optimismo y supo convertir las circunstancias desfavorables en favorables y las desdichas en dichas. Su extraordinaria arte de mando también se nutría del optimismo revolucionario.

Tanto en la Lucha Armada Antijaponesa como en la Guerra de Liberación de la Patria superó todas dificultades con la convicción firme de que siempre saldría victorioso por tener al pueblo, los compañeros fieles y el fusil.

La Lucha Armada Antijaponesa se libró con una arduidad sin precedentes. Había que enfrentar al imperialismo japonés, “caudillo de Oriente”, sin siquiera contar con el país, la ayuda de fuerzas armadas regulares ni la retaguardia permanente. Había que librar una

batalla sangrienta para conseguir alimentos y ropa y marchar varios días combatiendo a muerte a los enemigos "punitivos" persistentes. Literalmente, había que afrontar a las fuerzas élite del imperialismo japonés sin comer ni dormir suficientemente.

Pero todas esas dificultades no lograron privarle del optimismo a Kim Il Sung. Contaba a los guerrilleros que si se liberaba el país irían a Pyongyang para llenarse la barriga con la sopa de mújol y los fideos en caldo frío y subir a la colina Moran para contemplar el pintoresco río Taedong y los conducía a vivir con optimismo cantando y bailando aun en condiciones difíciles. Unas veces él mismo compuso canciones y dramas revolucionarios para divulgarlos entre guerrilleros y civiles. Enfrentó las situaciones difíciles efectuando periódicamente estudios políticos-militares y organizó recreaciones en los bosques bajo la luna y encuentros conjuntos ejército-pueblo con motivo de las fiestas, preparando a los guerrilleros como revolucionarios optimistas e impulsando con su indoblegable espíritu de lucha la Lucha Armada Antijaponesa.

Uno de aquellos días fue el primero de mayo de 1940 cuando comieron la rana como plato de la fiesta. Ese día les dijo a los soldados con plena fe y optimismo que aunque hoy celebraban la festividad con

esa comida, después de derrotar al imperialismo japonés celebrarían la liberación de la patria comiendo en Pyongyang el plato de mújol capturado en el río Taedong, que por muy desesperado que fuera el intento enemigo de aniquilarlos, jamás se doblegarían y que todos debían luchar con firmeza y con el orgullo de ser parte de la nación coreana y comunistas coreanos para derrotar a los invasores nipones y liberar la patria.

Inspirados por su optimismo, combatientes antijaponeses fabricaron por cuenta propia las bombas en medio de los bosques vírgenes. A una de ellos los enemigos le sacaron los ojos torturándola, pero gritó en el patíbulo que veía la victoria de la revolución. La firme fe en un futuro mejor en el que vivirían felizmente engendró el espíritu de lucha invencible y al fin pudieron lograr la liberación de la patria.

Tanto en los días de la lucha antijaponesa como en el período de la Guerra de Liberación de la Patria Kim Il Sung superó toda clase de dificultades con el optimismo revolucionario.

En la guerra contra los invasores de 15 países acaudillados por el imperialismo estadounidense el pueblo coreano demostró el heroísmo masivo y el optimismo, siguiendo el ejemplo de Kim Il Sung.

También en el período de la rehabilitación posbélica en que debían partir de cero y durante la construcción del socialismo cuando continuaban las provocaciones militares de los imperialistas yanquis y los revisionistas, oportunistas y chovinistas de gran potencia la obstaculizaban por todos los medios, el líder coreano mantuvo invariable su espíritu de optimismo.

En sus charlas con ex combatientes antijaponeses en marzo de 1992 y enero de 1993, les dijo que él llevó y seguía llevando una vida optimista con la firme e invencible convicción de que aunque se viniera abajo el cielo, siempre hay un hueco por donde salir ileso.

Tenía un concepto excepcional del optimismo. Pensaba que si el ejército y el pueblo viven con optimismo se elevan la pasión revolucionaria, el espíritu combativo, el afán de producción y el nivel cultural y se enriquecen los sentimientos, y que la victoria de guerra se decide no por el número de efectivos ni por la dotación de armamentos sino por la fuerza espiritual del ejército y el pueblo y su fe en la victoria.

Un día de la guerra, durante su visita a la comuna Hajang del distrito de Ryongchon de la provincia de Phyong-an del Norte participó en una reunión de la célula del Partido para subrayar a sus

miembros la necesidad de superar las dificultades al frente de las masas y vivir con optimismo en las situaciones adversas. Añadió que solo los que están convencidos de la victoria y poseen una férrea voluntad pueden llevar una vida optimista sin rendirse ante las duras pruebas de la guerra, que vivir y superar dificultades con la fe y el optimismo era el espíritu del pueblo coreano combatiente y que ninguna fuerza era capaz de capitularlo.

En una ocasión dijo que la ardua vida en la guerrilla era incomparable con la de los que se dedican a trabajos duros, pero los guerrilleros llevaron una vida optimista y culta y así mantuvieron siempre el alto ímpetu revolucionario.

También solía decir que la canción representa el optimismo revolucionario y la victoria de la revolución, que en la vida debe haber poesía y el baile y que sin ellos uno perdería todo interés en la vida.

Amante de la literatura y el arte, durante la lucha revolucionaria antijaponesa compuso óperas y dramas revolucionarios como *Mar de Sangre*, *La Florista*, *Inmolación en la Conferencia Internacional*, *Destino de un miembro del "Cuerpo de Autodefensa"* y *Ermita Songhwang* y canciones como *Nostalgia* y *A la guerra antijaponesa*.

Le gustaba ver filmes, leer novelas, cantar y tocar instrumentos

musicales. Prefería piezas como Canción de la revolución, *Canción del mar*, *Canción de la vanguardia de Chollima* y *Muerte al enemigo*.

Una noche primaveral en que dirigía sobre el terreno las labores de la provincia de Phyong-an del Sur, en el jardín de su residencia alguien tocaba la armónica. Un cuadro se le acercó y para su sorpresa vio al Presidente Kim Il Sung tocarla con maestría, en combinación de la melodía principal, el arpegio y la vibración. El funcionario ya sabía que él ejecutaba magníficamente el órgano, pero por primera vez lo veía tocar tan bien la armónica. Al terminar la interpretación de las canciones *Marcha de la guerrilla* y *Canción del poder popular*, los funcionarios lo aplaudieron con estruendo y le pidieron que tocara una pieza más.

Él les dijo que ya bastaba y que si él no fuera jefe de Estado ni Secretario General del Partido los invitaría todos los días a la casa para la velada musical.

Viendo que ellos insistían en su petición, les dijo sonriente que ellos también debían tocar la armónica, que el hombre debe vivir con optimismo y que el revolucionario debe prepararse como optimista.

Una vez un funcionario juzgó erróneamente que el sonido del flautillo que se escuchaba por varias noches perturbaría el pensamiento de Kim Il Sung y tomó la medida de que no lo tocaran.

Al saberlo el Presidente que encontraba en él sentimientos idílicos lo reprendió ligeramente.

También le gustaban mucho los deportes como la natación, el tenis, el pingpong, la caza y la pesca con caña. Pero casi no podía tomar el tiempo para ellos. Y si raramente los hacía, no era para hacer “ejercicios” o tomar un “descanso” sino un momento para madurar alguna estrategia o táctica importante de la revolución o encontrar el quid de una cuestión con que tropezaba en la realidad. Pero por muy grande que era la responsabilidad que asumía ante la revolución, nunca abandonaba ni debilitaba el optimismo y júbilo de la revolución y la vida.

Con este optimismo dirigió a la victoria la revolución coreana y la causa de la independencia en el mundo.

En marzo de 1986, departió con el secretario general del Partido Social de Costa Rica que volvió a visitar a la RPD de Corea y le dijo así: Usted me dice que me encuentra apasionante y joven como hace diez años. En un encuentro reciente Fidel Castro también me lo dijo.

Y continuó: Para no envejecer el hombre tiene que llevar una vida optimista, sin pesimismo ni tristeza. Hasta hoy he afrontado muchos problemas difíciles y complicados y obstáculos. Pero siempre llevo una vida optimista, sin el menor pesimismo ni depresión, pensando

en este refrán coreano que reza: Aunque el cielo se viene abajo, hay un hueco por donde salir ileso.

Efectivamente, consciente de que el éxito, el fracaso y la vitalidad de la revolución de un país y la altura de la vida de un hombre se deciden por el optimismo revolucionario, Kim Il Sung era una encarnación del espíritu indomable y gracias a él la revolución coreana pudo avanzar con el vigor juvenil, sin abatirse ante los retos de la historia.

4 Gran modestia

Aunque acumuló hazañas gigantescas para la historia y el pueblo, llevando en sí todo el peso de la revolución y la construcción, Kim Il Sung vivió como cualquier hombre común y corriente.

No aceptó nada extraordinario en su vida: la ropa, las comidas y todo eran idénticos a los de personas ordinarias.

Dedicó todo su ser a la revolución y la dicha del pueblo sin hacer absolutamente nada por su propio bien, y por eso los coreanos siguen añorándolo con profundos sentimientos de respeto y veneración.

Vive y vivirá siempre como hombre modesto en el corazón del pueblo coreano.

Pensar y actuar con modestia

La modestia constituye una virtud importante de Kim Il Sung.

Nunca presumía, era humilde y no se permitía ningún privilegio.

En toda vida se consideraba un hijo del pueblo, detalle que muestra elocuentemente su modestia incomparable.

Su noble modestia fue concentrada en las palabras *hijo del pueblo*. La modestia era un principio que él mantenía invariablemente en toda su vida en contacto con todos los sectores del pueblo.

En febrero de 1935, durante la Lucha Armada Antijaponesa, cayó enfermo por la fiebre álgida mientras retornaba a Wangqing luego de cumplir exitosamente las tareas militares y políticas en el Norte de Manchuria. En aquel tiempo, por la petición de los comunistas chinos de esta región él realizó la primera expedición a dicha zona (octubre de 1934-febrero de 1935) al mando de una unidad de más de 170 soldados del Ejército Revolucionario Popular de Corea. A su regreso, la tropa expedicionaria sufrió a cada paso inenarrables dificultades debido a la persecución persistente de

las unidades de "punición" japonesas, el frío cortante, la carencia de alimentos, los combates ininterrumpidos y la enfermedad. Los enemigos la persiguieron tenazmente argumentando que eliminar a un guerrillero aun a cambio de cien muertes suyas sería un éxito, ya que ellos tenían tantos suplentes, mientras que la guerrilla no tenía ninguno.

En aquellos días, Kim Il Sung, comandante de la guerrilla, estuvo de guardia por las noches al igual que otros guerrilleros y en las cercanías del pico Tianqiaoling perdió el conocimiento por la fiebre álgida.

En aquellos momentos tan críticos en que la tropa, reducida a 16 miembros y muy desanimada, derramaba lágrimas ante el trineo donde estaba tendido el comandante, este compuso la *Canción de la lucha antijaponesa*. Cantándola, los guerrilleros escalaron el pico Tianqiao y llegaron a la casa solitaria del anciano Jo Thaek Ju situada en el valle Dawaizi del monte Laoyeling. Gracias al esmerado cuidado de la familia de Jo el Comandante fue recuperado milagrosamente. Luego de escuchar al enlace todo lo ocurrido, Kim Il Sung se lo agradeció de corazón al anciano, diciendo:

–Abuelo, muchas gracias. Su ayuda me ha salvado.

–No–replicó el viejo–, usted es un general que el Cielo ha enviado

a la tierra; si se ha recobrado en esta choza, no se debe a la ayuda de mi familia sino al deseo del Cielo.

Mientras decía esto, el anciano Jo levantó la cabeza y miró hacia el techo como si verdaderamente el Cielo le hubiera devuelto la vida.

–Abuelo–continuó el Comandante muy embarazado–, no me exalte. Es una exageración llamarme un general enviado por el Cielo. No soy providencial sino un hijo y un nieto del pueblo, nacido en una desconocida familia de campesinos.

A tales palabras Jo respondió que aunque era un miserable había oído toda la hazaña combativa del general y llamó a sus hijos y nietos para que le hicieran una profunda reverencia.

La denominación “hijo del pueblo” sintetiza la noble concepción de Kim Il Sung quien encontraba el valor y dicha de la vida en considerarse un miembro más de las masas populares.

Por supuesto “hijo del pueblo” es un hombre común nacido del pueblo y que vive entre él. En tal sentido se puede decir que Kim Il Sung lo era. Pero nadie pensó que él lo era pues nació con cualidades extraordinarias.

En el escenario internacional era muy alto su prestigio como político. Stalin de la ex URSS lo elogió como héroe más joven

del Oriente y los líderes chinos Mao Zedong y Zhou Enlai le recomendaron la causa de la humanidad por la independencia en los últimos momentos de su vida. Tito, Presidente de la antigua Yugoslavia se sinceró con su homólogo coreano, atribuyó suma importancia a sus relaciones con él y al final de la vida le encargó el futuro del Movimiento de los Países No Alineados.

Incluso el Presidente estadounidense Jimmy Carter, en una entrevista de prensa celebrada en su país luego de su encuentro con el líder coreano en Pyongyang, dijo que era un personaje de cualidades tan sobresalientes como las de los tres presidentes norteamericanos más famosos juntos.

Aun en sus postrimerías Kim Il Sung llevó una vida modesta. En abril de 1994 cuando se entrevistó con una delegación de periodistas de la CNN que visitó la RPD de Corea, dijo que en el mundo muchas personas se habían interesado grandemente por él, porque era un viejo político, pero era un hombre común como otros.

En el encabezamiento de sus memorias narra: *No creo que mi vida sea especial, diferente a la de los demás. Estoy satisfecho solo con la consideración de que se ha dedicado en bien de la patria y la nación y ha transcurrido entre el pueblo*.

Era el ejemplo de la modestia y sinceridad para el Partido y el Estado.

La dignidad del Partido del Trabajo de Corea y la RPD de Corea era precisamente fruto de la gran autoridad de su líder, y la fuente del poderío invencible de aquellos se encontraba en la dirección acertada de este. Es por eso que el pueblo coreano los llamaba *Partido de Kim Il Sung* y *Corea de Kim Il Sung* y veía en su ideología y dirección extraordinarias el futuro luminoso de la revolución. Pero él era de lo más sincero ante el Partido y el Estado. Aunque asumía el máximo cargo del PTC y la República, se consideraba no como un ser privilegiado sino como un ciudadano corriente y un militante ordinario.

Cumplía sin falta las tareas asignadas por la organización partidista y se lo informaba a tiempo diciendo que eso constituía un deber del miembro del PTC.

Solía subrayar a los funcionarios que en el Partido no podía haber militantes superiores e inferiores ni disciplina doble, y los condujo con su ejemplo práctico.

Cuando fue organizada la primera célula en el comité organizativo central del Partido Comunista de Corea del Norte después de la liberación nacional, le ofreció antes que nadie su currículum vitae.

También durante la guerra contra la invasión norteamericana pasó en vela toda una noche redactando el informe *La situación actual y las tareas inmediatas* que rendiría en el III Pleno del Comité Central del Partido (21 de diciembre de 1950) y lo primero que hizo al día siguiente fue ir adonde el secretario de la célula a la que pertenecía para entregarle la cuota del Partido.

Cierta vez una de sus colaboradores se sorprendió mucho al ver el libro de recibo de cuotas partidistas de su célula, donde estaban registrados los sueldos mensuales y las cuotas correspondientes con las firmas del Presidente. Se creía una de los que conocían mejor sus nobles virtudes, pero le provocó una gran sorpresa que él recibiera una cantidad de sueldo equivalente a trabajadores ordinarios y pagaba cada mes la cuota partidista.

En una ocasión le preguntó si percibía el salario aunque esto le parecía una pregunta impertinente, a la cual él mostró incredulidad y luego, con una amplia sonrisa en el rostro, le replicó que él también era ciudadano del país y no había ninguna razón de que no lo percibiera.

Su actitud modesta de considerarse un ciudadano y un militante más impresionó a muchas personas.

Aun en conversaciones oficiales con políticos y personalidades

extranjeros en calidad de Secretario General del PTC y Presidente de la RPD de Corea, no disimulaba que cumplía las tareas partidistas.

Fue el 23 de junio de 1984 cuando él llegó en tren a Kirov dejando atrás Yaroslav de la ex URSS, en su camino de regreso a la patria luego de concluir la visita a los países socialistas de Europa Oriental cubriendo una distancia total de más de 24 mil kilómetros durante más de 50 días. Las autoridades de la localidad lo acogieron calurosamente con una pomposa ceremonia de bienvenida. Unos niños le entregaron ramos de flores y mientras esperaba la partida del tren con los anfitriones, el primer secretario del Partido en la provincia le pidió que continuara el viaje luego de descansar un día allí añadiendo que esta vez él hacía un viaje realmente largo.

El huésped se lo agradeció y dijo que esta vez tuvo que visitar los países socialistas europeos pese a larga distancia siguiendo una resolución del Partido y que los militantes debían cumplirla a toda costa.

Eran actividades exteriores oficiales que él realizaba como jefe de Partido y Estado. Sin embargo consideraba que así cumplía una tarea partidista, lo cual impactó a los extranjeros.

El 8 de octubre de 1962 tuvo lugar la elección de diputados para la III Legislatura de la Asamblea Popular Suprema.

Ese día por la mañana salió temprano de la casa para ir a una circunscripción electoral. Al tomar el coche le preguntó al ayudante si llevaba su carnet de identidad. Al instante este y el chofer se miraron perplejos, ya que pensaron que todos lo conocían bien, preguntándose quién le podría exigir el carnet al Presidente de la República. El interrogado le contestó que el Presidente no precisaba llevarlo y agregó que tenían poco tiempo para llegar a tiempo al lugar. Kim Il Sung le dijo que aunque podía votar sin el carnet, debía llevarlo sin falta.

Eran palabras sinceras de quien no admitía ninguna excepción en la observancia de las reglas establecidas para la elección. Continuó diciendo que nunca se consideró un ente privilegiado y que le llevaran el carnet aunque tuvieran que demorar y llegar un poco tarde a las urnas. Esperó que el ayudante se lo llevara, lo examinó en detalle para ver si tenía ningún desperfecto y lo guardó con sumo cuidado en el bolsillo interior pegado al pecho. Al llegar a la circunscripción lo sacó a la vista de los funcionarios correspondientes, recibió de ellos la papeleta y la metió en la urna. Creía que era una obligación ciudadana observar de forma voluntaria las leyes y los órdenes del Estado y adondequiera que visitaba observaba los reglamentos.

Cierta vez visitó una escuela donde se realizaba el examen de

graduación aunque estaba muy ocupado por un sinfín de quehaceres estatales. Los acompañantes no tuvieron tiempo de avisárselo a las autoridades del plantel. Llegó allí a eso de las nueve y media de la mañana. Reinaba el silencio en el recinto, puesto que todos los alumnos estaban haciendo la prueba en las aulas.

La escuela, que era un edificio viejo, tenía un vestíbulo estrecho y mal soleado y en él estaba sentada una alumna con brazalete de guardia, quien saludó al visitante sin reconocerlo.

El Presidente respondió a sus saludos y caminó despacio hacia el pasillo. De repente a su espalda una voz aguda que le exigía su identidad. Los acompañantes, muy perplejos, no sabían si sugerir a la niña que no lo hiciera o regañarla por lo que había hecho.

Pero Kim Il Sung, con una amplia sonrisa en el rostro, se mostró indulgente, se le acercó a la mesa que ella ocupaba, le dijo que tenía toda razón y tomó el libro de registro y el lápiz que le entregaba.

Accediendo a la demanda de la guardia, puso en el libro la fecha, el nombre de la persona a quien quería ver, el objetivo de la visita, su nombre y el cargo que desempeñaba. Cuando enderezó el cuerpo luego de registrar todo lo necesario, la niña que lo leyó todo quedó atónica. Volvió a mirar al visitante y luego el libro.

Muy emocionada, apenas alcanzó llamar al Presidente con una

voz casi imperceptible y se petrificó, muda, en el lugar donde estaba. Dos sentimientos opuestos se apoderaban de ella: la inmensa alegría de ver a aquel hombre a quien veneraba tanto y al mismo tiempo la vergüenza por no haberlo reconocido y obrado con imprudencia. Se pudo todo colorada. El afectuoso visitante acarició su cabeza con la mano, diciéndole que era una chica muy inteligente.

Fue él quien estableció en la RPD de Corea un excelente régimen de educación para las jóvenes generaciones y aunque estaba muy atareado observó el orden de la escuela accediendo de buena gana a la demanda de la guardia y la alabó mucho, lo cual emocionó a todos los que estaban presentes allí.

El Presidente se mostró muy franco en el estudio.

Poseía conocimientos profundos y amplios, pero se esforzó toda la vida por enriquecerlos. Adquirir más conocimientos mediante el estudio continuo era una meta importante de su vida.

En el discurso de conclusión pronunciado el 5 de septiembre de 1963 en el VII Pleno del IV Período del Comité Central del Partido del Trabajo de Corea, señaló que todos, sin excepción, debían estudiar sinceramente y que la ignorancia no es una culpa, pero pretender saber lo que no se sabe es una enfermedad grave.

En toda la vida odió y combatió con intransigencia los tres vicios:

fingir que uno es rico aunque es pobre, que es superior aunque es inferior y que sabe aunque es ignorante. De ellos creía que este último era el peor.

Para él la inclinación más peligrosa de las personas era la ignorancia de su fuerza y capacidad. Solía decir a los funcionarios que en cualquier trabajo uno asegura su éxito con el conocimiento exacto de su facultad y que solo al conocer exactamente su valía puede esforzarse por elevar su nivel y trabajar de acuerdo a su capacidad.

Calificaba de "turista" como una definición jocosa y "haragán" como una verdad escueta a aquellos que intentan disimular su ignorancia en el trabajo. Por eso en cada ocasión subrayaba que los funcionarios, sin excepción, deben reconocer francamente su ignorancia y aprender con sinceridad y que preguntar a otros lo que no saben no los desprestigia.

Con esa actitud sincera, a lo largo de toda su vida aprendió de las masas populares tomándolas como maestro.

En su discurso *Sobre algunas tareas inmediatas que se presentan ante las organizaciones partidistas de provincias*, pronunciado el primero de marzo de 1953 en la reunión consultiva de los presidentes del Partido de provincias, indicó que los funcionarios deben tomar

siempre como maestro al pueblo, aprender de él con modestia y realizar todas las labores apoyándose en él.

Lo consideró no solo como compañero revolucionario sino también como maestro que lo sabe todo y proporciona muchas opiniones constructivas. Con tal concepción lo trató modestamente y se esforzó mucho por aprender de él.

Si el libro era para él maestro mudo, el pueblo era maestro inteligente y erudito. Por eso ni una vez hizo caso omiso a lo que le decían.

Sintetizó de forma científica y sistematizó las demandas y aspiraciones de las personas de todo tipo para elaborar las líneas y políticas del Partido y el Estado y las guías rectoras de la revolución y la construcción, las cuales comprobarían su veracidad.

De veras era el hombre más grandioso que llevó toda su vida entre el pueblo aprendiendo con sinceridad de él.

Toda la vida entre el pueblo

Una vez un periódico surcoreano comentó:

"Una vez que se reúnen con el Presidente Kim Il Sung, todas

las personas, fascinadas de su personalidad, influencia y diplomacia extraordinarias, comportan como seducidos por la magia. A raíz de la entrevista de prensa que el ex Presidente norteamericano Jimmy Carter sostuvo después de su visita a la RPD de Corea, los círculos político y diplomático comentaron que él parecía una persona hechizada. No solo Carter sino todos los que se sentaron a hablar con el líder coreano abogan a favor de él."

En su entrevista con un periodista del diario tailandés *The Nation* con fecha de noviembre de 1999, a cinco años de su primer encuentro con el líder coreano, Carter, dijo que el Presidente Kim Il Sung era franco y modesto y esto hizo posible que la entrevista marchara bien.

Ante su sinceridad las personas percibían el calor ya en el primer momento y sentían el irresistible deseo de confesar los sentimientos más ocultos. Con una amplia sonrisa en el rostro, congeniaba con cualquier y gastaba bromas y chistes con palabras sencillas y comprensibles.

Atraía a las personas con el encanto de sus palabras cordiales.

El habla es el primer medio de las relaciones humanas y refleja el nivel intelectual de quien habla y al mismo tiempo el concepto y la actitud que este tiene de su interlocutor. Engels dijo que el lenguaje

es una conciencia práctica y real que existe precisamente para otros y siéndolo existe también para uno mismo. Una frase célebre que entraña el significado de que mediante la manera de hablar de una persona se decide su actitud ante las personas y se evalúan su forma de ser y su personalidad.

Las palabras amables de Kim Il Sung contenían sinceridad y franqueza. Se colmaban del respeto, amor y confianza.

Muchos deseaban verle, pero una vez que llegaba el momento sentían una gran tensión y ni siquiera le saludaban debidamente.

El Presidente lo comprendía bien y por eso trataba por todos los medios de disiparles esos complejos.

Era siempre el primero en dirigirles a otros saludos amables y cordiales esbozando una sonrisa amplia. Lo hacía a personas más corrientes como obreros, campesinos y niños. Apreciaba el trabajo que realizaban, se mostraba alegre de verlos y les preguntaba por la salud. Pese a su apretado programa de trabajo, sacaba el tiempo para conversar con ellos y aun así les pedía perdón por haber llegado tarde.

Abría el corazón a todas las personas haciéndole caso omiso a su cargo o nacionalidad. Con saludos respetuosos e íntimos aflojaba la tensión que sentían y las atraía inmediatamente.

Hablaba con franqueza empleando términos comprensibles. Con sus saludos afables mitigaba la tensión y sugería al interlocutor su deseo de sostener un diálogo sincero. Y no tardaba en hipnotizarlo y atraerlo con una fuerza irresistible.

Utilizaba términos amenos y comprensibles tanto cuando platicaba con funcionarios y trabajadores como cuando rendía un informe o pronunciaba un discurso en una importante reunión del Partido y Estado. Obreros, campesinos, intelectuales y artistas no creían que estuvieran hablando con un jefe de Estado.

Era un gran ideólogo y eminente político, pero no lo parecía cuando hablaba con funcionarios y niños. Los cautivaba con sus palabras, transmitiéndoles sin demora su contenido y objetivo.

Selig Harisson, miembro de la Fundación Carnegie de EE.UU. quien conversó con él en mayo de 1972, confesó:

"Recibía preguntas cómodamente, era cooperativo y respondía con palabras fáciles de entender. Era una persona afable y atraía a otros con su gran encanto."

Solía usar metáforas y expresiones lúcidas. Aun a la hora de concebir teorías ideológicas o presentar problemas políticos, utilizaba frases célebres y comparaciones. Ilustraba sus explicaciones con palabras de uso frecuente y cotidianas.

Definió la sociedad ideal que verifica la independencia del ser humano como comunidad donde el pueblo viste de seda, come arroz blanco con caldo de carne y vive en casa de teja. Catalogó el transporte ferroviario, vanguardia de la economía nacional, como arteria del país. Para referirse a la buena salud y longevidad, decía *gozar de la juventud a los 60 años y recibir la mesa del sexagésimo aniversario a los 90*. Respecto a la vida partidista describió que la vida de los militantes fuera del control de las organizaciones es tan peligrosa como separar al bebé del regazo de la madre. A los funcionarios les exigía trabajar con prudencia y discreción contándoles que mientras el mono cae al suelo por saltar la cerca jactándose de su capacidad, la serpiente jamás comete ese error pues se desliza por ella pensando en la seguridad.

Aun para asignarles tareas o señalarles errores, no les daba instrucciones ni les impartía órdenes, sino les contaba interesantes historias o refranes que los inducían a comprender lo que él pretendía.

Fue el 13 de marzo de 1959 cuando visitó la Fábrica de Cerámica de Kyongsong.

La recorrió informándose del estado de la producción y en el taller de selección cogió un plato para mirarlo atentamente. Su calidad mejoró, pero todavía era grueso, el color no era tan blanco

y el tamaño no era uniforme. Reparó en esos detalles, pues su deseo era ofrecer a la población utensilios de cocina de mejor calidad.

Al abandonar la fábrica recorrió con la vista a las muchachas moldeadoras que salieron a despedirlo y les dijo sonriendo que las porcelanas que fabricaban no eran tan bonitas como ellas. Les sugirió acicalarlas con esmero al igual que por la mañana, luego de levantarse y lavarse la cara, se maquillan ante el tocador. Su descripción provocó la risa de todas ellas.

Un rato después señaló que fabricarlas es un arte que requiere delicadeza y precisión y les preguntó si podían elevar la calidad de productos de los actuales tres puntos a cinco puntos. Al escuchar la respuesta afirmativa de las obreras abandonó la fábrica.

Si cinco es la máxima puntuación, tres es rayano al dos que significa la desaprobación. Pero el Presidente no reprendió a las operarias sino con metáfora les recordó la posición que debían ocupar en la producción.

En realidad las mujeres aspiran a la belleza y se maquillan cada día para embellecerse más, lo cual es una de sus actividades cotidianas y un deber como flores de la sociedad. A la comparación de la producción con ese detalle de la vida no habría una sola mujer que se mostrara indiferente.

Después la fábrica logró mejorar la calidad de los productos y él la volvió a visitar. Preguntó al ingeniero jefe si tenía hijos y lo animó a aumentar la cantidad de los productos y diversificarlos diciendo que para cumplir bien el papel de padre había que incrementar la producción de tazones de arroz para niños.

A los cuadros y las obreras de la fábrica les remordió la conciencia que el visitante gastara bromas en lugar de criticarlos o reprenderlos. Se esforzaron mucho por mejorar la calidad de porcelanas, diversificarlas e incrementar su cantidad, empeño en el que obtuvieron un gran éxito.

El 16 de julio de 1964 los maestros de la Escuela Secundaria de Yaksu en el distrito de Changsong realizaron una función artística en presencia del Presidente, pero durante ella no lograron armonizar bien las melodías, un craso error en un momento en que debían lograr el máximo nivel de interpretación.

El cuadro de la escuela, muy perplejo, no supo qué hacer, pero el Presidente los animó con aplausos y les dijo que podían mejorar si insistían, empleando proverbios como *Alcanza quien no cansa* y *Obra empezada, medio acabada*.

Terminada la función, salió a la sala de descanso donde volvió a elogiar la actuación de los niños, diciendo que lo más importante

era el entusiasmo y la movilización general y que el elevado afán aseguraba el desarrollo ininterrumpido.

Sus palabras entrañaban el sentido profundo de que anteponía el entusiasmo a la habilidad, que confiaba en que con los esfuerzos podían formarse mejor en lo artístico y que lo más importante era que habían dado los primeros pasos.

Por medio de sus humores y cuentos de la vida amenizaba el ambiente y entretenía a los interlocutores.

Cuando veía platos especiales como pollo o cuajada de soya, preguntaba si hoy celebraban alguna fiesta, y otros comensales se morían de risa. Subrayaba la necesidad de vivir a nuestro modo y con nuestra propia convicción mediante una fábula entretenida sobre un gorrión impertinente que en su afán de extender la pata imitando la cigüeña se le desgarró y se fue de este mundo. Una vez entró en un aula de alumnos de nueva matrícula, donde vio a un travieso con rasguños en la rodilla. Se inclinó para acariciarle la herida, le preguntó en qué "combate" fue herido y se partió de risa con los niños.

Solía gastar humores y bromas en diálogos y banquetes con extranjeros o compatriotas en el ultramar e incluso con jefes de Estado o Gobierno.

Antes de la liberación coreana en una base de entrenamiento de Oriente Lejano ruso, para ayudar a salir del apuro a un oficial ruso que se horrorizaba con la idea de que su mujer se enterara de que él se hubiera comido una rana, le dijo a ella que él le había servido a su esposo un "pollo celestial", manjar reservado exclusivamente a los vips y al imitar el cacareo hizo que todos los reunidos rieran a carcajada limpia. En su plática con una delegación de artistas chinos, les contó la leyenda coreana sobre las ocho hadas del monte Kumgang y con un semblante de lástima dijo que si entre ellos había algunos mozos sería bueno que fueran a los ocho remansos para conocer a las hadas. En el banquete en honor a su cumpleaños 80 mientras comía con otros jefes de Estado los fideos en caldo frío servidos en el ancho platel les contó que antes los gobernantes feudales los comían cada cual con una kisaeng (muchacha instruida para la música y la danza que entretiene a los hombres en ciertas reuniones –N.T.), sentados uno al frente de la otra y con el plato en el medio, y todos rieron a mandíbula batiente.

Chuji Kuno, miembro de la Cámara de los Representantes del Partido Liberal Democrático y ex ministro de jefe de Correos de Japón, quien se entrevistó con muchos jefes de Estado y Gobierno extranjeros, dijo que a la hora de hablar un jefe de Estado este toma

en cuenta su condición como tal y la autoridad o el poderío de su país y por consiguiente la plática suele ser sumamente oficial y sus actos afectados e dominantes.

Su descripción hace conjeturar cómo son por lo general las charlas con los jefes de Estado.

A diferencia de ello, Kim Il Sung trató a todos con sentimientos francos e intercambió con ellos opiniones de la vida humana.

Sin ver la vida de una persona, no se puede conocerlo ni hablar de él. Por ende, el líder coreano, al reunirse con las personas, quiso hablar primero del aspecto humano antes que el trabajo y prestó más atención a trabar lazos humanos que a las relaciones de trabajo.

Por eso ponía sobre el tapete los temas de vida. Le gustaba mucho hablar de la vida en un ambiente familiar.

Cuando llamaba a los funcionarios, antes que discutir las labores, les preguntaba por la salud y la familia. Cuando se reunía con los trabajadores averiguaba primero la edad, la tierra natal, los padres, etc. En los albergues se informaba, antes que nada, de las condiciones de lavado y baño y la calefacción de las habitaciones. En las viviendas preguntaba primero por el agua y el combustible para la cocina.

Aun con los extranjeros charlaba sobre los detalles de la vida.

Durante una visita a la ex URSS preguntó a los funcionarios rusos si a ellos también les gustaba el picante y los invitó a comer el *kimchi* (una lechuga encurtida y condimentada) de pepino y el licor de *insam*. Cuando les proponía un brindis les dijo que por costumbre los rusos primero beben el vino y después comen el pescado. Diciendo que son buenos el vestido nuevo y la amistad vieja, llamó amigo íntimo a un funcionario ruso que por más de 30 años trabajaba por la amistad de ambos países.

Podía hablar de cualquier tema, desde los detalles de la vida cotidiana hasta el folclore, los hábitos y la comida de los extranjeros.

No le agradaba el lenguaje florido. Sus palabras sencillas, claras y con ideas bien definidas atraían a multitudes y nunca repugnaban. Lo buscaban para escucharlo y en sus semblantes se dibujaba la sonrisa en todo momento.

Se llevaba con el pueblo sin ningún cumplido ni distanciamiento. Actualmente en todas las casas cuna y jardines infantiles de Corea se puede ver una impresionante pintura al óleo en el que el líder coreano está entre los niños. Él está sentado en un banco del parque dibujando una sonrisa radiante en el rostro y varios niños lo cercan: uno ríe llevando el sombrero del líder algo inclinado hacia un lado y otro le rodea el cuello con las dos manos para susurrarle algo al

oído. Todos los niños están rebosantes de alegría por estar junto con el líder abuelo.

Es un cuadro histórico que muestra los lazos consanguíneos trabados en Corea entre el líder, el pueblo y los niños. Describe a un gran hombre que estableció una moralidad, ética política y relaciones humanas sin precedentes en la historia humana.

Si la intimidad y el calor embellecen la lengua, el noble carácter de quien se lleva bien con todos hermosea su acción.

En toda su vida Kim Il Sung vivió y laboró con las personas sin distanciamiento alguno, partiendo de su concepto de considerar al pueblo como el cielo. El amor, el respeto y la abnegación al pueblo eran el sustento espiritual que le posibilitó vivir como máximo dirigente del Partido y el país que no se permitía ningún distanciamiento con el pueblo.

En octubre de 1971, Ryokichi Minobe, gobernador de Tokio, visitó a Pyongyang.

Durante su estancia, recibió un fuerte impacto de la realidad de la Corea socialista en constante desarrollo, pero siguió sin poder despejar una incógnita: el Presidente Kim Il Sung iba a cualquier lugar que quisiera, fábricas, granjas, sin restricción alguna. El visitante ejercía la suprema autoridad sobre la capital japonesa,

pero ni siquiera podía recorrer libremente las calles. Poco antes de abordar el avión con destino a Pyongyang estuvo a punto de ser atacado por unos gánsteres de ultraderecha.

Le preguntó al líder coreano si no le pasaba nada aunque él fuera adonde quisiera. Este le explicó la política del Partido del Trabajo de Corea sobre los comerciantes e industriales y los intelectuales viejos. Continuó diciendo que no tenía por qué temerle al pueblo y que él iba a donde construían viviendas, a las fábricas y pasaba la noche en el campo.

En toda su vida mantuvo una relación estrecha con el pueblo, a quien respetaba y veneraba. Cierto día, unos campesinos que desyerbaban las parcelas corrieron a su encuentro. Él los invitó a sentarse a la sombra diciendo que lo merecían por haber sudado cultivando la tierra y él mismo se sentó bajo el sol para charlar con ellos.

Consideró a las masas populares, encargadas directas de la revolución, como compañeras revolucionarias valiosas con quienes compartir la vida y el peligro de la muerte, como puntales insustituibles y encontró el júbilo de la vida en congeniar con ellas.

Toda la vida estuvo entre el pueblo pues eso era lo que él deseaba. Y lo hacía a cualquier hora y en cualquier lugar.

Si su fundamento espiritual era respetar al pueblo como al cielo, relacionarse íntimamente con él era el clave importante para cumplir las tareas revolucionarias.

Siempre trató a las personas sin distanciamiento alguno.

En todos los casos abogó por los intereses de las masas y se apoyó incondicionalmente en ellas. Consideraba como más valiosas y favoritas las horas en que estaba con ellas.

Un día el redactor jefe del periódico de India *Indian Times*, que visitó a Pyongyang para festejar el aniversario 55 del natalicio del Presidente coreano, fue a verle a una localidad donde él estaba para la dirección sobre el terreno.

El mandatario coreano le dijo que él casi no celebraba su cumpleaños, que si él estuviera en Pyongyang muchos funcionarios y otras personas lo visitarían para felicitarlo, que para evitarlo y también para dirigir sobre el terreno había ido a esa localidad y que le gustaba más pasar el cumpleaños con obreros y campesinos que participar en un banquete en Pyongyang.

Muchas veces en que tenía algún indicio de que hacían preparativos en festejo de su cumpleaños "se evadía". Durante un viaje de orientación a una localidad canceló el plan de regresar a la capital con motivo de una fiesta nacional y la pasó con los lugareños.

Así él que merecía la bendición de todos, se contentaba con pasar el cumpleaños y los días festivos con las más ordinarias masas laboriosas.

Su vida entera transcurrió donde podía escuchar el aliento del pueblo y observar directamente su existencia.

El 10 de octubre de 1957 en que el Partido del Trabajo de Corea celebraba su duodécimo aniversario, él estuvo de trabajo en la provincia de Phyong-an del Norte.

Al conocer la noticia de su visita a su zona, un grupo de alumnos de la Escuela Secundaria de Tongju fueron en su busca tan pronto como terminaron las clases y al verlo a la orilla opuesta del río vitorearon dando saltos.

Kim Il Sung les agitó la mano y los muchachos, sin pensarlo dos veces, navegaron hacia él y antes de que el bote llegara a tierra firme saltaron al agua y corrieron hacia él chapoteando. Cuando todos se aglomeraron en torno a él, les preguntó si terminaron las lecciones y si aprendieron mucho.

Ante esa muestra de cariño, disputaron para tomar los brazos del Presidente sin siquiera reparar en que tenían la ropa toda mojada. Los funcionarios acompañantes, muy perplejos, trataron en vano de persuadirlos a no cometer esas indiscreciones. Sin aguantar más,

uno de ellos les gritó que no debían proceder así y solo entonces los estudiantes empezaron a retirarse, pues se dieron cuenta de sus impertinencias.

Sin embargo, el Presidente le dijo a ese funcionario que dejara acercarse a los niños y que si bien él no pudo visitarlos a la escuela por la intensa agenda, ellos fueron a verlo. Los llamó otra vez con la mano y los muchachos que se habían apartado un poco volvieron a aproximársele.

Les preguntó qué iban a hacer cuando fueran grandes y apoyó sus sueños. Proponiéndoles tomarse la foto antes de que se pusiera el sol, los llevó a un lugar cubierto de césped. Todos forcejeaban para estar más cerca de él y no había forma de enmarcar a esa multitud movediza con el Presidente en el centro.

Este le dijo al fotógrafo, que por tal razón no se decidía a apretar el disparador, que enfocara a un alumno situado en el centro del grupo, que era importante que los muchachos salieran bien en la foto y que se apurara porque estaba atardeciendo.

Fue una escena emocionante en que el padre y los hijos se fundieron en un todo armonioso. La foto se registra en la crónica de la revolución coreana como cuadro perpetuo de amor a las jóvenes generaciones.

Solía subrayar a sus acompañantes que no le impidieran el acercamiento al pueblo. Con toda sinceridad decía que en fábricas obreros lo rodeaban para decirle cosas sin ambages y en el campo campesinos platicaban con él sentados cara a cara, que jamás debían detenerlo, que el pueblo quería verlo y él también lo deseaba, que se sentía alegre al reunirse con él y este lo considera como dicha, que era natural que se preocuparan por su seguridad, pero lo hacían en vano, que nuestro pueblo confiaba de corazón en el Partido y lo seguía con sinceridad y que él también creía en él y lo respetaba.

Sentía mayor placer entre el pueblo.

Durante la guerra cuando conversó con unos combatientes ejemplares en una ordinaria casa campesina les dijo que se acercaran más y así la reunión se volvía más íntima. Charló con ellos, propuso organizar una recreación y él mismo cantó la Nostalgia. Que el Comandante Supremo cantara ante los soldados no era una mera manifestación sentimental, sino un himno al humanitarismo de quien abandonaba el concepto de cargo en sus relaciones, en las que deseaba ser un militar más.

Cierta vez en la isla Turu se encontró con un campesino labrando la tierra. Cuando le tendió la mano, él vaciló un poco y se puso a frotar con los pantalones sus manos ensuciadas con el abono y el

líder coreano le tomó afectuosamente la mano, diciéndole que eso no le importaba y que él sabía cómo son las manos del labrador.

Son muchas las fotos que muestran su gran intimidad con las personas con quienes se retrató. De ellas llaman atención aquellas en que él aparece con el campesino An Tal Su tomándole del brazo; con Ri In Mo, indoblegable patriota consagrado a la reunificación nacional y sentado sobre una silla de ruedas, posándole una mano sobre el hombro; con los hermanos huérfanos de Choe Yong Ok conversando y tomándoles las muñecas; y con unos trillizos protegiéndolos en su regazo, cual abuelo a los nietos, satisfecho de que hubieran crecido tanto.

Era tan afable en el trato con las personas que algunas que no lo reconocían lo tuteaban y actuaban sin urbanidad.

Durante la Lucha Revolucionaria Antijaponesa se familiarizaba tanto con los civiles que algunos confundían al Comandante Supremo con el secretario de la zona guerrillera. Poco después de la liberación nacional entró en un restaurante y trató a otros sin ningún distanciamiento y un campesino le pidió en voz alta un cigarrillo.

No eran excepción los extranjeros de diferentes nacionalidades, razas y lenguas. No se sujetaba al protocolo y trataba con amabilidad y franqueza a todos.

Su visita a Mauritania puso al presidente africano en un gran apuro, pues aunque lo había visitado, no creía que él visitaría de veras a su país atrasado y de gran escasez. No era para menos. No tenía una sola casa de protocolo, una sala de entrevista ni un salón de banquete apropiados para recibir a un visitante tan prestigioso. Decían que hasta su esposa francesa no supo qué hacer ante la noticia de la visita del mandatario coreano.

Pero este les disipó toda la preocupación diciéndoles que le gustaba mucho vivir en la tienda de campaña, que lo había hecho durante 15 años de la lucha guerrillera y que no había ningún motivo de que lo detestara ahora cuando era jefe de Estado.

Alentados por la sencillez del huésped que respetaba su vida pastoril, durante el banquete los anfitriones le sirvieron según sus costumbres. Contento de que él comprendiera su modo de vida, el presidente mauro se lavó las manos y con ellas le sirvió la axila de oveja, diciéndole que esa parte era la más sabrosa. El visitante no se molestó en absoluto y la aceptó de buena gana.

Era una costumbre mauritana llenar de arroz el vientre de la oveja, asarla entera, ponerla sobre la mesa y comerla con las manos. Aun a los huéspedes se la servían con las manos y solo cuando estos la aceptaban varias veces sentían intimidad con ellos.

Si se atiene al hábito alimentario de los coreanos, no resulta nada agradable tomar la comida servida con la mano por otra persona, pero Kim Il Sung respetó a los mauritanos. Experiencias similares tuvo también durante sus visitas a Argelia y Mongolia. Durante su visita a una huerta de guindas en Bulgaria, pese a la disuasión de sus acompañantes, colocó al hombro la pértiga con una cesta llena de frutas en cada uno de sus extremos y se fotografió con los lugareños, según la costumbre que tenían para los huéspedes de honor.

Respetaba, antes que la cortesía diplomática, las tradiciones y hábitos de los extranjeros y apreciaba su amistad, por lo cual se llevaba bien con ellos adondequiera que fuera y agilizaba el trabajo.

Tanto en las relaciones con coreanos como con extranjeros apreciaba más que nada el aspecto humano y los trataba sin cumplido alguno. Por todo ello, su nombre, autoridad y fama perduran en la memoria de la humanidad.

Vida modesta

Samcholli, revista que se publicaba durante la dominación colonial japonesa, publicó una entrevista con Kim Jong Bu, terrateniente

patriótico que conoció a Kim Il Sung en los cuatro meses de su permanencia en el campamento secreto del Ejército Revolucionario Popular de Corea, desde fines de agosto de 1936 hasta comienzos de 1937, en la cual describe:

"Es un hombre alto. Tiene una voz sonora y su tono me sugiere que proviene de la provincia de Phyong-an. Tiene menos de treinta años, mucho más joven de lo que me imaginaba. Habla con fluidez el chino. No lleva ninguna divisa de comandante. Lo comparte todo con los subalternos, el uniforme, la comida. Supuse que este detalle muestra su influencia y magnanimidad."

Era un trabajo que transmite relativamente pormenorizada y objetiva la franca impresión que tuvo el entrevistado de los rasgos excepcionales del jefe guerrillero, pese a la censura del imperialismo japonés.

Como narra la revista *Samcholli* Kim Il Sung fue modesto a cualquier momento y lugar, lo cual fue una de sus peculiaridades como hombre grande y sencillo al mismo tiempo.

Comprendía mejor que nadie el valor y sentido de la vida modesta en la formación de la personalidad y la lucha revolucionaria.

En cuanto a la auténtica vida del hombre tenía la concepción de que cuanto más modesta, mejor aun. La vida le enseñó que con la

modestia uno puede desarrollar su personalidad, gozar el respeto y amor de las masas y llevarse bien con ellas en el trabajo y la vida. Lo acentuaba con frecuencia a los funcionarios y daba el ejemplo.

Desde los primeros días de su lucha hasta los últimos días de su vida no abandonó este principio.

Su nobleza se basaba en su honestidad, que iba más allá de la imaginación humana por su singular concepto del bien del revolucionario.

Desde que emprendió la lucha revolucionaria, veía en la idea sublime y noble espíritu la riqueza más noble del revolucionario. En toda su vida conoció a muchas personas, pero el hombre a quien reconoció como verdaderamente rico fue Kim Ju Hyon, intendente típico del Ejército Revolucionario Popular de Corea.

Dedicó todo lo suyo al abastecimiento de los guerrilleros tanto cuando era oficial de intendencia como cuando se convirtió en jefe de regimiento. En ese empeño cayó heroicamente. Coleccionaba miel de abeja silvestre para los pacientes del hospital en retaguardia y fue sorprendido por la unidad "punitiva" del ejército japonés.

Al revisar la mochila que había dejado a su muerte, vieron que estaba vacía. El calzado de reserva que debían llevar todos los guerrilleros se lo dio el día anterior a su muerte a un soldado a quien

el suyo se le había roto. En total había conseguido para la guerrilla una enorme cantidad de arroz, tela y calzados, pero lo único que dejó para sí fue una mochila vacía. Hablando de la riqueza, era un desposeído.

Recordando aquel suceso el Presidente narra en sus memorias ***En el transcurso del siglo***: *Aspirar a la felicidad constituye un atributo connatural del ser humano. Hay muchos que valoran sólo el oro. Desde la óptica de esas personas, Kim Ju Hyon puede considerarse un proletario que no tenía nada. Empero, afirmo que era, en realidad, un gran rico, porque guardó hasta el último momento de su vida una sublime idea y espíritu que no se podían comprar ni cambiar por ninguna cantidad de oro*.

Por su elevado concepto, llevó toda una vida honesta, valorando el legado ideológico y espiritual de sus padres como herencia incomparable con ninguna material.

Para él el dinero y el bien material tenían sentido únicamente para el bienestar del pueblo. Jamás los vinculó con su vida.

Cuando un funcionario, viéndolo destinar el sueldo a los gastos del trabajo, le entregó un plus, él le dijo que no se debía violar la disciplina financiera del Estado y exigió restituirlo. Cuando en una sesión del Consejo de Ministros se planteó el asunto de que el

salario del rector de la Universidad es más alto que el del Primer Ministro, cargo que él fungía en aquel entonces, hizo hincapié en que poco importaba el puesto y que el rector se lo merecía porque era científico.

Si bien atendía cuantos quehaceres estatales importantes y se consagraba a la revolución coreana, rechazaba invariablemente la oferta del aumento salarial.

Desde que era niño no le interesaba el dinero. Los padres nunca se lo daban. Usaba cuadernos y lápices que le compraba la madre. Cuando se iba de casa para dedicarse a las actividades revolucionarias, ella le dio 20 *wones* que había acumulado lavando a diario la ropa ajena. Se los dio no para los gastos cotidianos sino para cuando se hallara ante una adversidad que podría superar solamente con el dinero.

Una de sus máximas era que si uno se vuelve esclavo del dinero u otras riquezas materiales, no toma en ninguna consideración el partido, el líder, la patria y el pueblo y a la larga se convierte en la escoria de la sociedad que ignora hasta a sus padres, esposa e hijos.

Partiendo de esa divisa, destinó todos sus ahorros al bienestar del pueblo.

En noviembre de 1993 en la granja cooperativa de Wonhwa

del distrito Phyongwon, provincia Phyong-an del Sur, tuvo lugar solemnemente el acto de balance y distribución de la cosecha y se adoptó la resolución de entregar 102 mil y 485 wones, como ahorros de más de diez años, al Presidente quien estaba registrado como su miembro honorario desde la época de la cooperativización agrícola socialista.

Era una expresión de gratitud al Presidente que ya en los días de la guerra aclaró el camino a seguir por la granja sembrando con los campesinos y atendió esmeradamente su vida económica.

Al informarse de la ceremonia, Kim Il Sung dijo que cien mil *wones* no era una cifra nada despreciable, que con esa cantidad de dinero uno se hacía rico, que cuando se organizaba la granja cooperativa los campesinos no tenían un colchón que valiera la pena y de tanta alegría se puso a canturrear: *¿Qué hago con toda esta retribución?*.

Ahora que soy un rico, voy a hacer una dádiva a manos llenas, dijo y recomendó comprarle a la granja tractores, camiones y máquinas agrícolas para su mejor dotación técnica. Unos días después se sentó a calcular con su secretario jefe el monto del dinero necesario para su compra y al percatarse de que ascendía a 104 mil 300 *wones*, unos 1 800 *wones* más que sus ahorros, le pidió prestado lo que faltaba

prometiéndole que se lo devolvería en la próxima retribución.

Así fue como un total de 22 tractores, remolques y camiones arribaron a la granja seguidos de una larga procesión de agricultores que cantaban y bailaban.

Al escuchar ese episodio conmovedor, un político europeo dijo que por primeva vez en su vida oía decir que un jefe de Estado percibía la retribución en calidad de campesino de honor, que con ese dinero había comprado y enviado a la granja tractores y camiones y que esto era como un cuento de hadas, inaudito en decenas de miles de años en que el hombre cultiva la tierra.

Fue un hombre honesto respecto a los bienes del Estado y el pueblo y en su vida cotidiana. Diferenciar claramente el asunto público del privado fue una posición que mantuvo invariable. Pensaba que si no lo hacía, atentaba contra los intereses del pueblo.

Una vez cuando se dio cuenta de que habían llevado a su jardín catorce árboles frutales para transplantarlos, hizo devolverlos cuanto antes a la granja frutícola reprendiendo que eran bienes valiosos que se legarían a la posteridad y era inaceptable que arrancaran de cuajo esas plantas cultivados con gran celo por los granjeros. Cuando visitó a una localidad supo que algunos funcionarios movilizaron a las masas para reparar caminos y construir una casa para su mayor

comodidad. Les preguntó por qué habían movilizado a la gente en aquella temporada muy atareada y si tenían algún derecho de dilapidar el patrimonio estatal que era a su vez del pueblo y les reprendió duramente exigiéndoles asumir plena responsabilidad de los daños que pudieran ocasionar al bien estatal.

Son numerosas las anécdotas sobre la pureza y la honestidad de aquella figura quien bajo ningún concepto hacía la más mínima concesión a los que usurpaban las riquezas del Estado y el pueblo.

Proponía la construcción de magníficas casas para el pueblo, pero nunca para sus abuelos que habían sufrido tanto. Decía muy dolorido que él no había nada en su beneficio y que solamente le compró a la abuela un par de espejuelos de aumento. Tal era la tradición de la familia de Mangyongdae.

En cada oportunidad subrayaba a los funcionarios la necesidad de vivir en un nivel que superara jamás el promedio de la población y daba su ejemplo. En los días que le siguieron a la liberación del país rectificó la cantidad del suministro de los funcionarios diciendo en tono severo que ni el Primer Ministro era una excepción en el suministro. Este reglamento regía también su vida privada. El consumo de la familia dependía enteramente de su salario y los gastos no excedían a la cantidad establecida por el Estado.

Coreanos de dentro y fuera del país y personalidades extranjeras le obsequiaron muchos regalos deseándole una larga vida y buena salud, pero estos se destinaban al pueblo. En las tiendas compraba con el vale artículos de consumo masivo y los regalos que recibía los enviaba a los que trabajaban en los sectores más difíciles y a las personas de mérito.

La Exposición Permanente de Amistad Internacional, situada en el pintoresco monte Myohyang, es un gran monumento de la época del Partido del Trabajo de Corea. En él se exhiben numerosos regalos que le habían hecho al líder coreano jefes de Estado, Gobierno y Partido, otros personajes célebres, agrupaciones e instituciones de todos los rincones del mundo. Su denominación y la visita a ella de numerosos coreanos y extranjeros parten de un motivo bien comprensible.

Antes Corea tuvo que entregar regalos raros y preciosos a otros países, pero desde que tuvo a Kim Il Sung al mando del Partido y el Estado recibió un sinfín de obsequios de muchos países. Eran muestras de reconocimiento y elogio a su idea, dirección y méritos y al mismo tiempo de confianza y atracción.

Pero él jamás pensó que eran únicamente suyos. Decía que todos ellos pertenecían no a él sino al Estado y se precisaba conservar

debidamente en un muestrario aquellos tesoros nacionales de gran valor histórico. Así confería al pueblo coreano toda la gloria que le correspondía.

Cuando habilitaron la exposición, enclavada en el lugar más cotizado del Myohyang, se refirió a la necesidad de conservar apropiadamente los valiosos regalos y exhibirlos a los coreanos y extranjeros, recalcando que de lo contrario las futuras generaciones vituperarían a la de hoy. Fue así como ella fue bautizada con el nombre actual y recibe a diario a innumerables visitantes de todas las latitudes del mundo.

En una rueda de prensa un surcoreano dijo que por vez primera oía decir que un jefe de Estado propuso levantar tamaña exposición para el pueblo, que si bien no lo había visto nunca, por ese objeto real percibía sus bellos rasgos y le daba por pensar que era el hombre cada vez más respetable y venerable.

Los políticos de otros países no suelen publicar los regalos que reciben. Los guardan o utilizan como propiedad privada, considerándolos como expresión de respeto a su personalidad y autoridad. Aun cuando se los muestran a otros, por regla general los toman como un medio de la autoestima.

Pero el Presidente los convirtió todos en patrimonio nacional

y símbolo de la dignidad y poderío del pueblo. Recorrió todos los acervos y vestigios históricos del país como la Exposición Permanente de las Tres Revoluciones, el Museo de Historia e incluso el mausoleo del rey Tongmyong, pero nunca estuvo en el muestrario de sus regalos. Algo propio de un revolucionario que lleva una vida honesta tomando como mayor riqueza la idea noble y el espíritu sano.

Era sobrio en comer, vestir y en todos los demás aspectos de la vida.

Se sentía satisfecho de dedicarse a la revolución aunque tuviera que comer arroz en agua y con pasta de soya. Sus platos predilectos eran de lo más corrientes. Sus platos cotidianos eran arroz con otros varios cereales, sopa de pasta de soya, guisos en pasta de soya, ajo en salsa de soya, *kimchi*, ensalada de hierbas silvestres, escabeche de camarones pequeños, etc. Prefería también fideos de patatas congeladas, gachas de maíz sin moler, *tok* de papa, calabaza cocida, etc.

Dijo que lo más sabroso en el mundo era la sal, porque la sal es un condimento indispensable en la vida alimentaria del pueblo.

Una vez su abuela Ri Po Ik dijo a un funcionario que fue a verla para lamentarle su incapacidad para ofrecerle al Presidente los platos

especiales: "Te entiendo. Pero nuestro General nació con el talle del pueblo. Y nadie, ni siquiera yo que soy su abuela, puede cambiarlo."

También llevaba ropas y calzados de lo más ordinarios. Fue una mañana de comienzos de julio de 1984 en que dirigía sobre el terreno las labores de las provincias de Hamgyong del Norte y de Ryanggang luego de visitar a los países socialistas europeos.

Los funcionarios que le acudieron para saludarle se asombraron mucho al ver lo muy joven que se veía. Llevaba una chaqueta formal con corbata y esbozaba una amplia sonrisa en el rostro.

Recibiendo sus saludos, les dijo: "¿Así que estoy elegante? Debería admitirlo porque los veo alegres a ustedes." También les contó el motivo de aquel cambio de su vestimenta.

Fue el estimado compañero Kim Jong Il quien le envió ese traje. En su última visita al bloque socialista europeo, llevaba un traje con cuello cerrado mientras otros miembros de la delegación tenían puestos la chaqueta de ceremonia. Eso afligió tanto a Kim Jong Il que le envió una nueva chaqueta tan pronto como él retornó a la patria. Usted que hasta hoy ha sufrido mucho sin quitarse el uniforme militar y el traje con cuello cerrado, debe descansar desde ahora, en chaqueta formal, le recomendó y le añadió que a partir de ese momento él atendría los quehaceres estatales en lugar

del Presidente, llevando el traje con cuello cerrado.

Mientras lo contaba, el Presidente sacó del chaleco el reloj de bolsillo bañado en platino que se avenía con el vestido, en un evidente intento de lucirlo.

El reloj, con cuadrante y números grandes, era también un regalo de Kim Jong Il. Dijo que esa vestimenta parecía quitarle todo el cansancio acumulado desde el período de la Lucha Revolucionaria Antijaponesa.

Esa nueva forma de vestir asombró tanto a la comunidad internacional que días después una agencia noticiosa capitalista expresó su duda del motivo que indujo al mandatario coreano a cambiar su modo de vestir al que estaba acostumbrado por decenas de años e interpretó a su manera que acaso eso podía significar un "nuevo cambio de la política norcoreana".

Es natural que tuvieran tan incógnita. Pero era del todo comprensible que ese cambio los sorprendiera, pues estaban familiarizados con la imagen del líder coreano en traje con cuello cerrado.

Se había puesto la chaqueta formal en el año en que se liberó el país. Los ex combatientes antijaponeses que lo colaboraban de cerca decidieron confeccionarlo al Comandante que retornó triunfante

a la patria con el uniforme militar chamuscado en las llamas del combate. Consiguieron la tela y con ella le confeccionaron una chaqueta color marrón y con rayas y una camisa. Él los recibió con alegría diciendo que le quitaron la preocupación de no tener un traje para salir. Tenía que hacer el discurso triunfal y encontrarse con personalidades de distintos sectores en la patria liberada. Cuando un ex combatiente le dijo que mandaría a confeccionar una chaqueta más como reserva, le dijo tajantemente que le bastaba con el que le habían hecho. Siguió diciendo que si bien se había liberado la patria muchos no se despojaban del harapo que llevaban puesto, que él no podía permitirse ese lujo y que lo haría cuando aceleraran la construcción de una nueva patria y todo el pueblo vistiera con elegancia.

Fue así como por primera vez en tal chaqueta él hizo el discurso triunfal ante una gran multitud de capitalinos y visitó a Mangyongdae para encontrarse con sus abuelos, tal como constatan los documentales y las fotos.

Pero no volvió a ponérsela hasta que el gran General Kim Jong Il le obsequió uno nuevo. Constantemente se preocupaba por la vestimenta del pueblo y pensaba que aun era temprano para ponerse una chaqueta de excelente calidad.

Exigía lo mismo a los familiares. Aunque sus compañeros de armas querían comprar buenas ropas a sus abuelos que habían padecido mucho durante la dominación colonial japonesa, no se lo autorizaba, pidiéndoles que se lo hicieran cuando todo el pueblo viviera felizmente. A los funcionarios que se sentían apenados por no adquirir ropas de calidad al abuelo del Presidente, este les dijo que no se preocuparan tanto, que él estaba contento de tener a un general que se preocupaba por todo el pueblo y que desde la antigüedad quien se distrae con los quehaceres domésticos no se hace un hombre grande.

En toda su vida hizo viajes interminables de trabajo en el vestido ordinario hecho con tela ordinaria.

Creía firmemente en que no hay por qué llevar ropa de lujo para ir a ver al pueblo y que si se la ponía esto cohibiría a los obreros y campesinos con quienes hablaría. En toda su vida se puso gustosamente el traje con cuello cerrado, ropa informal de los coreanos, porque la parte frontal de su cuello tiene la forma de 人, el primero de los dos ideogramas antiguos que significan “pueblo”.

Para asociarse sin impedimento con el pueblo a quien amaba y estimaba tanto, siempre vestía lo mismo que él. En la diplomacia y los foros políticos es una usanza que lleven chaqueta con corbata,

pero eso poco le importaba. Se sentía cómodo en su ropa ordinaria que le permitía entenderse bien con el pueblo y apoyarse en él.

Una vez, una anciana del campo le regaló una camiseta de tela de cáñamo que había confeccionado con todo amor. Muy agradecido, se la puso ante ella y recordó el hecho mil y una veces. Cuando los funcionarios le expresaron la intención de cambiarla por otra nueva, les explicó que por ser sencilla era adecuada para visitar fábricas y granjas y les sugirió remendarla poniéndola al revés. Cuando escalaba una montaña empinada para ir a ver a unos hijos de mártires haciendo a la vez ejercicios matutinos, se le desgarró el abrigo por una rama de árbol pero hizo remendarlo diciendo que nadie le había dicho que no podía ponerse ropa remendada.

Sus calzados y calcetines también eran de lo más comunes. Se le veía en zapatos solamente en las entrevistas con extranjeros, las reuniones o en el despacho. En otras ocasiones se ponía las zapatillas de tenis.

En un invierno los funcionarios quisieron conseguirle unos zapatos nuevos porque los que llevaba puestos tenían roto el cuero interior. Él se lo impidió diciéndoles que no había ninguna necesidad de cambiarlos porque todavía estaban enteros. Les explicó con lujo de detalles la manera de repararlos y al verlos arreglados se puso de

lo más contento diciendo que ahora estaban como nuevecitos.

Prefería calcetines de algodón que se vendían en cualquier tienda. Durante toda la guerra le bastaron dos o tres pares de ellos para su interminable inspección al frente y la retaguardia. Y si alguien le regalaba calcetines de lana, algo que sucedía raras veces, se los cedía a un colaborador o centinela joven.

Todo lo que le pertenecía era increíblemente ordinario y sencillo.

Era jefe de un país. En una familia la mejor habitación se destina al padre. Pero en raras ocasiones trabajó en oficinas acondicionadas especialmente para él.

Fue en 1976 cuando el Palacio de las Convenciones Kumsusan (el actual Palacio del Sol de Kumsusan) quedó inaugurado como el palacio presidencial. Y aun después de su construcción estuvo la mayor parte del tiempo en viajes de orientación y por tanto trabajaba, comía y dormía en lugares improvisados. Lo mismo le servía una casa campesina, un túnel donde caían gotas de agua o un vagón de tren.

Fue en una barraca pequeña y montañosa del distrito de Poptong de la provincia de Kangwon donde durante la guerra pasada trazó el plan de defensa costera de la zona de Wonsan y maduró el proyecto de una nueva coyuntura estratégica. Preparó el tercer Pleno del

Comité Central del Partido en una habitación de una casa rústica de la comuna de Hyangha, distrito de Janggang de la provincia de Jagang, en la cual se introducía el humo de leña cada vez que encendían.

No solo en los días de gran carestía, sino también en los años de la restauración posbélica y en el pleno apogeo de construcción de viviendas y edificios públicos, rechazaba al instante la propuesta de construir su propia casa u oficina, alegando que eso no le agradaría en absoluto al pueblo, y recomendaba construir en su lugar escuelas, jardines infantiles y hospitales

Una vez Stalin de la Unión Soviética le regaló un automóvil blindado y de gran potencia, fabricado por su encargo especial. Ese coche lo llevó sin descanso a muchas obras de construcción de una nueva patria y a unidades militares bajo la lluvia de balas durante la guerra, hasta que quedó destartalado, y se planteó la sugerencia de cambiarlo en otro nuevo.

En agosto de 1962, cuando salía afuera luego de concluir una reunión en el distrito de Changsong, él vio al chofer arreglar el carro. Diciendo que ahora el coche estaba viejo, le preguntó cuánta fuerza potencial tenía el motor del camión Sungni-58, de fabricación nacional. A su respuesta de que tenía 70 caballos de vapor, le comentó

que esa misma potencia tenía el automóvil y que este podría rendir más si se cambiaba su motor por el del camión. Continuó diciendo que ahora para el Estado cada uno de los centavos que el pueblo ganó con gran esfuerzo tenía un valor inestimable, que a falta de dinero no suministraban suficiente cantidad de calzados, que si hubiera dinero para comprar un nuevo carro, él mandaría a comprar con él más calzados, que con una buena reparación podrían seguir utilizando el carro por más tiempo y que lo arreglarían con esmero y prolongarían su rendimiento, en lugar de comprar otro nuevo.

Eran palabras que entrañaban su sincera disposición de aportar a la vida económica del pueblo con más ahorro, aunque él iba a todos los rincones del país, día y noche, en bien del Partido, la revolución, la patria y el pueblo. Gustoso compró y utilizó el abanico ordinario confeccionado en una sociedad cooperativa y vistió el traje hecho con tela procedente de una fábrica textil local.

La modestia y la sencillez que caracterizaban a ese gran hombre que se entregó de lleno al pueblo y se consideró uno más de él, lo acompañarían hasta el último instante de su vida. Tanto contrastan con su prestigio y proezas que los coreanos derraman lágrimas al evocarlo. Gracias a su constante convivencia con el pueblo, él perdura en la memoria de las multitudes.

※ ※ ※

Los nobles rasgos del Presidente Kim Il Sung siguen siendo pautas a seguir por el pueblo coreano. Hace 110 años que ha comenzado la historia del gran Sol. Empero, las sublimes cualidades humanas que él mantuvo incólumes desde sus años de mocedad en que combatía al imperio nipón en la vasta región del Paektu hasta el ocaso de su vida, continúan encauzando al pueblo coreano que lo evoca con infinita añoranza.

La historia del gran hombre prosigue interminable. La historia de triunfo del hombre, protagonizada por las figuras eminentes, emprendió, continúa y culminará en medio de los eufóricos vítores al ser humano.

El pueblo coreano no olvidará al Presidente Kim Il Sung, lo enaltecerá como eterno Sol de la nación y lo atesorará en su memoria generación tras generación.

GRAN HOMBRE

Autor: Ho Sun Bok

Redacción: Yun Yong Il y Jang Hyang Ok

Traducción: Pak Yong Sam y Kim Chol Su

Ediciones en Lenguas Extranjeras
República Popular Democrática de Corea

Abril de 111 de la era Juche (2022)

E-mail: flph@star-co.net.kp
http://www.korean-books.com.kp

Ediciones en Lenguas Extranjeras
RPD de Corea
111 de la era Juche (2022)

ISBN 978-9946-0-2122-5